

La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares

En años recientes ha surgido en varios países de América Latina un nuevo tipo de izquierda, menos confrontacional y más pragmática, orientada a la construcción de amplias coaliciones que apuntan a la introducción de reformas en los aspectos más socialmente nocivos que el ajuste neoliberal dejó. Con ciertas similitudes con los regímenes nacional-populares que a mediados del siglo pasado dinamizaron la modernización política y económica de la región, y recurriendo a la competencia electoral y a masivas movilizaciones públicas, la nueva izquierda estimula las expectativas de cambio democrático con sentido de progreso social.

Carlos M. Vilas

Una categoría incómoda

Nunca fue sencillo ponerse de acuerdo con respecto a qué se entiende por izquierda en América Latina. Una de las especificidades de la política latinoamericana desde muy temprano en el siglo xx ha consistido en las enormes y muy

Carlos M. Vilas: Universidad Nacional de Lanús, Argentina.

Palabras clave: democracia, nueva izquierda, neoliberalismo, populismo, nacional-popular, América Latina.

conocidas dificultades de la diferenciación convencional entre partidos o fuerzas políticas de derecha y de izquierda, para dar cuenta de los más relevantes procesos de transformación social y política con sentido de progreso –algo generalmente asociado a posiciones *de izquierda*. Fenómenos de amplia convocatoria popular con impacto duradero en el diseño de sus sociedades y sus entramados institucionales como las revoluciones mexicana y boliviana, o las muchas variantes de regímenes nacional-populares, se acoplan con dificultad al concepto convencional de izquierda. Más aún: en diferentes momentos de su desarrollo esos procesos se vieron enfrascados en enfrentamientos rípidos con partidos y organizaciones socialistas y comunistas, al mismo tiempo que impulsaban políticas de transformación que estimulaban las esperanzas de los trabajadores del campo y la ciudad y alimentaban la oposición de los sectores del poder económico o de las potencias que sentían cuestionada su hegemonía.

Como cualquier otra identificación política, la díada izquierda/derecha está históricamente determinada. Su caracterización es variable de acuerdo con tiempos y circunstancias, y su relevancia para enfocar la dinámica política es contingente. Siempre es posible identificar una derecha y una izquierda en la articulación de los procesos políticos con las dinámicas sociales, pero la relevancia o la pertinencia de tal modo de ver las cosas no son constantes o insoslayables. En términos genéricos puede convenirse, por ejemplo, en que *izquierda* refiere «al despliegue del progreso y del cambio» (Mastropaolo), pero algunas experiencias sugieren que «cambio» y «progreso» no siempre resultan sinónimos. Las mudanzas sociales y económicas recientes en la mayoría de las repúblicas de la ex-Unión Soviética no encajan fácilmente en la idea de progreso que en general despiertan muchos de los cambios políticos e institucionales que les sirvieron de sustento.

La afirmación de Norberto Bobbio de que el parte aguas entre izquierda y derecha es «la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad y visión vertical o no igualitaria», «la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad» (pp. 131, 135) no es aceptable sin más. En la última década la problemática de la desigualdad social se ha incorporado a la agenda de algunos de los más relevantes actores de la globalización financiera y la reestructuración capitalista en clave neoliberal (v. p. ej., Birdsall et al.; BID; De Ferranti et al.; World Bank 2001). En esos organismos y en los grupos académicos vinculados a ellos la preocupación por la desigualdad aparece asociada a la necesidad de dar mayor dinamismo al crecimiento económico, consolidar los arreglos institucionales de apoyo a las reformas macroeconómicas y reducir el potencial de conflicto que se nutre de las múltiples

manifestaciones de la desigualdad social. Más que por la asociación entre «el ideal de la igualdad» y el de justicia a la que alude Bobbio, estos nuevos críticos están preocupados por la difícil compatibilización entre desigualdades sociales y gobernabilidad política.

Si se acuerda al término un significado amplio que englobe algunas organizaciones que habrían rechazado ser incluidas en la categoría, y por encima de sus múltiples variaciones, la izquierda latinoamericana del siglo XX puso énfasis en la reforma del sistema político con el objetivo de extender la participación de grupos sociales hasta entonces excluidos de ella, y de ampliar la eficacia reformadora de la política hacia cuestiones vinculadas con las relaciones de producción y los criterios de distribución. Las propuestas de transformación incluyeron el cuestionamiento de la organización social de la producción (desde la eliminación del latifundio «semifeudal», la promoción de modalidades de mutualismo y cooperativismo o la configuración de variantes de economía mixta, hasta la abolición de la propiedad capitalista de los medios de producción), la ampliación de los alcances institucionales de organización e involucramiento político y social de los trabajadores y otros sectores populares, la secularización de la cultura, y una inserción con mayores grados de autonomía en el sistema internacional de poder. En torno de este núcleo de ideas básicas se diferenciaron posiciones más o menos radicales y más o menos «reformistas», con mayor articulación a corrientes y organizaciones internacionales o con mayor gravitación de ingredientes domésticos, así como propuestas institucionales y metodológicas variadas.

En desigual medida, en múltiples combinatorias recíprocas y con ingredientes tomados de los más variados enfoques teóricos (liberalismo, positivismo, romanticismo, marxismo, nacionalismo, catolicismo social...) que les impusieron peculiar sazón, esas proposiciones de cambio con sentido de progreso social formaron parte de un amplio arco de organizaciones políticas y sociales. En conjunto, expresaban la insatisfacción con el tipo de capitalismo efectivamente configurado en América Latina como producto de la imposición colonial, la articulación subordinada de las formaciones sociales preexistentes que lograron sobrevivir al precio de dramáticas mutaciones, la inserción periférica en la estructura de poder internacional configurada desde el último tercio del siglo XIX y sus posteriores transformaciones, los procesos de urbanización y masificación, y las modificaciones de las estructuras económicas nacionales y regionales.

Muchos fueron los portadores de la ideología en sus múltiples formulaciones, pero la eficacia en la transformación de las ideas en acciones de cambio societal

desde posiciones de poder político correspondió a unos pocos. Posiblemente haya sido el sistema político chileno de las décadas de los 50 y 60 el que más se aproximó a la configuración europea de las coaliciones y confrontaciones: una izquierda socialista y comunista con fuerte inserción en la clase obrera y sus organizaciones sindicales, una derecha conservadora, expresión de los grupos del poder económico y sus articulaciones externas, un centro liberal de arraigo relativamente amplio en las clases medias. En el resto de los países del hemisferio los procesos de cambio resultaron impulsados por los ya mencionados regímenes nacional-populares, de persistentes raíces en las masas populares urbanas y rurales y en sectores de las clases medias, con énfasis en el desarrollo nacional, la democratización social y política, y cierta inclinación por el nacionalismo económico como vía de fortalecimiento de las capacidades de decisión política¹.

***Democracia
y reformas
han ocupado
el espacio
que hasta hace
no mucho
pertenecía
al cambio
sistémico
o a la revolución
social***

Este conjunto no siempre armónico de ideas y de bases sociales llegó al gobierno por vías electorales en algunos casos (el batllismo uruguayo, el peronismo en Argentina, Getulio Vargas en Brasil en 1951) y en otras como producto de revoluciones (México 1910, Bolivia 1952, Cuba 1959, Nicaragua 1979) o acciones cívico-militares de ruptura institucional (Brasil 1937, Guatemala 1944, Costa Rica 1948, Perú 1968). Las actitudes adoptadas ante estos procesos por la izquierda convencional socialista y comunista, marxista y no marxista, oscilaron entre la oposición frontal –incluyendo coaliciones electorales con partidos de derecha y participación en golpes militares– y alianzas o acompañamientos. Lo que en algunos países de la región se dio en denominar *izquierda nacional* abarcó a un conjunto de partidos y organizaciones con diferentes grados de adhesión a enfoques marxistas independientes de la Internacional Comunista y de los partidos socialistas tradicionales, que de alguna manera se adhirieron, a menudo críticamente, a las propuestas nacional-populares.

Una nueva izquierda

Todos esos procesos plantearon enfrentamientos más o menos radicales al modo efectivo de organización política y económica de sus sociedades y al bloque de fuerzas en el poder, un fortalecimiento de las capacidades decisorias del Esta-

1. Empleo la caracterización «nacional-popular» en el sentido de Germani (1962; 1965).

do, y la ampliación de la participación popular en esas decisiones. Su evolución ulterior es conocida y no hace al núcleo de nuestro asunto. Es importante señalar en cambio el retroceso experimentado en las últimas dos décadas por la hipótesis de una confrontación sistémica al capitalismo realmente existente, y por lo tanto la posibilidad e incluso deseabilidad de una transformación integral del mismo. El compromiso con un rediseño estructural de la sociedad y sus relaciones de poder ha cedido paso a un arco más mesurado de iniciativas de cambio. Democracia y reformas han ocupado el espacio que hasta hace no mucho pertenecía al cambio sistémico o a la revolución social. Varios factores intervinieron en este viraje que he discutido en trabajos anteriores (Vilas 1996; 1998).

El eje de las propuestas de reforma de la izquierda de nuestros días se orienta mayoritariamente a dotar a la democracia representativa de eficacia política para convertir en acciones de gobierno las aspiraciones populares y de gran parte de las clases medias a una más satisfactoria calidad de vida –combate a la pobreza, morigeración de la desigualdad social, empleo, salud, seguridad y educación para todos, una más justa distribución de los esfuerzos y los beneficios, una mejor inserción en los escenarios de la globalización. Esta insatisfacción crítica con la configuración presente de la sociedad marca el hilo de continuidad con las variantes anteriores de la izquierda, mientras que el punto de ruptura con esas variantes es la relegación de las hipótesis de cambio sistémico. La nueva izquierda no plantea el socialismo como forma –utópica o realista, es cuestión aparte– de organización del conjunto social, sino un capitalismo más equilibrado y por lo tanto más reglamentado, pero un capitalismo que de todos modos mantiene la impronta de muchos de los cambios estructurales ejecutados en las dos décadas anteriores por las severas recomendaciones de reformas macroeconómicas y sociales en clave neoliberal.

La recomposición de la democracia representativa después de dos décadas de dictaduras militares, terrorismo de Estado, guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones, coincidió con el ajuste neoliberal y las recomendaciones del llamado «consenso de Washington» para hacer frente a la pesada carga del endeudamiento externo. Ese ajuste involucró mucho más que cambios en la organización económica y social y reformas institucionales. La modificación drástica de la asignación de recursos y la inserción internacional implicó transformaciones sustanciales en las relaciones de poder entre actores, y alteró la capacidad y eficacia de éstos para expresar sus demandas e intereses en el nuevo marco institucional. Los grandes perdedores de los nuevos diseños fueron, claramente, muchos de los apoyos sociales y de los actores protagónicos de la izquierda de las décadas precedentes (Vilas 2000).



***Estamos
 en presencia
 de una izquierda
 gradualista
 y pragmática,
 sin definiciones
 ideológicas duras***

Uno de los efectos de la doble transición hacia la representatividad política y hacia el libre mercado es la disyunción entre el modo en que amplios sectores de la población latinoamericana conciben la democracia, y el desempeño efectivo de los recompuestos sistemas representativos. La valoración de las democracias que efectúa la mayoría de la gente se relaciona no solo con cuestiones institucionales o procedimentales, sino también con las decisiones que se toman a través de esos procedimientos y en esos marcos institucionales (Alarcón; Franco 1993; 1998; Nun; Vilas 1999). Al contrario, lo que se desarrolló en la mayoría de los países de la región desde la década de los 80 es un conjunto de regímenes políticos que subordinan los procedimientos y las instituciones de la democracia representativa a los objetivos y las metas del llamado consenso de Washington. El entonces presidente Bill Clinton las denominó *democracias de mercado*: sistemas políticos representativos cuyo principio legitimador es el avance del capitalismo en clave neoliberal (INSS; Lake).

En el nuevo encuadramiento institucional, las interpelaciones políticas diluyeron las referencias sociales colectivas tradicionales –la clase, las relaciones laborales, la tierra, la pertenencia nacional–, y su lugar fue progresivamente ocupado por una pluralidad de interpelaciones simbólicas que reflejaron la cohabitación de una gran variedad de nuevos actores sociales con los protagonistas, frecuentemente en retroceso por efecto de las reformas estructurales, de la «vieja izquierda». El deterioro del mercado de trabajo y el avance de la mercantilización de las relaciones sociales abonaron la mutación del *pueblo* como sujeto colectivo de las transformaciones sociales de aspiración emancipatoria en una *ciudadanía* de referente individual: una sumatoria demográfica homogenizada por el ejercicio periódico electoral, entre ofertas de administración de un orden de cosas respecto del cual se afirmaba que *no hay alternativas*.

La crisis de este paradigma obedece a tres factores principales. En primer lugar, el impacto socialmente nocivo que es el saldo neto más evidente de dos décadas de reformas neoliberales, y el malestar social que es su consecuencia. Segundo, la unidimensionalidad restrictiva de las *democracias de mercado*, reducidas al aspecto formal-institucional de la participación ciudadana y con limitaciones severas a las proyecciones sociales y económicas de las demandas que estimulan esa participación. Tercero, el desarrollo «desde abajo» de nuevas dimensiones de la ciudadanía y los reclamos sociales –reivindicaciones étnicas, de género, ambientalistas, de usuarios y consumidores, derechos humanos, reclamos de

autonomías regionales o locales, etc. Al igual que la mayoría de las demandas sociales y laborales de más larga trayectoria, las reivindicaciones de nuevo cuño hallaron poca receptividad en las políticas gubernamentales.

La tensión entre aquella concepción sesgada y restrictiva de la democracia en escenarios de mucha desigualdad y vulnerabilidad social y las aspiraciones sociales populares y ciudadanas a una democracia de mayor densidad, nutre los nuevos escenarios que parecen estar enmarcando el resurgimiento de un nuevo ciclo de cambio político con sentido de progreso social en varios países de la región. Estamos en presencia de una izquierda gradualista y pragmática, sin definiciones ideológicas duras. En vez de un enfrentamiento en bloque al diseño estructural del capitalismo neoliberal, o incluso un drástico cambio de modelo macroeconómico, postulan un capitalismo más balanceado, con un Estado que, más que intervenir directamente en los mercados, regula y fiscaliza su desenvolvimiento para ampliar la competitividad, articulando las demandas de rentabilidad y los requisitos de inversión del capital, las aspiraciones de bienestar social de la población, y la vigencia efectiva de las instituciones democráticas y los derechos humanos. Constitutivo de los diseños de reforma es el énfasis en el fortalecimiento de la sociedad civil a través de la descentralización y la promoción del asociativismo y el desarrollo local.

Puede aceptarse que organizaciones o movimientos políticos como el Partido de los Trabajadores brasileño (PT), el Partido de la Revolución Democrática (PRD) mexicano, el Frente Amplio en Uruguay, el *chavismo* venezolano, la Convergencia Democrática chilena, se ubican hoy en este nuevo tipo de izquierda. Cada una a su manera, estas y otras propuestas parecidas son fruto de una confluencia de organizaciones, tendencias, perspectivas teóricas y experiencias políticas variadas, con el común denominador de la necesidad de dotar a las democracias de eficacia reformadora e impronta social. Con muy pocas excepciones, los dirigentes y las organizaciones políticas que protagonizan estas propuestas han llegado al gobierno nacional o a competir por él después de experiencias exitosas de gestión pública en gobiernos municipales y provinciales o estatales. El aterrizaje en el más alto nivel de la decisión política nacional no es el efecto de un salto sorprendente desde el llano, sino la culminación de una

***El abandono
de los compromisos
electorales
aisló al Gobierno
para culminar
con el estallido
de la crisis
en diciembre
de 2001,
la caída
del presidente
Fernando de la Rúa
y la virtual
desaparición
del Frepaso***

prolongada acumulación de fuerzas y construcción de poder: una guerra de posiciones mucho más que una guerra de movimiento, según la metáfora gramsciana.

La moderación de las propuestas de reforma obedece a varios motivos. Sin duda a la recién señalada trayectoria de múltiples debates y concertaciones en cambiantes coyunturas. Pero sobre todo puede verse como un reconocimiento de los múltiples acotamientos de los escenarios en que estas fuerzas políticas asumen la conducción del Gobierno: pesada carga del endeudamiento externo, internalización de los actores de la globalización financiera en las estructuras institucionales de decisión política, debilitamiento de las capacidades de gestión estatal, avanzados procesos de anomia, agendas cambiantes de los actores hegemónicos en el plano internacional, estructuras jurídicas supranacionales que acotan adicionalmente las capacidades nacionales de decisión (tribunales arbitrales, prórroga de jurisdicción en virtud de tratados de garantía de inversiones, etc.).

Instalada en el Gobierno por el voto y las esperanzas de bienestar y progreso de los pueblos, la nueva izquierda debe compatibilizar esa fuente de legitimidad democrática con los tiempos de la política y las restricciones de los escenarios en los que ella se desenvuelve. Tarea que no es sencilla no solo por la magnitud de los intereses que confronta, sino también por la señalada variedad de percepciones, expectativas e identidades que convergen en la constitución organizativa de cada una de estas nuevas propuestas. Cuando se mira a su interior, lo que usualmente se encuentra en estas organizaciones es una especie de microuniverso de grupos, líneas y tendencias respecto de aspectos puntuales de la agenda, radicalidad de las acciones propuestas, modos de implementarlas, etc. Cada una presenta, hacia adentro, «izquierdas» y «derechas». No es un espectáculo infrecuente en la gestión gubernativa de la nueva izquierda que la pluralidad de corrientes, los compromisos internos y las alianzas externas que sumaron votos e hicieron posible la victoria electoral, dejen lugar a tensiones y eventuales desmembramientos cuando se pasa del diagnóstico a la implementación, o de la crítica a la ejecución. A esto se agregan las exigencias de la aritmética electoral, que impele a la constitución de alianzas y concertaciones con otras fuerzas políticas sobre la base de coincidencias mínimas y a menudo simplemente coyunturales.

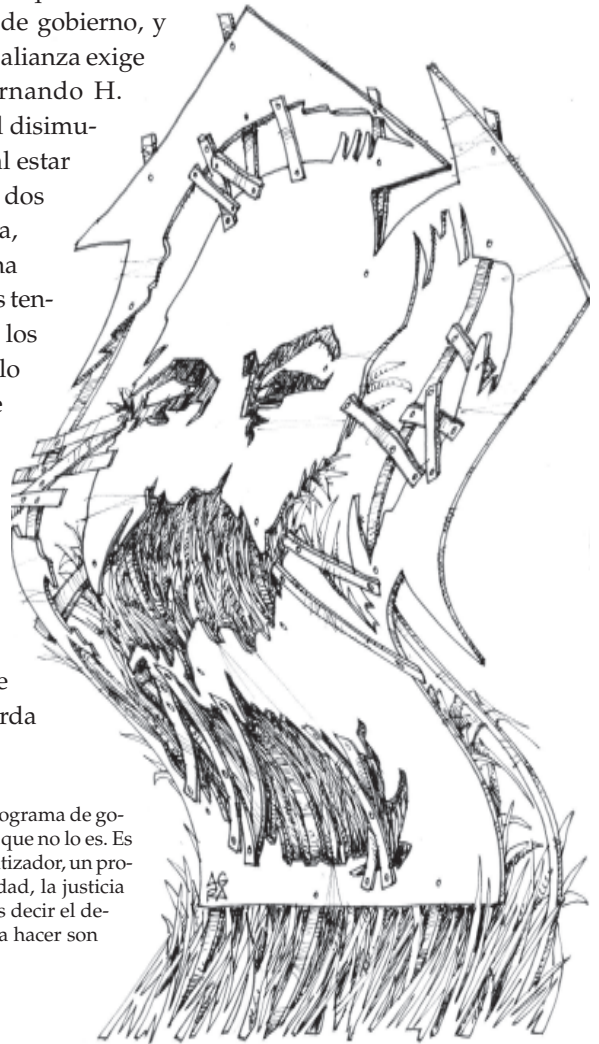
El ejemplo más patético de esto lo ofrece la traumática experiencia del Frente por un País Solidario (Frepaso) en la Argentina en 1999-2001. Su incapacidad para conducir la alianza electoral que le permitió compartir el gobierno nacio-

nal con el Partido Radical terminó entregando los resortes fundamentales de las decisiones políticas a los ingredientes más conservadores de la alianza y más vinculados al diseño macroeconómico que se suponía se habría de dejar atrás. El abandono de los compromisos electorales aisló al Gobierno, aceleró la desintegración del Frepaso en un verdadero desbande de dirigentes, legisladores y, sobre todo, votos, y agravó la deslegitimación del Gobierno, para culminar con el estallido de la crisis en diciembre de 2001, la caída del presidente Fernando de la Rúa y la virtual desaparición del Frepaso como actor relevante de la política argentina (Vilas 2004). Con menor dramatismo, el PT brasileño ha debido enfrentar una serie de importantes fracturas y escisiones a medida que la dinámica de las alianzas «hacia fuera» acarrea redefiniciones respecto de propuestas, conceptos y estilos que, por su radicalidad, abonaron el crecimiento y el avance político del partido pero que son considerados incómodos para la gestión de gobierno, y los acomodos y reacomodos que una alianza exige —cuestión que el ex-presidente Fernando H. Cardozo señala con insistencia y mal disimulada ironía (Cardozo). Al contrario, al estar apoyada en las sólidas columnas de dos partidos políticos de larga trayectoria, la Convergencia Democrática chilena ha podido sortear con mucho éxito las tensiones de las discusiones internas y los virajes y redefiniciones encarados a lo largo de una gestión de gobierno de más de una década.

¿Un resurgimiento nacional-popular?

Unas declaraciones de Tabaré Vázquez pocos días después de asumir la presidencia de Uruguay ilustran el pragmatismo y el anclaje nacional con que esta nueva izquierda despliega sus propuestas:

[S]i me pregunta si ideológicamente nuestro programa de gobierno es un programa socialista, le voy a decir que no lo es. Es un programa nacional, profundamente democratizador, un programa que busca por el camino de la solidaridad, la justicia social, el crecimiento económico con justicia, es decir el desarrollo humano (...) Los cambios que vamos a hacer son



cambios a la uruguayaya o no serán (...) es un cambio pacífico, gradual, meditado, serio, profundo, responsable, con participación amplia de todos los actores de la vida económica, política y social del país, que busque un objetivo central de nuestro gobierno, que es mejorar la calidad de vida de todos los uruguayos, comenzando con el mandato histórico que tenemos que se remonta a la noche de los tiempos de nuestra nación, el ideario artiguista, cuando Artigas decía que los más necesitados sean los más privilegiados; que la causa de los pueblos no admite la menor demora (*El País*, Montevideo, 4/3/05).

La referencia al ideario del prócer José Gervasio de Artigas hace juego con la filiación del gobierno de Hugo Chávez y su Movimiento V República en el pensamiento y la acción de Simón Bolívar. En una especie de remozamiento de una larga tradición latinoamericana que se remonta a los tiempos de la Independencia y que halla su fuente en la Revolución francesa, la nación es enarbolada como el encuadramiento simbólico de la acción política y como el referen-

***La reactivación
 de los debates
 en torno
 de la dinamización
 de mecanismos
 regionales
 de integración
 indican
 una revalorización
 del plano regional
 para potenciar
 el éxito de
 las estrategias
 nacionales***

te que otorga plausibilidad a la interpelación a un arco amplio de sujetos por encima de su pertenencia a sectores o clases, sorteando al mismo tiempo la atomización individualista del concepto liberal del ciudadano. Al igual que el pueblo, la nación es construida por el discurso político como sujeto colectivo activado en torno de un programa de acción colectiva.

Sin ánimo de querer meter vino nuevo en odres viejos, resulta pertinente señalar algunos puntos de contacto de estas propuestas con los regímenes nacional-populares latinoamericanos del siglo xx. Al igual que muchos de aquéllos, son los de nuestros días el resultado de amplias convergencias político-sociales que articulan la movilización popular y el recurso periódico a procedimientos electorales con convocatorias amplias en nombre de intereses nacionales antes que sectoriales, o donde una coyuntural priorización de objetivos sectoriales se asume que redundará en beneficios para el conjunto. Practican asimismo una cierta revalorización del Estado como principio organizador de la pluralidad social y como ordenador de la articulación externa, pero también como actor que debe hacerse cargo de aquellos aspectos de la vida económica necesarios para el bienestar general en los que el mercado es incompetente o ineficaz. A mediados del siglo xx, la gestión estatal de determinados aspectos de la economía se fundamentaba en las propuestas macroeconómicas de John Maynard Keynes; hoy se trata del revisionismo del consenso de Washington, que aconseja dotar al Estado de un rol más activo (Stiglitz; World Bank).

El acento puesto en el carácter nacional de las políticas implica una rectificación del sesgo globalizante que tipificó las décadas precedentes. La nueva izquierda encara la dimensión nacional de la problemática como punto de partida para alcanzar una inserción más satisfactoria en lo global; practica un enfoque más balanceado entre ésta y aquél, con lo regional actuando como bisagra. Este cambio de perspectiva no implica un viraje hacia el nacionalismo económico o la estatización de empresas privatizadas como parte del esquema neoliberal; tampoco hacia el control generalizado de precios, la intervención del mercado de trabajo o la promoción política de la sustitución de importaciones (varios de los pilares del populismo «clásico» de los regímenes nacional-populares). Sobre todo hace gala de una estricta disciplina fiscal que mejora sus credenciales ante los actores del sistema financiero internacional. Se distingue también de los populismos del pasado en la visión más plural y diferenciada de lo popular y de la nación, que ya no se limita a determinados actores del mundo del trabajo –la clase– o de la política –el líder o el Estado.

La reactivación de los debates en torno de la dinamización de mecanismos regionales de integración, la celebración de acuerdos de complementación energética o productiva, la coordinación de acciones de política exterior, el involucramiento conjunto en la resolución de crisis políticas en algunos países del área, entre otras cosas, indican una revalorización del plano regional para potenciar el éxito de las estrategias nacionales e incrementar los márgenes de acción respecto de actores hegemónicos. La construcción de espacios de mayor autonomía en la definición de los objetivos de la política exterior y en el desarrollo de capacidades decisorias, implica asumir la diferenciación respecto de las perspectivas y los enfoques que presiden la política hacia América Latina y el Caribe de los actores dominantes en la globalización. La oposición a la invasión a Irak, o la potenciación del Mercosur, y una aproximación muy mesurada a la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), ilustran un nuevo estilo de política exterior que «habla suavemente» pero marca con firmeza las diferencias. También en esta cuestión las trayectorias nacionales, la dotación de recursos y la calidad de la gestión política tienen un papel mucho más relevante que las preferencias ideológicas.

Hay que reconocer que la moderación y el pragmatismo de la «nueva izquierda», y su apego notable a los valores de la democracia, no tienen hasta ahora un correlato evidente en algunos de los opositores a la propuesta de esta izquier-

*No es la primera vez
que se plantea
el regreso
de los regímenes
nacional-populares
bajo algunas variedades
de neopopulismo*

da. Venezuela es un caso testigo particularmente expresivo de la renuencia de grupos recalcitrantes a renunciar a la violencia y a aceptar los procedimientos institucionales de la democracia cuando ésta pone en riesgo las estructuras de poder económico o afecta intereses hegemónicos: desde el intento de golpe militar en abril de 2002 con abierto apoyo de gobiernos extranjeros para derrocar al presidente Chávez, y las convocatorias públicas del ex-presidente Carlos Andrés Pérez a la violencia en vísperas del referendo de 2004, hasta la actual escalada de agresividad discursiva de funcionarios del gobierno estadounidense². Con un poco más de sofisticación –y con menos involucramiento externo– forman parte de esa misma oposición a la brava las maniobras del *establishment* político mexicano para bloquear la participación de Andrés Manuel López Obrador como candidato presidencial del PRD en las próximas elecciones presidenciales.

Esas maniobras coinciden con la nueva retórica de algunos diseñadores de la política exterior estadounidense que colocan las propuestas nacional-populares en un lugar muy parecido al que ocupó la amenaza comunista durante todo el lapso de la Guerra Fría (Hill 2003; 2004; Rice). En esa retórica el «populismo radical» integra hoy el conjunto de regímenes bajo sospecha del mundo de los negocios globales y de las vertientes más ideologizadas del sistema político estadounidense. De acuerdo con este diagnóstico, el populismo agitaría banderas de nacionalismo económico alimentando la conflictividad social y cuestionando la gobernabilidad hemisférica. Arriesga con convertirse en precursor político-ideológico del terrorismo internacional y califica cómodamente, por lo tanto, para ser incorporado a la lista de «Estados perturbadores» (Alconada Mon).

No es la primera vez que se plantea el regreso de los regímenes nacional-populares bajo algunas variedades de *neopopulismo* (Vilas 2003), pero pocas veces la hipótesis se formuló con implicaciones prácticas tan preocupantes. La primera generación de estas reparaciones habría tenido lugar en el marco de los movimientos de liberación nacional en Asia y África en las décadas de los 50 y 60, y de las transformaciones socioeconómicas y políticas impulsadas por ellos. Una segunda reencarnación se habría registrado en la década de los 90 como sorpresivo ingrediente de las reformas neoliberales dinamizadas por líderes autoritarios y vocingleros. En la primera variante, el supuesto *neopopulismo* habría

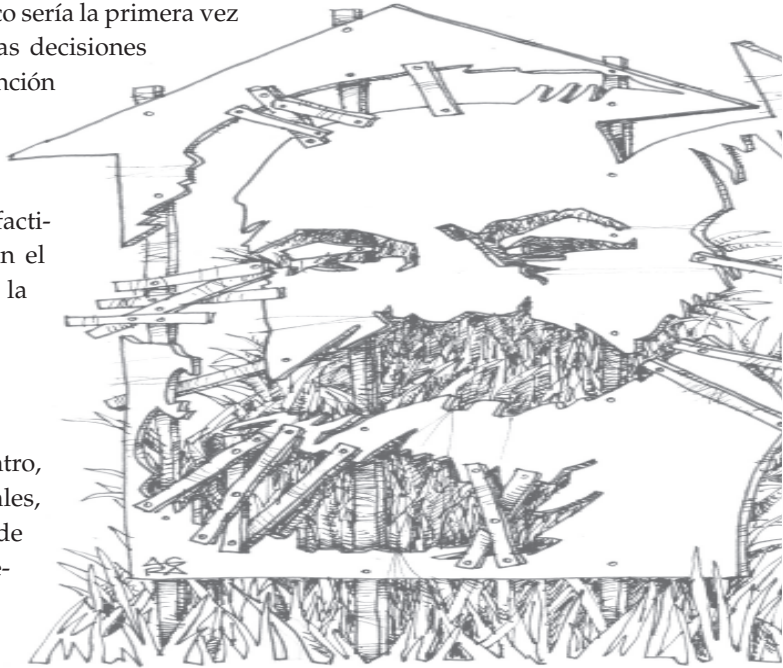
2. Sobre el involucramiento externo en el golpe de abril, v. Busby et al.; Marquis; las declaraciones del ex-presidente Pérez en *Clarín* (Buenos Aires) y *El Tiempo* (Bogotá), ambos del 23/8/04; y tb. AFP. Sobre la escalada retórica, la entrevista al embajador de EEUU ante la OEA (Maisto), y las declaraciones del jefe de Estado Mayor Conjunto equiparando a Venezuela con Irak antes de la invasión de EEUU en *La Nación*, Buenos Aires, 13/4/05.

sido un efecto de la Guerra Fría, librada de manera caliente en el *Tercer Mundo*. En la segunda, habría sido un factor de aparente disciplinamiento social y un factor de gobernabilidad para las reformas neoliberales. De ser ciertas las prevenciones de la derecha más recalcitrante, América Latina habría ingresado a una tercera ola de *neopopulismo* que pone en peligro la gobernabilidad de las democracias y la seguridad internacional. La circunstancia de que tales prevenciones carezcan de sustento objetivo en la realidad del presente y en sus desenvolvimientos previsibles no disminuye el peligro que ellas encierran. Tampoco sería la primera vez que las más desastrosas decisiones políticas se toman en función de mala información, intereses miopes o prejuicios, o simplemente porque las hace factibles la superioridad en el despliegue del terror y la violencia.

Consideraciones finales

Izquierda, derecha, centro, son metáforas relacionales, en cuanto la existencia de cada una de ellas requiere la de las otras dos. La discusión respecto de la pertinencia de

ubicar a determinada fuerza en alguno de estos *lugares* del espectro político debería referirse mucho más a las realizaciones efectivas para conservar o transformar el presente estado de cosas que a definiciones ideológicas abstractas o a denominaciones convencionales. No significa esto descartar el aporte de las teorías y las ideologías a la configuración de las diferentes opciones políticas, pero sí reconocer que para convertirse en instituciones —es decir en organización efectiva de las conductas humanas— la normatividad de las ideas depende definitivamente de las relaciones de poder, de los acuerdos y enfrentamientos políticos, de las coaliciones y las tensiones que dinamizan el despliegue de la vida en sociedad. Uno de los logros más visibles de la nueva izquierda es precisamente el reconocimiento de la complejidad de los escenarios en los que deben ser aplicadas las grandes ideas generales. Uno de los peligros más serios es



que, además del ideologismo, se dejen de lado los principios. La distancia entre el pragmatismo y el oportunismo puede ser corta, adicionalmente abreviada por las urgencias de la aritmética electoral.

La denominación de «nueva izquierda» para agrupar el conjunto de expresiones políticas latinoamericanas a las que se hizo referencia en las dos secciones previas tiene mucho de arbitrario. Analizadas más de cerca, las similitudes que es posible identificar entre ellas son tantas como sus diferenciaciones específicas. En este texto asigné prioridad a las primeras porque es el conjunto, más que sus elementos integrantes, el que permite identificar los aspectos novedosos de la escena política regional. Es también ese conjunto el que destaca los elementos de continuidad con algunos aspectos de las experiencias nacional-populares del siglo xx, que recobran actualidad en los escenarios de deterioro social construidos por el neoliberalismo.

La identificación de una especie de parentesco político entre algunas dimensiones de las propuestas de cambio de la nueva izquierda y de sus estilos políticos con aspectos o dimensiones de los regímenes nacional-populares que protagonizaron importantes experiencias de democratización y transformación social en el siglo xx tiene sentido en la medida que sea llevada a cabo con extrema cautela. Las ideas suelen sobrevivir a los escenarios que les dieron nacimiento, pero los regímenes políticos expresan siempre la impronta de los escenarios sociales en que se desenvuelven, y derivan de ellos mucho de su identidad efectiva –algo que ya fue advertido por Aristóteles hace 25 siglos.

Llamar la atención sobre aquel parentesco no implica que la nueva izquierda esté mirando hacia atrás. Significa que junto a los desafíos planteados por los nuevos tiempos y los nuevos escenarios debe hacerse cargo de muchas de las cuestiones explicitadas en su momento por aquellas experiencias y que se mantienen abiertas después de décadas de autoritarismos, frustraciones democráticas y experimentos neoliberales: la integración nacional, la seguridad social, la participación popular, la eficacia social de la democracia.

Referencias

- Agence France Presse (AFP): «Carlos Andrés Pérez: solo queda la violencia para tumbar a Chávez», entrevista a Radio Caracol (Bogotá) desde Ginebra, 2004, <www.rnv.gov.ve/noticias/index.php?act=ST&f=2&t=7931>.
- Alarcón, Walter: «La democracia en la mentalidad y prácticas populares» en W. Alarcón et al.: *¿De qué democracia hablamos?*, Desco, Lima, 1992, pp. 9-47.
- Alconada Mon, Hugo: «El eje del mal en América Latina» en *La Nación*, Buenos Aires, 10/4/05.

- Banco Interamericano de Desarrollo (BID): *América Latina frente a la desigualdad. Progreso económico y social de América Latina. Informe 1998-1999*, Washington, D.C., 1998.
- Birdsall, Nancy et al.: «La desigualdad como limitación del crecimiento en América Latina» en *Gestión y política pública* vol. 1, 1996, pp. 29-75.
- Bobbio, Norberto: *Derecha e izquierda. Razones y significados de un distinción política*, Taurus, Madrid, 1995.
- Busby, Heather, Mary Turck y Chip Mitchell: «U.S. Works Closely with Coup Leaders», 2002, <www.americas.org/item_227>.
- Cardozo, Fernando H.: «La versión brasileña del 'sueño americano'» en *Clarín*, Buenos Aires, 20/2/05, p. 30.
- De Ferranti, David et al.: *Inequality in Latin America. Breaking with History?*, The World Bank, Washington, D.C., 2004.
- Franco, Carlos: «Visión de la democracia y crisis del régimen» en *Nueva Sociedad* N° 128, 1993, pp. 50-61.
- Franco, Carlos: *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*, Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1998.
- Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transformación*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- Germani, Gino: «Democracia representativa y clases populares» en Alain Touraine y Gino Germani (eds.): *América del Sur: un proletariado nuevo*, Nova Terra, Barcelona, España, 1965.
- Hill, General James T.: «Statement before the House Armed Service Committee, US House of Representatives, on the State of Special Operation Forces», 12/3/2003, <www.house.gov/hasc/openings-tatementsandpressreleases/108thcongress/0303-12hill.html>.
- Hill, General James T.: «Statement of General James Hill before the Armed Forces Commission of the House of Representatives of the USA», 24/3/2004, <usinfo.state.gov/espanol/04032904.html>.
- Institute for National Strategic Studies (INSS): *Strategic Assessment 1995. U.S. Security Challenges in Transition*, INSS / National Defense University, Washington, D.C., 1995.
- Lake, Anthony: *From Containment to Enlargement*, Johns Hopkins University School of Advanced International Studies, Washington, D.C., 1993.
- Maisto, John: «La democracia está bajo cuestión», entrevista de Ana Carbajosa en *Página 12*, Buenos Aires, 5/8/04.
- Marquis, Christopher: «Estados Unidos financió a grupos opositores a Chávez» en *Clarín*, Buenos Aires, 26/4/02, p. 10.
- Mastropaolo, Alfio: «Izquierda» en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (eds.): *Diccionario de política*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1985, pp. 862-863.
- Nun, José: *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- Rice, Condoleezza: «Secretary of State Condoleezza Rice at the Post», 25/3/2005, <www.washingtonpost.com/ac2/wp-dyn/A2015-2005Mar25>.
- Stiglitz, Joseph: «Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el consenso post-Washington» en *Desarrollo Económico* N° 151, 1998, pp. 691-722.
- Vilas, Carlos M.: «Are There Left Alternatives? A Discussion From Latin America» en Leo Panitch (ed.): *Are There Alternatives? Socialist Register 1996*, Merlin Press, Londres, 1996, pp. 264-285.
- Vilas, Carlos M.: «La izquierda latinoamericana: búsquedas y desafíos» en *Nueva Sociedad* 157, 1998, pp. 64-74.
- Vilas, Carlos M.: «Entre a la desigualdad y la democratización: la calidad de nuestras democracias» en *Boletín Electoral Latinoamericano* N° XXII, 1999, pp. 39-128.
- Vilas, Carlos M.: «La reforma del Estado como cuestión política» en H. Camarero, P. Pozzi y A. Schneider (comps.): *De la revolución libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 2000, pp. 251-289.
- Vilas, Carlos M.: «¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del 'neopopulismo' latinoamericano» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 9 (3), 2003, pp. 13-36.
- Vilas, Carlos M.: «Gobernabilidad democrática y heterogeneidad social: la crisis argentina de 2001» en *Revista de la Sociedad Argentina de Análisis Político* 1 (3), 2004, pp. 561-589.
- World Bank: *The State in a Changing World. World Development Report 1997*, The World Bank, Washington, D.C., 1997.
- World Bank: *Attacking Poverty. World Development Report 2000/2001*, The World Bank, Washington, D.C., 2001.

Gobiernos de izquierda en América Latina: tendencias y experiencias

Demetrio Boersner

A lo largo de un siglo la izquierda latinoamericana ha recorrido un accidentado camino hacia su consolidación. En este artículo se tipifican los rasgos que le brindan cohesión e identidad al archipiélago de tendencias que forman la izquierda de la región, así como sus principales experiencias, fallidas o exitosas, de gobierno. A pesar de haber adquirido independencia y madurez política, los partidos de izquierda que han llegado al poder continúan asediados por dos formidables adversarios: el populismo y el autoritarismo.

La izquierda en el mundo, seis características

El presente trabajo se propone examinar los principales ensayos de emancipación nacional y social realizados en América Latina a lo largo del siglo xx y en los años más recientes, con el fin de ubicar, definir y tipificar aquellos que puedan ser calificados de procesos de «izquierda» en conformidad con criterios internacionales.

El término de «izquierda» se originó en la Revolución francesa, cuando la Asamblea Nacional de 1789 sentó a la mano izquierda de la presidencia a los portavoces más radicales de la causa popular. Luego de la Revolución rusa de 1917

Demetrio Boersner: internacionalista venezolano; ha sido profesor de Historia de las Relaciones Internacionales de la Universidad Central de Venezuela; asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores y embajador de su país en Rumania, Suecia y Austria.

Palabras clave: izquierda, revolución, internacionalismo, batllismo, América Latina.

se generalizó el uso de «izquierda» como sinónimo del conjunto de fuerzas y tendencias que, en la confrontación entre el capitalismo y el socialismo, muestran algún grado de simpatía hacia este último y, en todo caso, consideran a la extrema derecha como el peor enemigo de la humanidad. A lo largo del siglo xx, el término «izquierda» tendió mundialmente a englobar a anarquistas, comunistas, socialistas, socialdemócratas y social-liberales. Un ingrediente adicional lo vino a constituir, sobre todo desde fines de la Segunda Guerra Mundial: la izquierda cristiana¹.

Los rasgos que definen y caracterizan a la «izquierda» en el mundo parecen ser, por consenso general, los siguientes:

1. Una identificación con los intereses generales o «históricos» de las clases trabajadoras y populares, incluidas las capas medias de condición modesta, y la convicción de que la defensa de dichos intereses no debe hacerse por vía paternalista, sino mediante luchas y presiones organizadas de «los de abajo» contra «los de arriba» que, como grupo, no renunciarán voluntariamente a privilegios incompatibles con la equidad social.

2. La aceptación dialéctica de la democracia liberal o «burguesa» como etapa histórica en el avance humano que, no obstante su «agotamiento» o sus arcaísmos, ha creado valores de libertad, igualdad y solidaridad siempre válidos, y que deben ser defendidos a todo trance contra retrocesos autoritarios o fascistas.

3. La propuesta de ampliar la democracia del ámbito meramente político y formal al de las relaciones económicas, sociales y culturales, para que sean regidas por los intereses históricos de las mayorías. Con esa finalidad, se propone la modificación, o sustitución, de la economía de mercado capitalista, y el sometimiento del proceso de producción a mecanismos de control y planificación social manejados con criterios, no sólo de producción eficaz, sino también de equidad distributiva.

1. En ciertos sectores intelectuales, particularmente de América Latina, se reserva la calificación de «izquierda» únicamente para aquellas corrientes que se muestran bien dispuestas hacia los pasados modelos del llamado «socialismo real» y hacia la Revolución cubana, negándose esa calificación a los socialdemócratas y otros reformistas sociales, críticos o adversos al modelo bolchevique. Al «izquierdismo» y al «derechismo» lo median por la posición asumida ante las contingencias de la Guerra Fría, y hoy en día, por el mayor o menor grado de rechazo al unilateralismo de George W. Bush. El autor de este trabajo no acepta esta definición restrictiva de la izquierda, sino comparte el criterio amplio que se aplica tanto en Europa como en Norteamérica: en Francia la «izquierda» abarca desde los comunistas hasta los reformistas sociales vinculados a la pequeña burguesía (los antiguos «radicales» o «radical-socialistas»), y en EEUU el concepto cubre una amplia gama de matices, desde un social-liberalismo muy moderado hasta el más afiebrado maximalismo. En todo caso, nuestros seis puntos de referencia dan cabida a tendencias diversas, con discrepancias sobre definiciones y métodos.

4. El internacionalismo y la solidaridad entre pueblos en lucha por su emancipación nacional y social, el rechazo a la guerra y el armamentismo, una profunda fe en la igualdad y hermandad de etnias y culturas y en la posibilidad de una futura democracia universal.

5. El internacionalismo esencial de la izquierda no excluye, de ningún modo, el apoyo e incluso el liderazgo de movimientos de liberación nacional dirigidos contra casos específicos de dominación imperial o colonial, siempre que se evite toda actitud chovinista contra el pueblo de la potencia imperial a la que se combate, sino más bien se enfatice la conveniencia de buscar la amistad y comprensión de éste en contra de los factores de opresión. Los clásicos del socialismo inicialmente pensaban que el colonialismo y el «imperialismo liberal» tenían un contenido progresista porque destruían formas sociales arcaicas y, al globalizar la economía capitalista, preparaban la revolución obrera mundial. Sin embargo, a partir de las rebeliones anticoloniales de China, India e Irlanda entre 1855 y 1867, Marx y Engels entendieron la importancia del movimiento anticolonialista o de liberación nacional como indispensable fuerza auxiliar de la clase obrera de los centros industriales en la lucha contra el poder capitalista. Esa estrategia de alianza entre el socialismo y el nacionalismo antiimperialista fue desarrollada más adelante en todas sus dimensiones por Lenin y el movimiento comunista, así como por la socialdemocracia de inspiración tanto kautskiana como austromarxista. Los clásicos señalaron que, para llegar al pleno internacionalismo, hay que pasar por etapas nacional-liberadoras previas². Estas ideas siempre han sido claras para la mayor parte de la izquierda en América Latina, y el planteamiento «nacionalrevolucionario» forma parte esencial de sus programas de lucha en nuestra región.

6. Por último, un elemento importante en el desarrollo de la izquierda en escala mundial ha sido su necesidad y determinación de deslindarse de movimientos populistas autoritarios o bonapartistas y de denunciarlos y combatirlos. Desde Napoleón III hasta los fascismos del siglo xx y los militarismos populistas de América Latina, la izquierda lucha por impedir que las masas populares renuncien a su autodeterminación y a una acción movilizadora desde abajo, para seguir dócilmente al caudillo carismático³.

2. D. Boersner: *The Bolsheviks and the National and Colonial Question 1917-1928*, Droz, Ginebra, 1958, pp. 2-27.

3. D. Boersner: «Marx, Engels y la democracia» en *Libro-homenaje a Manuel García-Pelayo*, tomo II, UCV, Caracas, 1980, pp. 763-785.

En las páginas que siguen, se tratará de calificar a los diversos gobiernos latinoamericanos promotores de «cambio desde abajo», según su relativa aproximación a los criterios de izquierdismo arriba esbozados.

Social-liberalismo sureño y Revolución mexicana (1900-1930)

Los altos precios internacionales de sus productos de exportación estimularon una aceleración del desarrollo económico y social del Cono Sur a comienzos del siglo xx. Se fortalecieron las esperanzas populares de mayor democracia y bienestar, y se hicieron posibles nuevas iniciativas de reforma social. En Chile se incrementó la influencia de los partidos Radical y Socialista, y Arturo Alessandri, desde 1920 en adelante, presidió gobiernos democráticos social-liberales.

En Argentina, de 1900 a 1930, creció la influencia de la Unión Cívica Radical y, en menor grado, del Partido Socialista, de cuyo seno nació el Partido Comunista en 1920. Las presidencias reformistas de Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) conllevaron avances sociales, pero la crisis económica mundial de 1930 abrió el camino al retorno de la derecha al poder⁴.

En Uruguay se dieron pasos audaces hacia la izquierda social-liberal en las primeras décadas del siglo xx. El presidente José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) creó el sistema de previsión y seguridad social más completo y progresista del mundo de aquel entonces, además de otras reformas sociales, económicas y políticas importantes. Inspirado por ideas de izquierda democrática, el «batllismo» fue precursor histórico del «nuevo trato» rooseveltiano y de los esquemas socialdemócratas nórdicos⁵.

Estos avances del Cono Sur hacia una izquierda a la vez social y liberal fueron acompañados en el tiempo por el vasto proceso revolucionario mexicano que, por su dramatismo y su violencia, tuvo mayor impacto internacional que aquellos. Las estructuras socioeconómicas mexicanas de 1910 tuvieron un carácter más tradicionalista que las del Cono Sur en la misma época. Bajo el largo régimen de Porfirio Díaz, México había vivido un proceso de crecimiento económi-

En América Latina, el descontento popular y de clase media se ha manifestado en muchos casos a través de regímenes autoritarios populistas

4. Torcuato Di Tella: *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo xx*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1999, pp. 64-75.

5. Julio María Sanguinetti: «Un pequeño grande» en *El País*, Madrid, 21/3/05.

co y de modernización parcial, pero la concentración de la riqueza en pocas manos, el predominio de intereses inversionistas foráneos, y la implacable represión dirigida contra reivindicaciones populares y democráticas causaron una incontenible ansia generalizada de cambio liberador.

El vasto proceso revolucionario, que aglutinó las aspiraciones de los trabajadores del campo y de la ciudad con las de las capas medias modernas, tuvo un carácter izquierdista inconfundible y radical, combinando en su ideología elementos de nacionalismo revolucionario, democratismo político y la aspiración, tendencialmente socialista, de subordinar la propiedad privada a las exigencias del interés común. De 1934 a 1940, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, la Revolución mexicana alcanzó su etapa más progresista e izquierdista, con radicales reformas internas y un pronunciado sentido de solidaridad internacional⁶.

Los populismos autoritarios, pseudo-izquierda ambigua

En América Latina, el descontento popular y de clase media se ha manifestado en muchos casos a través de regímenes autoritarios populistas. Una primera oleada de tales regímenes apareció antes de 1945 y estuvo influida ideológicamente, hasta cierto grado, por el fascismo europeo, en tanto que una segunda serie populista militar surgió a partir de 1968, con pretensiones ideológicas más bien «tercermundistas» y tendientes hacia un vago «socialismo». Entre esas fórmulas y las del izquierdismo democrático, se entabló una rivalidad que aún no ha terminado.

La Gran Depresión de 1930 puso fin al libre comercio internacional y alentó en todos los países, tanto industriales como agrarios, la adopción de políticas económicas nacionalistas y proteccionistas. También dio impulso al autoritarismo político: allá donde la democracia liberal se mostrara incapaz de contener la marea de las protestas sociales, el estamento militar llevaría al poder a un caudillo carismático, árbitro entre clases sociales, con capacidad de calmar las masas mediante promesas y gestos populistas, a la vez que dispuesto a la represión para salvar, en lo esencial, las jerarquías establecidas.

A partir de 1930, al lado de dictaduras militares oligárquicas y pro-norteamericanas como las de Rafael Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza, surgieron

6. Alan Knight: *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1986; tb. Di Tella: ob. cit., pp. 37-44.

caudillismos latinoamericanos de orientación teóricamente popular y nacionalista. Entre estos tuvieron particular relevancia los regímenes de Getulio Vargas en Brasil, de Juan Domingo Perón en Argentina, y de Germán Busch y Gualberto Villarroel en Bolivia. Estos primeros populismos autoritarios desaparecieron del escenario político hacia 1955, cuando el comienzo de una distensión entre Washington y Moscú abrió espacios para la izquierda civil. Sin embargo, en 1968 se abrió una nueva etapa de populismos autoritarios, esta vez más próximos a fórmulas de izquierda, como los de Juan Velasco Alvarado en Perú y de Omar Torrijos en Panamá. Su ascenso se debió, en parte, a la combinación de expectativas radicales creadas por la Revolución cubana, con la decepción causada por gobiernos de centro-izquierda demasiado tímidos o claudicantes. Entre el comunismo y la socialdemocracia, se insertaría el populismo militar como tercera fórmula.



Vargas y su movimiento aparecieron en el convulsionado Brasil de los años 30, sacudido y golpeado por la depresión económica, como tercera fuerza entre el comunismo de Luiz Carlos Prestes y el fascismo «integralista» de Plinio Salgado. Invocando el ejemplo de Mussolini y del fascismo, Vargas creó un régimen de mano fuerte que se basaba en las aspiraciones obreras y campesinas por un lado, y en las de la burguesía industrial por el otro, contando también con el beneplácito de la derecha tradicional sedienta de «paz social». Sin embargo, su gobierno no fue fascista, ya que no impuso un corporativismo vertical, sino promovió desde el poder la formación de un movimiento sindical y de un «Partido Trabalhista Brasileiro». Al mismo tiempo favoreció la industrialización y creó una segunda agrupación política denominada Partido Social Democrático (PSD), representativo de la burguesía nacional desarrollista. El getulismo se

liberalizó a partir de 1950, y de su seno nacieron corrientes de izquierda, frenadas en buena parte por el carácter personalista que el régimen mantuvo hasta el suicidio del presidente Vargas en 1954⁷.

La evolución del movimiento justicialista de Juan Domingo Perón en Argentina presenta algunas similitudes pero también diferencias con el rumbo del getulismo brasileño. La crisis económica de 1930 llevó al poder en Argentina a una derecha liberal y probritánica que desatendió las angustias populares. En 1943 la sustituyó un régimen militar nacionalista y en parte profascista. En su seno se formó una corriente social-reformista, encabezada por el coronel Perón, quien fue elegido presidente en 1945, contra la oposición de Estados Unidos y los demócratas argentinos. Estableció un régimen autoritario que intentó una industrialización acelerada en detrimento del tradicional y lucrativo sector agropecuario, hasta el punto de desequilibrar y debilitar la economía argentina por un tiempo indefinido. Realizó reformas sociales apreciables y creó un vasto movimiento sindical oficialista. En lo internacional se proclamó líder de una tercera fuerza, alternativa al capitalismo norteamericano como al comunismo, y procuró extender su influencia hacia otros países sudamericanos. Soberbio y contradictorio, Perón terminó por estrellarse contra una coalición de conservadores con demócratas de centro-izquierda, y las Fuerzas Armadas lo derrocaron en 1955. Mientras ejercía el mando, no permitió que los sindicatos de la Confederación General del Trabajo actuasen en forma democrática e independiente, pero después de su caída del poder se formó una izquierda peronista basada principalmente en el sector laboral y el estudiantado de pensamiento revolucionario. El viejo caudillo se aprovechó del apoyo de estas fuerzas de izquierda peronista para volver al poder una vez más en 1973, pero más tarde las aplastó brutalmente y abrió la vía, luego de un infortunado interregno de su segunda esposa de 1974 a 1976, a la implantación de una dictadura militar de derecha que duraría siete años⁸.

De manera general, el saldo histórico del getulismo es ciertamente mejor que el peronista. Getulio Vargas evolucionó hacia la democracia de una manera sostenida aunque incompleta a partir de 1950, y dejó la herencia de un Brasil en vías de un dinámico y diversificado desarrollo económico. En cambio, Perón jamás dio señales de superación de su arrogancia caudillista y terminó su vida reprimiendo los brotes de democracia y de izquierda en el seno de su movimiento, a la vez que en lo económico dejó la herencia negativa arriba señalada.

7. Di Tella: ob. cit., pp. 86-95 y 136-141.

8. Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2ª ed., 2 vols., Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

En Bolivia, antes y durante la Guerra del Chaco, instructores militares alemanes introdujeron en las FFAA del país ideas de tipo nazi, que sirvieron de base inicial al régimen militar populista de 1936 a 1939, dirigido por el capitán Germán Busch, nacionalista y social-reformista, apoyado por grupos civiles de izquierda, entre los que se destacaba el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Otro régimen boliviano del mismo tipo fue el del general Gualberto Villarroel (1943-1946). El tercero, más radical e izquierdizante, sería el del general Juan José Torres en 1970-1972. En los tres casos, el populismo militar boliviano se diferenció del getulista y del peronismo por una mayor participación civil de auténtico corte izquierdista⁹.

Simultáneamente con los regímenes populistas militares, en algunos países latinoamericanos se realizaron ensayos de izquierda democrática civil

Nuevos ejemplos de populismo militarista se presentaron después de 1968, probablemente por dos motivos. En primer término, el régimen cubano abandonó en ese año su fracasada estrategia de exportación de la revolución a otros países. Ello, a su vez, alentó al gobierno norteamericano de Richard Nixon a reducir la presencia de EEUU en América Latina y, en una suerte de «negligencia benévola», dejar que esa región construya su propio destino. Se abrió un espacio para experimentos latinoamericanos renovadores¹⁰.

En Perú, donde el estamento militar proviene principalmente de las capas medias y no carece de sensibilidad social, se fundó, poco antes de 1960, un Centro de Altos Estudios Militares, nacionalista y social-reformista, que formó a varias promociones de oficiales altamente preparados no solo en lo militar, sino también en ciencias sociales. Tomaron el poder por la fuerza de las armas en 1968 y establecieron un régimen militar que no torturó a nadie y realizó algunos cambios admirables (reforma agraria, nacionalizaciones estratégicas, dignificación del pueblo indígena, política exterior tercermundista), pero no logró superar su pecado original de autoritarismo vertical. Pese a la creación de Sinamos (Sistema Nacional de Movilización Social), el digno y bienintencionado general Juan Velasco Alvarado no transfirió poderes efectivos de la elite militar al pueblo. En parte por esa falta de participación popular verdadera, bastó un golpe

9. Uno de los mencionados instructores militares fue el capitán Ernst Roehm, futuro comandante de la División de Asalto (S.A.) del nacionalsocialismo alemán. Roehm, en concordancia con los hermanos Gregor y Otto Strasser, era partidario del «nazismo de izquierda», que proponía la expropiación de la banca y la gran industria, y la redistribución del ingreso. Por orden de Hitler, Roehm y G. Strasser fueron asesinados en la «noche de los cuchillos largos» de 1934.

10. D. Boersner: *Relaciones internacionales de América Latina, breve historia*, 5ª edición revisada y actualizada, Nueva Sociedad, Caracas, 1996, pp. 227-241.

de palacio en 1975 para que la «revolución» militar terminara. Por sus limitaciones elitescas, no creemos que se la pueda incluir en la lista de auténticos gobiernos de izquierda¹¹.

Análogo fue el trayecto político seguido entre 1968 y 1981 por Panamá, bajo la conducción del general Omar Torrijos a la cabeza de un régimen castrense de orientación nacionalista y social-reformista. Con una doctrina menos ambiciosa y menos coherente que la de los militares peruanos, Torrijos dirigió un régimen autoritario pero no tiránico. Logró realizar el gran sueño nacional de la recuperación del Canal Interoceánico, a través de una combinación de presiones y de acuerdos negociados con EEUU entre 1975 y 1977. En el plano social, promovió reformas a favor de los sectores de bajo ingreso. Su amigo, el notable escritor inglés Graham Greene, lo calificó de «socialista democrático»¹². Sin embargo, el régimen de Torrijos no parece haber reunido las seis condiciones que califican al izquierdismo: el caudillismo militar obstaculizaba la formación de un auténtico movimiento popular de abajo hacia arriba. Ello no impide que, posteriormente, el partido político fundado al amparo del torrijismo –el PRD– haya llegado a ser una respetada agrupación de izquierda democrática.

Los gobiernos de izquierda democrática a partir de 1930

Simultáneamente con los regímenes populistas militares, en algunos países latinoamericanos se realizaron ensayos de izquierda democrática civil. En Chile, la segunda presidencia de Arturo Alessandri tuvo carácter social-liberal entre 1932 y 1938, y fue seguida por el gobierno de Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, quien acentuó la tendencia hacia la izquierda reformista¹³. Al terminar la Guerra del Chaco en 1936, en Paraguay ascendió al poder, de 1936 a 1937, un gobierno cívico-militar presidido por el mayor Rafael Franco, acompañado del Partido Revolucionario Febrerista, agrupación cuya ideología inicial fue una mezcla de ideas socialdemócratas con algunos ingredientes nazis. Expulsado del poder, el Febrerismo se convirtió en una fuerza de resistencia o de oposición a todos los regímenes paraguayos posteriores, y clarificó su doctrina en los términos nacional-revolucionarios y esencialmente socialdemócratas del modelo aprista¹⁴.

11. Juan Velasco Alvarado: *La Revolución peruana*, Eudeba, Buenos Aires, 1973; tb. Wolf Grabendorff: *Lateinamerika wohin? Informationen und Analysen*, DTV, Múnich, 1970, pp. 64-70.

12. Graham Greene: *Getting to Know the General*, Bodley Head, Londres, 1984.

13. Di Tella: ob. cit., p. 96.

14. *Ibid.*, p. 109.

En orden cronológico, el próximo gobierno de izquierda democrática fue el del Partido Revolucionario Guatemalteco (PRG) y su dirigente Juan José Arévalo, electo presidente en 1944, luego de un golpe cívico-militar que derrocó al dictador derechista Jorge Ubico. Arévalo logró establecer la democracia política y realizar reformas sociales importantes. Se deslindó de los comunistas e insistió ante EEUU en el carácter socialdemócrata, compatible con los valores occidentales de su revolución. Su sucesor, Jacobo Arbenz, electo en 1950, fue menos cauteloso, aceptando la colaboración de marxistas-leninistas en su gobierno, y poniendo en práctica la reforma agraria que afectaría, entre otros, a la poderosa United Fruit Company. La Guerra Fría ofreció la presunta justificación para la conocida operación de cerco diplomático e intervención armada de 1954, poniendo fin a un interesante ensayo de gobierno de izquierda democrática¹⁵.

En 1945, Venezuela fue el escenario de una importante experiencia de gobierno democrático de izquierda. Un movimiento cívico-militar llevó al poder al partido Acción Democrática, de la misma tendencia nacional-revolucionaria y socialdemócrata a la que pertenecían el Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el Febrerismo y el PRG. Como aquellos, AD se definía como «un frente orgánico de capas sociales oprimidas» que abarca a la clase trabajadora, el campesinado y las capas medias. Rechazando tanto el comunismo como la fórmula «demo-liberal», AD afirmaba ser, en definitiva, un partido «democrático, popular, nacional-revolucionario, antiimperialista y antifeudal». (La denominación de «socialdemócrata» no es de su propia cosecha, sino que le fue endilgada originalmente, con intención peyorativa, por sus competidores y adversarios comunistas, para ser acogida por AD misma en la década de los 70, cuando ingresó a la Internacional Socialista.)

El gobierno del llamado Trienio Adeco (1945-1948), criticado tanto por conservadores y liberales como por los comunistas, cumplió tareas progresistas importantes. Estableció la democracia política plena, incorporó a las grandes masas a la participación política, alentó la formación de partidos y sindicatos, realizó grandes reformas en educación, salud pública, y seguridad social, implantó el sistema del 50%-50% para el reparto de la renta petrolera entre el Estado y las compañías concesionarias, y lanzó una política exterior de solidaridad con las democracias y ruptura con las dictaduras de derecha. En su conjunto, fue una actuación izquierdista¹⁶.

15. Juan José Arévalo: *Discursos en la presidencia (1945-1948)*, Presidencia, Guatemala, 1948; tb. Goldenberg: ob. cit., pp. 66-70; y Boersner, *Relaciones internacionales...*, pp. 190-194.

16. La evaluación histórica del Trienio Adeco ha dividido a los venezolanos hasta el día de hoy. Parte de la izquierda venezolana (el Partido Comunista en particular) condena el golpe cívico-militar de

En 1952 Bolivia sorprendentemente vivió una de las experiencias revolucionarias más radicales en la historia de Latinoamérica

En 1958, luego de un retroceso autoritario de derecha, Venezuela fue conducida por gobiernos democráticos socialdemócratas o demócrata-cristianos. Algunos adoptaron medidas que son de izquierda en términos de percepción internacional: fortalecimiento del sindicalismo, fuerte impulso a la educación pública a todos sus niveles, reforma agraria, impulso decisivo a la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), nacionalización de las industrias del petróleo y del mineral de hierro, destacada actuación en iniciativas de solidaridad de los países en desarrollo y de promoción de un «nuevo orden económico internacional», y otras más¹⁷.

En 1948, Costa Rica fue el escenario de un movimiento revolucionario autocalificado de socialdemócrata, dirigido por José Figueres. Luego de tomar el poder, Figueres efectuó reformas importantes que incluyeron el establecimiento de una democracia pluralista efectiva, la disolución y abolición del ejército y su reemplazo por una guardia civil, una moderada reforma agraria, y la nacionalización de la alta banca. Para evitar reacciones de EEUU contra el relativo radicalismo de esas medidas, Figueres extremó, en el ámbito político, sus pronunciamientos anticomunistas y de lealtad a la causa del Occidente en la Guerra Fría¹⁸.

En Bolivia, como ya se señaló, el régimen militar populista de Busch y el de Villarroel tuvieron como acompañante civil al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que sostuvo una doctrina similar en sus aspectos esenciales a la de AD y del APRA. En 1952 –durante el apogeo de la Guerra Fría y la imposición en el resto de América Latina de regímenes de derecha «anticomunistas»–, Bolivia sorprendentemente vivió una de las experiencias revolucionarias más radicales en la historia de Latinoamérica. Provocados por un fraude electoral oficialista, los trabajadores mineros y los campesinos, conducidos por el MNR con apoyo del Partido Obrero Revolucionario (POR), trotskista, se alzaron en revolución violenta contra el Estado, el ejército y la oligarquía minera y latifun-

1945 por haber interrumpido una evolución gradual positiva hacia el civilismo y la democracia. Sin embargo, un número creciente de ex-comunistas, hoy ubicados en posiciones socialistas democráticas, ha llegado a compartir la posición de AD en el sentido de que aquel proceso, a pesar de los errores cometidos, tendió hacia un cambio progresista de las estructuras e hizo avanzar al país en el plano sociohistórico.

17. Cf. Ramón J. Velásquez y otros: *Venezuela moderna, medio siglo de historia 1926-1976*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1979.

18. John Patrick Dell: *Crisis in Costa Rica: the 1948 Revolution*, University of Texas Press, Austin, 1971; tb. Charles Ameringer: *Don Pepe: a Political Biography of José Figueres of Costa Rica*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.

dista. En combate abierto, derrotaron al ejército regular y lo disolvieron. El gobierno revolucionario del MNR, presidido por Víctor Paz Estenssoro, decretó la nacionalización de las minas de estaño y una reforma agraria que los campesinos ya estaban ejecutando por iniciativa propia. Sin embargo, a partir de este comienzo casi bolchevique, la Revolución boliviana en pocos años se moderó, ya que se vio obligada a acudir al crédito exterior y la asistencia técnica ofrecida por EEUU para salvar al país de una descapitalización catastrófica y suplir su escasez de cuadros técnicos y gerenciales. Pese a ello, los gobiernos de Paz Estenssoro y sus sucesores hasta 1964 sin duda merecen ser calificados de gobiernos de izquierda democrática en todo el sentido de estos términos¹⁹.

En la República Dominicana, la muerte de Trujillo y la caída de su régimen abrió las puertas en 1963 al ascenso democrático al poder de Juan Bosch y el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). El estilo algo radical de este mandatario causó su derrocamiento en el mismo año. Décadas más tarde, el PRD volvió a gobernar al país, esta vez con cautela y moderación

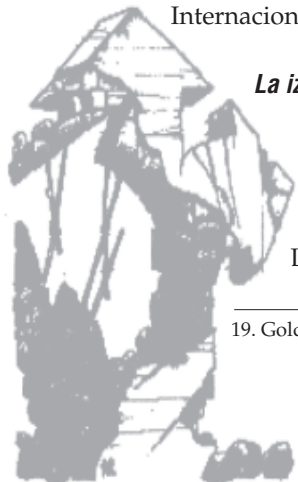
Nadie pone en duda la calidad de «izquierda» del gobierno de Unidad Popular presidido por Salvador Allende en Chile, de 1970 a 1973. Fue el más ambicioso e importante esfuerzo de avanzar, en el marco de una democracia parlamentaria y pluralista, hacia transformaciones estructurales de carácter socialista democrático. Los motivos internos y externos del trágico fracaso de ese noble experimento son, y seguirán siendo, objeto de estudio y reflexión por parte de la izquierda mundial.

Por último, debe ser incluido en el heterogéneo conjunto de los gobiernos de izquierda democrática, el de los sandinistas en Nicaragua. No obstante la tentación marxista-leninista y dictatorial de sus líderes, el régimen se mantuvo dentro de los límites del pluralismo político y –por consejo del propio Fidel Castro– no trató de adoptar el sistema cubano. Además, se hizo miembro de la Internacional Socialista (socialdemócrata).

La izquierda revolucionaria en el poder

Al lado de la pseudo-izquierda populista militar y de la izquierda democrática con sus diversos matices, el régimen comunista cubano presidido por Fidel Castro ha marcado la historia de América Latina y del mundo y ha demostrado su capacidad de sobrevivir

19. Goldenberg: ob. cit., pp. 86-88.



***En América Latina
 las presiones
 a favor del rechazo
 del modelo «imperial»
 son particularmente
 fuertes***

hasta bajo circunstancias altamente desfavorables. Sin embargo sus años de gloria han quedado atrás, su imagen se ha deteriorado, y sus propios integrantes están conscientes de que, probablemente, cuando desaparezca del escenario su actual dirigente máximo, Cuba deberá apartarse de las fórmulas marxistas-leninistas

y andar por uno de dos caminos nuevos: a) la restauración del capitalismo y de la hegemonía corporativa transnacional, junto con la del ala conservadora del exilio, o b) el lanzamiento, con el apoyo de las fuerzas internacionales progresistas, de un programa de transición del comunismo a una fórmula esencialmente socialdemócrata que, a la vez que acepte la restauración de la economía de mercado, preserve una buena parte de las conquistas sociales y la vigencia de un sector público al lado del privado en la gestión de la economía.

El régimen castrista sin duda ha dado un ejemplo positivo y digno de ser recordado, en la lucha contra la pobreza y la creación de una básica seguridad y equidad social, además de la abolición efectiva del desempleo, todo ello en el marco de una economía cerrada, de escasez y dirigida en forma centralista. Por el otro lado, el castrismo será recordado negativamente por su despotismo político, su persecución contra toda disidencia, sus depuraciones a ratos sanguinarias, y la imposición de un pensamiento único asfixiante en el dominio de la cultura, la comunicación social y la investigación científica. Seguramente, la izquierda crítica del futuro no aceptará como excusa para todo ello, el argumento del bloqueo gringo.

Más humano que Stalin o Mao, sin embargo Fidel no ha sido un conductor de trabajadores y pobres, alzados de abajo hacia arriba, sino un Bonaparte que, junto con su entorno burocrático y militar «capturó» la revolución y la sometió a la dictadura de una minoría con intereses propios. Sacudió al mundo, contribuyó poderosamente al despertar de Latinoamérica, pero no cumplió con las exigencias democráticas que son indispensables para que la izquierda viva, avance y convenza internacionalmente.

El siglo XXI: nueva izquierda democrática, nuevo populismo autoritario

El inicio del nuevo milenio trajo consigo el colapso del optimismo histórico que caracterizara en sus comienzos al consenso de Washington, con sus prédicas de liberalismo económico, globalización, democracia y derechos humanos. Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 acabaron con el sentido de seguridad física de la humanidad entera, y en los meses y años siguientes fue aumentan-

do cada vez más el furor de las críticas, tanto populares como intelectuales, al paradigma de la globalización neoliberal.

En América Latina –el continente con la distribución del ingreso más desigual del mundo– las presiones a favor del rechazo del modelo «imperial», y del retorno a políticas de intervención del Estado en la economía con fines de equidad social, son particularmente fuertes. Como expresión de estos sentimientos, han sido elegidos para gobernar, partidos y hombres que representan una nueva versión actualizada de las ideas y programas de la izquierda democrática latinoamericana. «Lula» Da Silva y el Partido de los Trabajadores (PT) del Brasil, Néstor Kirchner a la cabeza de una corriente relativamente «luminosa» del archipiélago peronista, Ricardo Lagos en Chile, con su lento pero firme avance democrático y social-reformista, Tabaré Vázquez y el Frente Amplio de Uruguay, todos representan un izquierdismo inspirado en los ideales universales del socialismo democrático, alejado de deformaciones autoritarias o caudillistas, y consciente de que, en el actual sistema internacional unipolar, es indispensable avanzar en forma reformista y gradual, combinando las presiones sociales con la permanente disposición a negociar. Con esa forma de proceder, están alcanzando éxitos en el sentido de aliviar los padecimientos de sus propios pueblos, y de persuadir al coloso norteamericano de que sus esquemas hemisféricos no son aceptables en su versión original, sino que deben ser confrontados a una opinión concertada de los países de Latinoamérica²⁰.

Paralelamente a esta nueva izquierda democrática latinoamericana, han surgido nuevas corrientes populistas caudillistas, de radicalismo «izquierdista» extremo en sus pronunciamientos, pero de contradicciones fuertes en su «praxis», entre iniciativas social-transformadoras y otras de rancio corte neoliberal. A diferencia de las nuevas izquierdas democráticas, parece vislumbrar la relación Norte/Sur en términos de enfrentamiento hostil. Venezuela constituye, actualmente, el principal foco de esta corriente.

Los gobiernos de la nueva izquierda democrática tratan de incluir al gobierno venezolano en su consenso para una estrategia común de lucha reformista regional. A ratos chocan contra el verbo intempestivo y los gestos de impaciencia que emanan de Caracas. Solo el futuro dirá si esta vez será posible la alianza y la coincidencia entre la izquierda y el populismo, o si las dos fórmulas mantendrán diferencias irreconciliables.

20. Sobre el debate entre ALCA e integración regional latinoamericana, cf. D. Boersner: «¿Bloque hemisférico o equilibrio birregional? (América Latina ante el proyecto ALCA)», en *Nueva Economía* N^{os} 21-22, octubre de 2004, pp. 53-110.

Las dos izquierdas

Después de la Guerra Fría, muchos partidos de la llamada «familia de la izquierda latinoamericana» modernizaron sus doctrinas y se alejaron del socialismo real, buscando profundizar la equidad social y la democracia. Sin embargo la izquierda no es homogénea. Hay otra corriente de inspiración radical que actúa mediante el personalismo, el autoritarismo y el control férreo de los poderes públicos, lo que la sitúa al borde de la democracia formal. Aunque el auge de la izquierda no parece coyuntural ni efímero, las diferencias de estilo y contenido que afloran frente a la hegemonía estadounidense, son una prueba para su vocación democrática y su perdurabilidad.

Teodoro Petkoff

Con la reciente asunción del mando de Tabaré Vázquez en Uruguay, se marca un nuevo hito en el copernicano viraje hacia la izquierda que se viene dando en el continente latinoamericano y caribeño. Desde el decano de todos los gobiernos, el cubano de Fidel Castro, hasta el uruguayo de Vázquez, con el Brasil de Luiz Inacio «Lula» Da Silva, la Guyana de Bharrat Jagdeo, la Argentina de Néstor Kirchner, el Chile de Ricardo Lagos, la Venezuela de Hugo Chávez, el Panamá de Torrijos, la Dominicana de Leonel Fernández, son ya nueve los regímenes considerados de izquierda en la región. Si a esto añadimos, como fenómeno emparentado, que en Nicaragua el sandinismo parece encaminado hacia el retorno al poder, en El Salvador el Frente «Farabundo Martí de Liberación Nacional» controla el Parlamento y la mayoría de las municipalidades, en

Teodoro Petkoff: economista y político venezolano; fundador del Movimiento Al Socialismo y activista siempre comprometido con la causa de la izquierda latinoamericana; ex-ministro de Economía y ex-candidato presidencial; actualmente dirige el diario *Tal Cual*, Caracas.

Palabras clave: izquierda, democracia, autoritarismo, discurso «bolivariano», América Latina.

Bolivia, el Movimiento Al Socialismo ha devenido la primera fuerza política del país, y en México el Partido de la Revolución Democrática con Andrés Manuel López Obrador se abren paso hacia la Presidencia, se puede decir que estamos en presencia de una tendencia histórica, de un cambio profundo en el humor político del continente y no de episodios aislados, casi casualidades dispersas en el tiempo, como lo han sido Cuba (1959), Chile con Salvador Allende (1970) y Nicaragua con el sandinismo (1979).

Los pueblos del continente, masas urbanas y rurales, más allá de los partidos tradicionales y de las prédicas de sus dirigentes, están colocando sus esperanzas y expectativas en la casilla izquierda del espectro político. Después de décadas de dictaduras militares desarrollistas y de democracias populistas y/o neoliberales, el balance, ofrecido en conjunto –rehuyendo todo maniqueísmo y sin equiparar unas y otras ni detenernos en los matices específicos–, ha sido un legado de degradación institucional, corrupción y crecimiento económico precario y contradictorio, que condujo hacia las sociedades más injustas y desiguales del planeta –en permanente crisis social e inestabilidad política.

Falsos dilemas

Por paradójico que luzca a primera vista, este fenómeno es inseparable del colapso del imperio soviético. Desaparecido éste, y con él la lógica de la Guerra Fría, los movimientos y partidos progresistas del mundo –y en particular los de América Latina y el Caribe, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos–, ya no tropiezan con ese techo que colocaba a sus aspiraciones el implacable determinismo de las «esferas de influencia», que derivaba del «equilibrio del terror» entre la URSS y EEUU. Ambas superpotencias se cuidaban mucho de permitir en sus respectivos ámbitos geopolíticos la emergencia de gobiernos de los cuales sospecharan siquiera una mínima posibilidad de que pudieran, de un modo u otro, servir a la estrategia global del archirrival. Más aún, una regla no escrita de la confrontación era la de reducir la protesta ante los abusos de cada parte en «su» esfera a meras formalidades diplomáticas. Ni la URSS ni EEUU se mostraron dispuestos a apretar los botones nucleares por la «defensa» de Hungría, Checoslovaquia, Polonia o Afganistán, en un caso; ni por la de Guatemala, Santo Domingo, Nicaragua o Chile, en el otro. Estaba sobreentendido que cada su-

***Los pueblos
del continente,
masas urbanas
y rurales,
más allá
de los partidos
tradicionales
y de las prédicas
de sus dirigentes,
están colocando
sus esperanzas
y expectativas
en la casilla
izquierda del
espectro político***

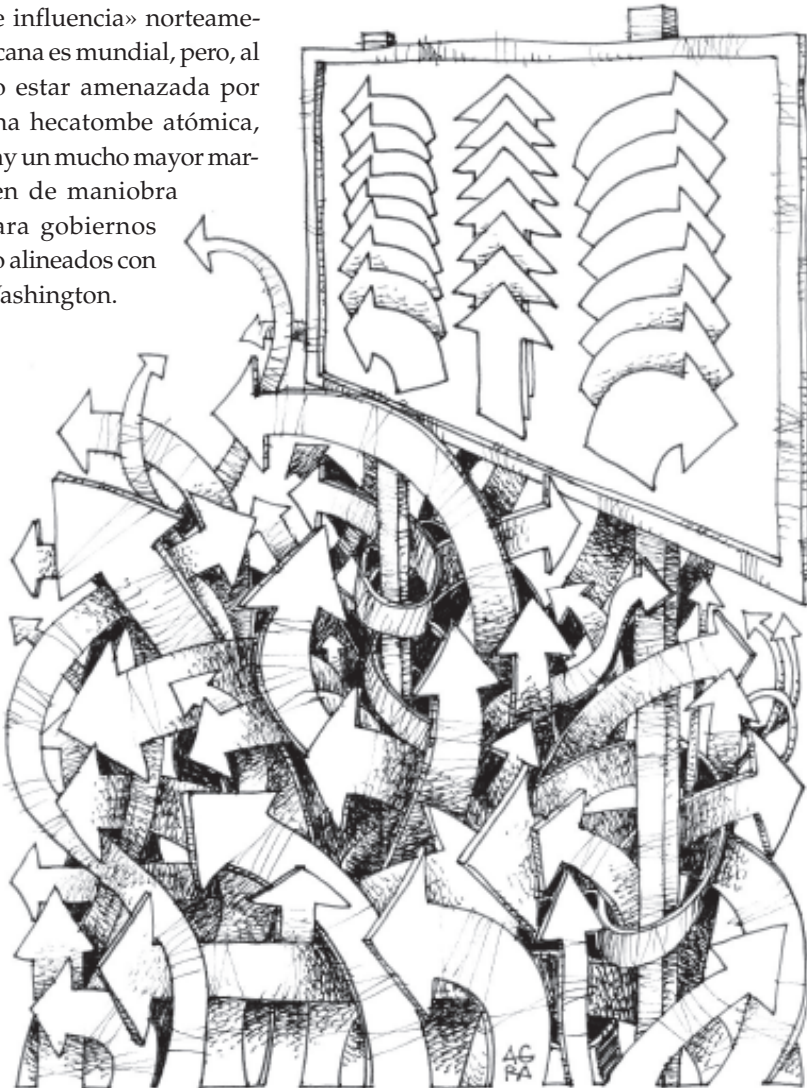
**Los policy makers
norteamericanos
dejaron de percibir
en gobiernos
de izquierda
en América Latina
y el Caribe
una amenaza
a sus intereses
estratégicos**

perpotencia tenía «derecho» a impedir –e incluso a destruir si no lograba lo primero–, la instalación de fórmulas políticas en países de «su» área de influencia que no se ajustaran a sus respectivos paradigmas geopolíticos y geoestratégicos. Si bien este escenario fue perturbado por la Cuba que se declaró socialista en 1961 y se colgó de la percha soviética –como consecuencia de un proceso inesperado, que tomó por sorpresa a EEUU, colocándolo ante un *fait accompli*–, la crisis de los cohetes, en octubre de 1962, llevó a un acuerdo que aunque toleraba, ciertamente, la permanencia del gobierno revolucionario, cerró toda posibilidad de que el territorio cubano pudiera ser utilizado por la URSS con propósitos militares. También evidenció que las esferas de influencia de cada parte eran intocables. Desde luego, también estaba implícito el «derecho» de cada superpotencia a respaldar y hasta promover movimientos políticos afines en el «otro lado» –sin desmedro de que pudieran desentenderse de su suerte si ésta comprometía el equilibrio.

El mundo era dinámico y ambas superpotencias lo sabían. De lo que se trataba era de que ese dinamismo no excediera los límites que cada imperio consideraba inviolables para su seguridad: EEUU invadió Santo Domingo, propició el pinochetazo en Chile y armó a la contra en Nicaragua. En parangón, la URSS invadió Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, y auspició el golpe de Jaruzelski en Polonia. África y el Sudeste asiático constituían una suerte de «tierra de nadie», donde los dos grandes bloques se confrontaban, de manera vicaria, sin que ello afectara especialmente el balance de las esferas de influencia, cualquiera fuera el desenlace del enfrentamiento. Así, las guerras de Corea, Vietnam, Zaire, Angola, Etiopía, no alteraron el *statu quo* del planeta.

Todo esto cambió al desaparecer la URSS. Los *policy makers* norteamericanos dejaron de percibir en gobiernos de izquierda en América Latina y el Caribe una amenaza a sus intereses estratégicos. Ya no había un gran rival del cual se temiera que pudiera instrumentalizarlos. Mucha menos paranoia y menos síndrome del Dr. Strangelove predominan ahora entre quienes toman las decisiones en EEUU. Sin embargo, después de que se esfumaron las ilusiones sobre un Nuevo Orden mundial –denominación que se dio a la *Pax Americana*–, y sobre el hegelo-fukuyámico «fin de la historia», el mundo se complicó de nuevo. Estados Unidos acentuó a escala latinoamericana la guerra contra el narcotráfico. Al terrorismo se le declaró una guerra mundial. Estos enemigos globales, sin

embargo, no están encarnados en ninguna gran potencia con colmillos nucleares, de modo que en el continente americano el espacio para políticas y gobiernos no necesariamente complacientes con Washington no ha sido clausurado a la manera como lo estuvo durante el largo medio siglo de la Guerra Fría. No existe, al menos hasta ahora, una nueva dialéctica entre bloques planetarios de poder. En tiempos de la URSS, EEUU jamás habría invadido a Irak, que está en el bajo vientre de lo que fue la gran potencia comunista. Ahora, en cambio, mueve sus tropas por todo el mapamundi. La «esfera de influencia» norteamericana es mundial, pero, al no estar amenazada por una hecatombe atómica, hay un mucho mayor margen de maniobra para gobiernos no alineados con Washington.



La hipoteca del socialismo real

Al mismo tiempo, los partidos de izquierda hoy gobernantes en América Latina y el Caribe tampoco responden al estereotipo maniqueo acuñado por los gringos: «izquierda igual comunismo». No solo desapareció la URSS sino que el movimiento comunista mundial está reducido a la condición de pieza arqueológica. Nunca hubo grandes partidos comunistas en América Latina y el Caribe pero, en tanto que brazos políticos de El Vaticano soviético, poseían una innegable influencia –que podía llegar hasta el chantaje sobre el conjunto de la izquierda, llevando a esta, por ejemplo, a silenciar cualquier observación crítica a la URSS y al «socialismo real». Para aquella, la asociación con el comunismo y con la URSS, así estuviera llena de fricciones y plagada de contradicciones y desencuentros, constituía una pesada hipoteca, de la cual resultaba difícil librarse porque los adversarios de la izquierda, los políticos y los voceros de los poderes fácticos de la derecha, hacían del anticomunismo y de la denuncia del régimen soviético –y en nuestro caso continental, del cubano– uno de los fundamentos esenciales de su política.

La desaparición de la URSS pareciera haber creado condiciones para que la izquierda restablezca su autonomía ideológica y política. No carga ya con el peso muerto de lo que significó el modelo totalitario, dictatorial y económicamente fracasado de la URSS, que, según la propaganda de sus adversarios, sería el «espejo» de las proposiciones progresistas, y que, por lo mismo, producía un potente efecto disuasivo en nuestros países. Tampoco puede ser jaqueada o chantajeada por el movimiento comunista. La relación con Cuba posee sin embargo algunas características especiales (no por una afinidad político-ideológica, que salvo en el caso de Chávez, el MAS de Bolivia y el sandinismo, no existe en casi ningún otro de nuestros movimientos de izquierda, aunque produce también un efecto-demostración inhibitorio semejante al que producía la siniestra imagen de la URSS).

La izquierda y sus perfiles

Ahora bien, el concepto «izquierda» puede ser mistificador. Encubre mucho más de lo que revela y aplicado indiscriminadamente puede conducir a gruesos errores de apreciación. La izquierda, como la derecha, posee muchos matices. Así como entre los polos de Hitler y Churchill, por ejemplo, cabe cualquier cantidad de expresiones del pensamiento conservador, entre los polos de Stalin y Tony Blair, también por ejemplo, existen muchas gradaciones desde el centro hacia la izquierda. Pero, a los efectos del análisis cabe señalar, *grosso modo*, la

existencia de dos izquierdas en la América Latina actual, dos grandes corrientes en ella, en modo alguno homogéneas, sino, cada una, con variados matices específicos. Una de las dos grandes tonalidades de la izquierda es la que tiene hoy como exponentes más significativos a los gobiernos de «Lula» Da Silva, Lagos, Kirchner y ahora Vázquez y, con un perfil más bajo, a los gobiernos de Fernández, Torrijos y Jagdeo. La otra gran corriente cuenta con Castro y Chávez como sus figuras más prominentes. Entre estos dos personajes y los movimientos políticos que los sustentan existen importantes diferencias y sería un error equipararlos, pero tan estrechamente relacionados como están hoy, configuran el polo latinoamericano de la izquierda arcaica, asociable, todavía, por la gracia de Fidel, a lo que fue el movimiento comunista mundial, y desvaído reflejo de la luz, ya apagada, de la estrella soviética.

***Dos corrientes
de la izquierda
coexisten
en el continente
y aunque
superficialmente
pueden ser tomadas
como una misma
«familia»,
son visibles
las contradicciones
que las oponen
entre sí***

Estas dos corrientes de la izquierda coexisten en el continente y aunque superficialmente pueden ser tomadas como una misma «familia», son visibles las contradicciones que las oponen entre sí. El Partido de los Trabajadores brasileño, el socialismo chileno, el Frente Amplio uruguayo y el peronismo, vienen de una larga lucha contra feroces dictaduras militares y en el último medio siglo han pasado por las más variadas experiencias, que van desde la clandestinidad, episodios de lucha armada que involucran a algunos de sus actuales componentes (sobre todo en Brasil, Uruguay y Argentina), la vida parlamentaria, el ejercicio de gobiernos regionales y locales y hasta, en el caso chileno, del nacional. Hundidas sus raíces en la historia continental, ya más que secular de las luchas sociales, la reflexión sobre su propia e intensa práctica política y sobre la del «socialismo real» ha llevado a estos partidos a dejar atrás los infantilismos de izquierda y a internalizar los valores democráticos como componentes *sine qua non* de los proyectos de cambio social. El voluntarismo –tan propio del leninismo, del maoísmo y del fidelismo–, ya se conoce que termina en desatinos como la «zafra de los 10 millones de toneladas» en Cuba o el «gran salto adelante» y la «revolución cultural» maoístas, sin hablar del *tour de force* que fue la revolución bolchevique. En el campo de la economía, donde a fuerza de cometer y sufrir las consecuencias de los errores propios y, sobre todo, de los ajenos –los del modelo soviético–, se sabe bien que la macroeconomía puede tomarse terribles venganzas sociales cuando se la maneja con desaprensión e irresponsabilidad.

***En Chile,
el pinochetazo
y la dictadura
hicieron pagar
a la nación
el costo de los excesos
«revolucionarios»
de la ultraizquierda***

Sin la estridencia falsamente radical de la izquierda borbónica (esa de la cual, como de la Casa Real, se puede decir que ni olvida ni aprende), la otra corriente marcha por un camino de reformismo avanzado, que compatibiliza la sensibilidad social con la comprensión de que las transformaciones en la sociedad pasan por el desarrollo económico con equidad y por el fortalecimiento y profundización de la democracia. Sin lo segundo, la preocupación social naufraga en las turbulentas aguas de la inflación y el estancamiento económico o, como en el caso cubano, en la dictadura totalitaria como mecanismo de control social y de sobrevivencia en el poder, cada vez más acentuado el autocratismo dictatorial mientras más desfallece la economía.

No obstante, esta izquierda no escapa a la tensión permanente entre el compromiso con las ideas y el sentido pragmático y práctico a que la obliga la percepción realista del entorno en el cual actúa. Tal tensión alimenta un debate incesante, que se remonta, si de buscar antecedentes se trata, a los de la Primera y la Segunda Internacional, y que no pocas veces produce escisiones y desprendimientos en los partidos que la encarnan.

No obstante, esta izquierda no escapa a la tensión permanente entre el compromiso con las ideas y el sentido pragmático y práctico a que la obliga la percepción realista del entorno en el cual actúa. Tal tensión alimenta un debate incesante, que se remonta, si de buscar antecedentes se trata, a los de la Primera y la Segunda Internacional, y que no pocas veces produce escisiones y desprendimientos en los partidos que la encarnan.

En Brasil, el PT vive frecuentes debates internos, seguidos de pequeñas escisiones, entre el *mainstream* ideológico del partido y sus tendencias ultraístas. Es evidente que los conductores del partido comprendieron temprano que para evitar el vía crucis que padeció Salvador Allende con los ultras se precisaba la mayor intransigencia frente a éstos. La ultraizquierda petista ha preferido montar tienda aparte y eso ha sido lo mejor para el proceso político brasileño, marcado por el avanzado reformismo del PT y de «Lula». En Uruguay, los primeros pasos de Vázquez apuntan en el sentido de «Lula» y de Lagos y no en el de Chávez. No sería extraño que el Frente Amplio pase por discusiones semejantes a las que vive el PT. Argentina constituye un caso especial porque el peronismo, globalmente considerado, no posee una filiación izquierdista, pero proviniendo los actuales gobernantes, comenzando por Kirchner, de la izquierda «montonera», puede considerársele hoy como parte de ese variopinto clan de gobiernos de avanzada social en el continente. Pero del peronismo es poco probable que se pueda esperar nada parecido a las contradicciones propias de la izquierda «clásica». En Chile, el pinochetazo y la dictadura hicieron pagar a la nación el costo de los excesos «revolucionarios» de la ultraizquierda, y ha sido la memoria de aquello la vacuna que protege de esta última al gobierno de Lagos,

quien no ha tenido que lidiar, como Allende, con las estériles provocaciones del ultrarradicalismo, que tanto contribuyó a tender la cama al gorilismo revanchista.

Finalmente, dentro de esta gran corriente, como gradaciones más moderadas, más hacia el centro y bastante menos sometidas a las disyuntivas ideologizadas que caracterizan a los casos ya citados, se debe ubicar a los gobiernos del Partido de la Liberación Dominicana, del Partido Revolucionario Democrático panameño y del Partido Progresista Popular guyanés.

Fruto, el primero, de la turbulencia política y social que siguió a la desaparición del trujillato, ha encontrado en el sobrio y centrado liderazgo de Fernández una conducción sin sobresaltos, que lo ha llevado ya dos veces al Gobierno. El PRD panameño es heredero del torrijismo y conducido ahora por el hijo del finado coronel Omar Torrijos, ensaya vincular el nacionalismo que hizo posible «la entrada al Canal» (Torrijos decía que él no quería entrar a la historia sino al Canal), con una opción social –que no estuvo, por cierto, entre las prioridades del primer Torrijos, pero que es visible, aunque muy matizada por la ortodoxia económica, en el discurso de su hijo Martín. El PPP de Guyana, hoy gobernante, es el partido que fundaran Cheddi y Janet Jagan, y que en 1953 dio origen al primer gobierno de filiación relativamente marxista en el continente. Posteriormente ha ocupado varias veces el Gobierno, pero la barrera idiomática y cultural ha hecho que la izquierda latinoparlante mire poco o nada hacia Guyana y, en general, hacia el Caribe anglo-francófono.

La otra gran vertiente de la izquierda latinoamericana y caribeña es la que tiene como figuras descollantes a Castro y a Chávez. El *appeal* romántico de esta izquierda –con los consiguientes disparos de adrenalina que provoca el castrochavismo–, encuentra eco en algunos países donde la izquierda parece lista para acceder al poder (Nicaragua, Bolivia y El Salvador) así como en los grupúsculos de la ultra continental y en los restos fosilizados del viejo comunismo, al igual que en algunos movimientos sociales del tipo de los piqueteros argentinos o de los *sem terra* brasileños, que aunque despierta una simpatía difusa más allá de estos sectores, no engrana con las corrientes de masas de la izquierda suramericana. De la paleorrevolución fidelista ya es poco lo que se puede agregar, pero el confuso «bolivarianismo» de Venezuela sí llama mucho la aten-

***De la paleorrevolución
fidelista ya es poco
lo que se puede agregar,
pero el confuso
«bolivarianismo»
de Venezuela
sí llama mucho
la atención
y parece poseer
la capacidad expansiva
que hace rato perdió
la Revolución cubana***

ción y parece poseer la capacidad expansiva que hace rato perdió la Revolución cubana.

Sin embargo, conviene hacer algunas precisiones respecto de los tres países donde el castro-chavismo cuenta con epígonos. En El Salvador, el FMLN es el mayor grupo político en el Parlamento y ganó la mayoría de los concejos municipales, pero se cerró a sí mismo la victoria en las elecciones presidenciales porque al optar por una candidatura tan sectaria como la de Schafik Handal, secretario general del Partido Comunista, no podía abrir brechas en el centro político y limitó su alcance. Handal, sin duda, fue un regalo de los dioses para la declinante derecha de ese país. Es esta corriente interna en el FMLN la que se identifica con Chávez.

En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, aunque luce individualmente como la principal fuerza política, ha vivido un acentuado proceso de descomposición ética y política que permite abrigar dudas acerca de lo que cabe esperar de un gobierno suyo, si es que ganara las elecciones. También en el FSLN se produce la disyuntiva entre las dos izquierdas. En el sandinismo –aunque más exacto sería hablar ahora de «danielismo»– la impronta fidelista es muy profunda y por ello no puede extrañar su alineamiento con el castro-chavismo, pero es evidente que en su seno tiene lugar una lucha no resuelta entre las dos izquierdas, de la cual el último episodio ha sido la expulsión de Herty Lewites, ex-alcalde de Managua, y el antecedente más lejano, aunque entonces sin mayores consecuencias sobre el partido, la de Sergio Ramírez. Hoy, sin embargo, la contradicción parece mucho más profunda que cuando Ramírez desafió el liderazgo de Daniel Ortega.

En Bolivia, el MAS de Evo Morales se consolida como la fuerza política más importante y sus vínculos con el chavismo venezolano son públicos y notorios. El MAS posee la interesante característica de constituir la primera expresión política autónoma de la población indígena, que es mayoritaria en Bolivia, pero que siempre desempeñó un rol ancilar respecto de las fuerzas políticas. Con la emergencia del MAS, que marca un punto de flexión en la política de ese país, se produce el más hondo proceso de inclusión social y política que haya conocido Bolivia. En la revolución de 1952, los indígenas, que fueron, ciertamente, objeto de las reformas que el Movimiento Nacionalista Revolucionario propició, ahora emergen como sujetos de su propia historia. Como es comprensible, hay en su conducta política una mezcla de modernidad y atraso y, además, muchos siglos de opresión, sometimiento y humillación explican el «sarampión» radical de algunas de sus posturas y la identificación con las del paradig-

ma revolucionario castro-chavista. Los tiempos próximos dirán si el MAS logra trascender el etnicismo y realizarse como una fuerza que asume de modo integrador la diversidad étnica de la sociedad, a la manera como lo hizo el Congreso Nacional Africano, bajo la conducción de Nelson Mandela, o si quedará atrapado en el indigenismo, cristalizándose así una peligrosa fractura racial en la sociedad boliviana, con consecuencias impredecibles en un país tan complejo y complicado como Bolivia, presa, por añadidura, de tendencias centrífugas que amenazan su propia integridad territorial. Por cierto que siendo Bolivia un vecino con el cual Brasil comparte vastos intereses, a «Lula» le convendría desarrollar una relación estrecha con el MAS y con Morales, contribuyendo a que éste se aleje del falso radicalismo y se acerque a las posturas de la izquierda moderna.

***Ideológicamente,
se apoya en
una utilización
instrumental
del potente mito
bolivariano,
suerte de religión
laica venezolana***

Habría que añadir unas pocas palabras acerca de la significación que dentro de este cuadro podría adquirir una eventual victoria electoral, en México, de Andrés Manuel López Obrador, casi seguro candidato del Partido de la Revolución Democrática. No es fácil que gane, pero no sería tampoco una sorpresa; de hecho hoy puntea las encuestas presidenciales. A pesar de las tendenciosas comparaciones que hace la derecha mexicana entre AMLO y Chávez, las circunstancias de ambos países son tan distintas que esa tentativa de asemejar un gobierno del mexicano al del venezolano no pasa de ser una tontería para engañar incautos, pero poca duda puede haber que una presidencia de izquierda en el otro gran país latinoamericano marcaría un salto cualitativo en la política hemisférica.

El discurso «bolivariano» y la encrucijada de la izquierda

Resta por decir algunas palabras sobre el fenómeno chavista. Surgido de la confluencia del militarismo nacionalista con distintas corrientes del naufragio marxista-leninista y de la izquierda grupuscular, conforma un movimiento y un gobierno esencialmente personalista, con fuertes rasgos de militarismo, mesianismo, caudillismo y autoritarismo, plasmado en un discurso con claras resonancias del fidelismo «sesentoso», que encuentra eco en vastas capas de la empobrecida masa popular venezolana. Ideológicamente, se apoya en una utilización instrumental del potente mito bolivariano, suerte de religión laica venezolana, de difícil comprensión en otros países del continente, donde la huella del procerato libertador no posee, ni de lejos, la profundidad que tiene en el

alma venezolana. El recuerdo de Bolívar, paradójicamente, ha sido cultivado desde hace bastante más de un siglo sobre todo por nuestros hombres fuertes, como un modo de legitimar sus desmanes con el aval de ultratumba de El Libertador, pero, por los retorcidos senderos de las frustraciones colectivas, entró hondamente en la psicología popular venezolana. Otros también lo han utilizado como herramienta política, pero ninguno con la fuerza y la eficacia de Chávez.

El discurso «bolivariano» ha estado unido, hasta ahora, a un planteamiento vago y más bien emocional, de redención social, pero más recientemente trata de dársele mayor profundidad conceptual, asociándolo caprichosa y hasta grotescamente a la búsqueda de un contenido específico para el inefable «socialismo del siglo XXI», que acaba de poner en órbita Chávez. El discurso de Chávez ha ido derivando, a lo largo de seis años, desde el planteamiento «humanista», recurriendo mucho a la imagería cristiana, al anti-neoliberalismo, luego al anticapitalismo, para arribar, hace poco, a la proposición de «inventar el socialismo del siglo XXI». Todo esto sobre el telón de fondo de un nacionalismo que ahora muestra un altisonante acento antiimperialista, muy a lo Fidel Castro, dentro del marco de una creciente confrontación verbal con el gobierno de George Bush. Pero, y hay que tenerlo muy claro, el principal activo del chavismo lo constituye el vigoroso y carismático liderazgo de Chávez, quien, por añadidura, generosamente lubricado por un petróleo de precios siderales, ha podido construir un enlace afectivo y emocional con millones de venezolanos en un plano que en ocasiones se acerca a lo mágico-religioso¹.

1. El ejercicio de gobierno es ambivalente. Chávez nada en dos aguas. Una, la de la democracia, a lo cual la constriñe la fuerte cultura y tradición democrática del país, así como la influencia del entorno interamericano y que mantiene los rasgos formales de la vida democrática (partidos políticos, pluralidad sindical y gremial, libertad de expresión, etc.). Otra, la del autoritarismo, donde la «fisiología» formal de la democracia está minada por una práctica cada vez más dura y autocrática del poder (instituciones del Estado bajo control absoluto del presidente, tendencia a la obliteración de los espacios democráticos, presiones constantes sobre los medios de comunicación, tendencia a la «judicialización» de la política, etc.). No es el de Chávez un gobierno dictatorial y mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco es una democracia. Autoritario, militarista, con fuerte propensión autocrática, la afirmación de su poder personal es el alfa y omega del comportamiento de Chávez, quien ha hecho de la lealtad al jefe la piedra de toque de su política. La concentración de poder en manos de Chávez sólo es comparable a la que protagonizó el general Juan Vicente Gómez, nuestro dictador durante 27 años –lo cual, por cierto, no implica asemejarlos en otros aspectos. La formación militar –que por su propia naturaleza no es democrática sino afincada en las ideas-fuerza de disciplina vertical, subordinación escalonada de unos mandos a otros, procedimientos no deliberativos–, converge con la tradición dictatorialista, autoritaria y no democrática de la izquierda borbónica, para producir este peculiar régimen, donde el presidente no es el primero entre sus iguales sino un tótem reverenciado, cuya palabra es la primera y la última en todas las decisiones de gobierno. Típicamente, alrededor del caudillo se va espesando una atmósfera de adulación y miedo, cada vez más repugnante. De modo que si de «inventar el socialismo» se trata, lo actuado hasta ahora quizás permite

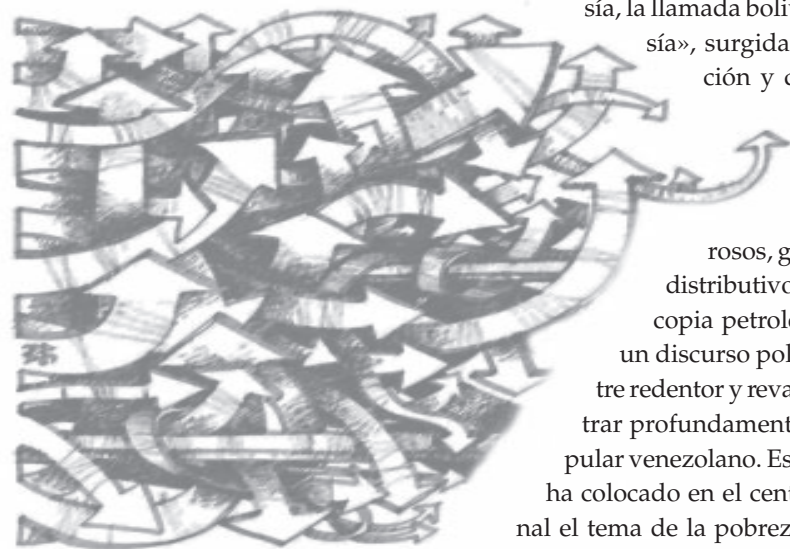
Aunque Chávez ha embestido con éxito, hasta ahora, contra el antiguo *establishment* político-social, la destrucción de los privilegios de este, que no se produce dentro del contexto de un proyecto societal alternativo, ha dado lugar, y no podía ser de otra manera, a la aparición de nuevos privilegiados políticos e

incluso a los embriones de una nueva burguesía, la llamada bolivariana o «boliburguesía», surgida al calor de la corrupción y de los negocios con el

Gobierno. Sin embargo, un gobierno que ha enfrentado y derrotado a los poderosos, gestor de un populismo distributivo munificente (la cornucopia petrolera da para todo), con un discurso política y socialmente entre redentor y revanchista, ha logrado entrar profundamente en el imaginario popular venezolano. Es innegable que Chávez ha colocado en el centro de la escena nacional el tema de la pobreza y de la lucha contra ella. Además, en la práctica, la implementación de un set de programas sociales –las famosas «misiones»–, algunos de ellos de indiscutible validez conceptual, aunque sea opaca y sospechosa de corrupción y favoritismo su aplicación, ha reforzado, sin duda, el vínculo con los sectores populares.

De un año para acá, Chávez ha introducido una variable en su discurso, casi inexistente hasta entonces: el choque verbal con el gobierno de Bush y con el «imperialismo yanqui». De hecho, Chávez, inclusive, omitió durante dos años toda denuncia pública sobre la participación del gobierno de Bush en el golpe de abril de 2002. Manejó el tema con suma prudencia, evitando señalamientos directos en ese sentido. Hoy, sus acusaciones a ese respecto, junto a las que hace, casi paranoicamente, sobre un supuesto plan gringo para matarlo, así como la utilización de un lenguaje durísimo contra el presidente de EEUU, que llega hasta la grosería, se han transformado en un *leit motiv* de su prédica mundial, respondiendo a los nada velados ataques del Departamento de Estado.

concluir que lo que va surgiendo de ese propósito se orienta más hacia los modelos fracasados que hacia una versión democrática del socialismo –aunque no necesariamente se transforme en un clon de aquellos y logre conservar, aunque en menor grado, la ambigüedad que lo caracteriza hoy.



Entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias, existen múltiples vasos comunicantes

Pero, simultáneamente con la belicosidad verbal contra el gobierno de Bush, el venezolano adelanta una política exterior realmente audaz, aunque exageradamente vocinglera y hasta provocadora, en comparación con la serena pero mucho más efectiva de «Lula», por ejemplo. Tocando la melodía del «mundo pluripolar», Chávez, con una activa diplomacia personal, cuyo combustible es el petróleo, ha estrechado lazos con Rusia, China, India e Irán. Aunque a veces actúa como un elefante en la cristalería suramericana, ha fortalecido, más allá de la retórica integradora, vínculos políticos y económicos con Brasil y Argentina, manejando sin complejos el petróleo como herramienta política y adelantando, en ocasiones, gestos tan extravagantes como el de comprar deuda argentina.

Sin embargo, la instrumentalización del resentimiento social, la intimidación innecesaria de la clase media, la ineficiencia administrativa, el conflictivismo permanente, la segregación política y social de sus opositores y la corrupción rampante, cuestionan la viabilidad del chavismo como proyecto de transformación social profunda y han estancado su expansión interna. Este no ha logrado abrir brecha en esa mitad del país que lo adversa, manteniéndose, aunque con menor crispación después del referéndum revocatorio (15 de agosto de 2004), la polarización social y política que ha caracterizado el periodo que arrancó en 1999. El chavismo es una fuerza popular, ciertamente, pero no una fuerza integradora de la nación. Hay, además, signos inquietantes en el cielo, que parecerían anticipar un curso poco democrático y excesivamente estatizante en el desenvolvimiento del proceso chavista, y, por tanto, condenado al fracaso. Pero, mejor repetamos con Marx: hay que dejar al futuro hablar por sí mismo.

Los vasos comunicantes

Entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias, existen múltiples vasos comunicantes y luce apresurado pensar que sus evidentes contradicciones conceptuales y de estilo puedan producir una fractura entre ellas.

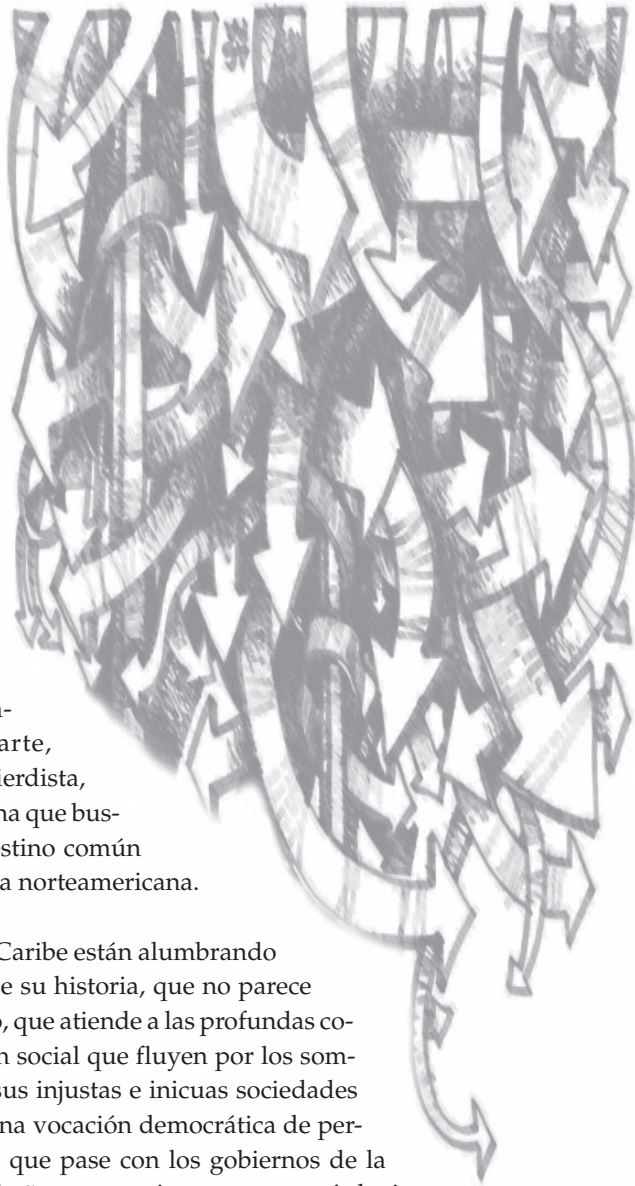
Para la izquierda moderna y democrática, que metabolizó la experiencia de la lucha armada y la crisis del modelo soviético así como las desventuras del allendismo y el sandinismo, que no se asoma al espejo cubano, las relaciones

con la izquierda borbónica, conservadora y no democrática, forman parte, sin embargo, del manejo de sus tensiones internas. Recibir con honores a Castro y a Chávez, darles un trato cordial y abrirles las puertas de sus masas populares, pagar tributo a sus leyendas, considerarlos parte de la «familia», aunque sean una suerte de *enfants* –o, más bien–, *pères terribles* y no existan mayores coincidencias con ellos, es, por una parte, una cierta forma de lealtad con su propia historia (todos fuimos prosoviéticos y/o fidelistas, no somos ajenos al entrañable mito guevarista y, quien más quien menos, pasó por el marxismo-leninismo), y, por lo mismo, también un gesto hacia la ultraizquierda propia, que muchas veces es un verdadero incordio, para suavizar su reclamo y su beligerancia hacia gobiernos a los que reprochan su supuesta moderación, cuando no su «entrega al imperialismo».

Existe un factor cohesivo para las dos izquierdas: la política exterior norteamericana en general y en particular hacia América Latina y el Caribe, sobre todo ahora con Bush

Pero, además existe un factor cohesivo para las dos izquierdas: la política exterior norteamericana en general y en particular hacia América Latina y el Caribe, sobre todo ahora con Bush al frente de ella. Los gobiernos de izquierda, cada quien con su estilo y metas propias, poseen un propósito claro de colocar sobre nuevas bases las relaciones de sus países con EEUU. Desde luego, existen también considerables diferencias de estilo –así como de sustancia– entre las dos izquierdas. Chávez se regodea en un estilo chocarrero y bravucón en sus respuestas a las frecuentes alusiones del Departamento de Estado a su política, reproduciendo, en un contexto y condiciones históricas completamente diferentes, el discurso, comprensiblemente conflictivo, de Castro –quien tiene casi medio siglo enfrentando el anatema terrible de los gringos–, pero añadiendo de su cosecha algunas impropiedades, realmente provocadoras, impensables en el lenguaje del anciano líder cubano, que en estos asuntos sabe «darse su puesto». Chávez parte de un concepto falso, propio de la vieja izquierda: con EEUU no existe posibilidad de convivencia, es el enemigo por antonomasia. Ese concepto corresponde a la ideología de la Guerra Fría, cuando todos los partidos comunistas del mundo, y con ellos una parte de la izquierda no comunista, asumían como propia la estrategia soviética frente al coloso rival y eran incapaces de pensar su política frente a EEUU a partir de los intereses nacionales de sus respectivos países. Para la nueva izquierda, sobre todo después del desplome de la URSS, el asunto se plantea en términos mucho más complejos, que se pueden resumir en la ecuación «tensiones probables pero convivencia inevitable».

En estas condiciones, en un continente donde, más allá de las apariencias, no sanan las heridas abiertas por un siglo de incursiones de los *marines* en nuestras costas, ningún gobierno de izquierda permanecerá indiferente ante las presiones e iniciativas norteamericanas contra Chávez y Castro. De algún modo, quiérase o no, con contradicciones y desencuentros, ambos son parte, para la familia izquierdista, de una América Latina que busca construirse un destino común frente a la hegemonía norteamericana.



América Latina y el Caribe están alumbrando un nuevo capítulo de su historia, que no parece coyuntural y efímero, que atiende a las profundas corrientes de redención social que fluyen por los sombríos socavones de sus injustas e inicuas sociedades y, por tanto, posee una vocación democrática de perdurabilidad. Pase lo que pase con los gobiernos de la izquierda latino-caribeña, este continente ya no será el mismo. La hora de las grandes reformas sociales ha llegado y esta vez lo que está en pleno desarrollo ya no está determinado ni afectado por las contingencias de una confrontación bipolar a escala planetaria, que ya es historia, sino por las circunstancias específicas que ha ido macerando su largo y torturado devenir.

La izquierda latinoamericana en el poder

Interrogantes sobre un proceso en marcha

Wilfredo Lozano

El surgimiento de la izquierda en América Latina plantea la hipótesis de una posible «reversión» de la escena política latinoamericana. El papel que las diferentes izquierdas jueguen dependerá de asumir la complejidad de la coyuntura mundial y regional. Tales tendencias deberán aprender a constituir una fuerza política convencida de la tolerancia democrática y el pluralismo, como condiciones de su presencia histórica y eficacia política.

El ascenso de Luiz Inácio «Lula» da Silva a la presidencia del gobierno de Brasil abrió un conjunto de expectativas a la izquierda latinoamericana, pues por el tamaño del país, la fuerza política del Partido de los Trabajadores (PT) que lo llevó al poder, el indiscutible liderazgo de esta nación en el Mercosur y su creciente importancia en la escena internacional, su llegada al gobierno incluye la posibilidad de que este triunfo político de la izquierda brasileña vaya más allá de lo nacional y revele una verdadera tendencia latinoamericana¹.

El reciente arribo de Tabaré Vázquez a la presidencia en Uruguay, la permanencia de Hugo Chávez en el gobierno en Venezuela, el ascenso y su estabilización en el poder de Néstor Kirchner en Argentina y la larga durabilidad de la Concertación en el Chile pos-Pinochet como coalición gobernante y su clara posibilidad de continuar en el próximo gobierno después de Ricardo Lagos,

Wilfredo Lozano: sociólogo dominicano; ex-secretario general de Flacso y actual director del Centro de Investigaciones y Estudios Sociales (CIES), Santo Domingo, República Dominicana.

Palabras clave: democracia, globalización, fundamentalismo, pluralismo, gobernanza, izquierda reformatora, América Latina.

1. Para un análisis de estas expectativas en la óptica del mercado electoral latinoamericano, v. Ludolfo Paramio: «Perspectivas de la izquierda en América Latina», Real Instituto Elcano, Documentos de Trabajo, 20/1/2003.

indican que el surgimiento de los gobiernos de izquierda constituye algo más que un hecho fortuito en la región y permite sostener la hipótesis de una posible «reversión» de la escena política latinoamericana.

Esto plantea muchas interrogantes. Me detendré en los tres ejes centrales del presente trabajo: ¿Quiénes han ascendido realmente al poder con estos partidos y coaliciones de izquierda? ¿Qué representan estos gobiernos: alianzas volátiles, movimientos nacional-populares, fuerzas sociales que emergen con la globalización o a las que la globalización vulnera o margina? ¿Qué posibilidades reales tienen estos gobiernos de impulsar programas si no revolucionarios al menos reformadores en el campo de la lucha contra la exclusión social y la profundización de las conquistas democráticas?

¿Cuál izquierda?

Lo primero que debe desecharse es la polémica nominalista². Por esa ruta fácilmente puede convenirse que, tras la caída del Muro de Berlín, la disolución del campo socialista y el descentramiento del marxismo como gran relato crítico de la modernidad tardía, la izquierda ya no existe. Podría argumentarse también lo contrario: la explosión nacionalista tras la globalización, el surgimiento de nuevos movimientos sociales, la unificación en tiempo real de la economía financiera a escala mundial, el *boom* del comercio internacional, todo ello estaría revelando que las predicciones del viejo topo se confirman: el capitalismo se articula como una sola estructura y proceso mundiales, surgen movimientos antisistémicos de carácter global y, en una palabra, la izquierda se fortalece, pese a que se diversifica y sus estructuras políticas tradicionales (partidos) se opacan y envilecen. Ninguna de estas posiciones extremas facilita la comprensión de los procesos políticos latinoamericanos en marcha.

2. Para descartar malos entendidos, asumo con Bobbio (*Izquierda y derecha*, Taurus, 1998) que el criterio básico diferenciador de la izquierda y la derecha lo define la postura frente a la igualdad. Ser de izquierda entonces se identifica en lo esencial y para los fines de este trabajo como una postura que asume la defensa de la igualdad, lo que no debe confundirse con el igualitarismo («todos somos iguales en todo y para todo»). Por tanto, esta postura entiende que la desigualdad es en lo básico un asunto social, no natural. De aquí el establecimiento de un programa donde lo central es, en la perspectiva social, la lucha por la igualdad de oportunidades y, en consecuencia, la lucha contra todo tipo de exclusión social y económica, y agrego yo, en el plano político la defensa de un orden democrático no limitado a la competencia electoral, sino sostenido en la afirmación de la ciudadanía y el Estado de Derecho. De esta forma mientras para la derecha el criterio de asignación de recursos es en lo fundamental el mercado, para la izquierda lo es la sociedad; mientras para la derecha el criterio exclusivo de demarcación política lo es el de la democracia liberal, básicamente de tipo electoral, que afirma sobre todo la ciudadanía política y civil, para la izquierda la democracia debe ir más allá y englobar una ciudadanía afirmativa en el ámbito de los derechos sociales, la defensa de las minorías y la participación de la sociedad civil como actor legítimo en la escena política.

El primer asunto que debemos tomar en consideración es la heterogeneidad de la izquierda y el cambio de su lugar histórico en la escena latinoamericana. La primera parte de mi aseveración no es nada nueva. La puesta en escena de la izquierda socialista europea (en sus dos variantes: la socialdemócrata y la propiamente bolchevique) estuvo de alguna forma vinculada a partidos obreros, en parte porque se asumía al movimiento obrero como el sujeto histórico revolucionario por definición, en parte porque realmente fue el movimiento obrero el que articuló el primer y hasta ahora único movimiento que en Occidente de forma mayoritaria forzó al capitalismo al engranaje de lo que se ha convenido en llamar «Estado de Bienestar», a un pacto social de enormes consecuencias civilizatorias. Pero en el hoy desmembrado campo socialista la clase obrera no fue la que subió al poder (si bien pudo haber ayudado a los bolcheviques a tomarlo), sino un aparato político que a nombre de ella organizó el hoy fracasado experimento socialista con su secuela de autoritarismo, que si algo produjo fue la rápida industrialización rusa y la apertura hacia Occidente de China. No obstante, ese movimiento y los actores políticos que lo protagonizaron nunca fueron homogéneos. Hubo muchos marxismos, también muchas variantes del radicalismo bolchevique y del socialismo democrático, y todos pueden calificarse como de izquierdas³.

***La unipolaridad
hegemónica
en lo militar
abrió otra agenda
económica:
la del libre comercio***

La novedad de la escena latinoamericana es que, salvo en países como Argentina y Chile con su larga tradición socialista, Bolivia en el lado minero de la militancia izquierdista, quizás en el Perú de Mariátegui, más bien a través de Haya de la Torre en el APRA, y otras contadas experiencias, la izquierda latinoamericana nunca logró movilizar al movimiento obrero y representarlo. En parte esto puede tener una explicación política, pero sobre todo cabe destacar su componente social: aquí se trataba de otro tipo de sociedades muy distintas a las de Europa y Norteamérica. Los llamados movimientos nacional-populares fueron los que más acercaron a los grupos de izquierda a una verdadera experiencia de movilización social de alcance de masas, y dicho movimiento nunca estuvo realmente liderado por partidos obreros, socialistas y mucho menos comunistas, sino por alianzas nacionales heterogéneas, en las cuales ocupaban un lugar central la clase media, sectores burocráticos estatales empeñados en la búsqueda de un espacio nacional propio, militares e incluso empresarios nacionalistas. Los ejemplos sobran, pero fue este movimiento el que con sus variantes

3. Eric Hobsbawm ha demostrado la heterogeneidad del movimiento marxista, y la del propio movimiento socialista en su variante más radical. V. la colección que dirigió bajo el título de *Historia del marxismo*, Bruguera, en particular el vol. 7: *La época de la Tercera Internacional (I)*, 1981.

nacionales sostuvo la experiencia de la nacionalización del petróleo en México, la industrialización argentina. Inclusive la propia revolución cubana y la revolución sandinista tuvieron de alguna manera este formato heterogéneo, «policlasista», para no hablar de la guerrilla que se sostuvo en el apoyo de la clase media radicalizada y en intelectuales surgidos de ella misma.

El otro componente del asunto es la disputa geopolítica, que esta vez sí convirtió a la izquierda en un «peligroso actor» que de suyo no representaba ese gran peligro, al menos si leemos el asunto, como dije arriba, desde la perspectiva de su capacidad de representación social. Fue esto y no otra cosa lo que convirtió a la Revolución Cubana en la primera revolución socialista en Latinoamérica; fue esta disputa geopolítica la que cercenó las posibilidades de una revolución nacionalista como fue el caso de la Nicaragua sandinista. Tan es así que, desaparecida la disputa Este/Oeste, y con el surgimiento del zapatismo en México (coetáneo del Tratado de Libre Comercio México-Estados Unidos-Canadá), hoy nadie en Washington se preocupa por ese movimiento, y a nadie molesta el asunto en México, sobre todo en la residencia presidencial de Los Pinos.

Pero el fin de la Guerra Fría y la llegada de la globalización cambiaron todo esto. El componente geopolítico, a través del cual Washington miraba a la izquierda latinoamericana fue sustituido por una nueva mirada económica y política. La unipolaridad hegemónica en lo militar abrió otra agenda económica: la del libre comercio, la del poder del mercado; mientras, el predominio del liberalismo afirmó una agenda democrática. Ambas se reflejaron en el Estado y en las economías de la región: de un lado el consenso de Washington impuso una agenda de reformas económicas cuyos ejes centrales eran simples: reducción del Estado, apertura de la economía y estabilización macroeconómica. Por otro lado, en la nueva situación los mismos actores hegemónicos se interesaron en fortalecer un esquema democrático competitivo⁴.

La globalización hizo otro tanto, modificando el lugar de la región en el sistema mundial, abriendo sus economías, imponiendo el dominio del capital financie-

4. Hay que tomar en serio el cambio de la política norteamericana hacia los gobiernos latinoamericanos en materia de democracia. Este giro ha sido determinante en la transición a la democracia en países como República Dominicana y Haití, y no ha planteado obstáculos al ascenso al poder de las opciones de izquierda del Cono Sur. Más aún, en el caso de Brasil, la administración Bush con todo y no ver naturalmente con agrado el triunfo de «Lula», ha definido una política de entendimiento y no confrontación hacia su gobierno. Esto no quiere decir que la administración republicana no continúe prefiriendo gobiernos conservadores, lo único que demuestra es que en la presente coyuntura mundial, al menos para Latinoamérica, la democracia electoral define un condicionamiento importante de la política exterior norteamericana, que en nuestro caso abre un campo de posibilidades a la izquierda para que asuma los procedimientos democráticos.

ro en la lógica de articulación con el sistema mundial y quizás lo que es más importante, transformando la organización social misma. Ahora América Latina surgía como un continente esencialmente urbano, dominado por una economía de servicios dinámica, con un Estado en crisis y con menor poder de intervención en la sociedad, una nueva clase media profundamente integrada al ideal del *american way of life*, en medio de una mayor desigualdad, aumento de la pobreza y general deterioro del nivel de vida de la población. Esto transformó no solo la agenda sino también el lugar de los actores políticos, y naturalmente el espacio mismo que ocupaba o podía llegar a ocupar la propia izquierda.

La ya débil conexión con el mundo obrero se transformó y en su defecto surgieron nuevos movimientos sociales y expresiones organizativas del complejo mundo laboral. Pasadas las transiciones posautoritarias a finales de los años 70 y 80, con el telón de fondo de la década perdida y tras el fortalecimiento de la democracia electoral en la región, al cierre de los 90 quedó en evidencia la precariedad de la agenda democrática: déficit institucionales que fortalecían el manejo neopatrimonial del Estado y daban fuerza al clientelismo como mecanismo formador de lealtades e incluso de legitimidades políticas. Dentro de este esquema, una sociedad civil débil no solo fortalecía el presidencialismo autoritario y las alianzas electorales volátiles, sino que afirmaba sobre todo un déficit ciudadano patente en ámbitos diversos⁵. Lo que quizás tenga mayor importancia sea la pérdida de centralidad del Estado en la economía como espacio articulador de los pactos políticos, la creciente autonomización de la sociedad civil del liderazgo hegemónico de los partidos y con ello el fortalecimiento de nuevos movimientos sociales, y en medida no menos importante, el reforzamiento de una cultura democrática en una sociedad abierta, permanentemente expuesta a los medios de comunicación. En una palabra, se transformó lo que Manuel Antonio Garretón ha llamado *la matriz sociopolítica*.

Es natural que en este marco los actores sociopolíticos, sobre todo los partidos, se hayan transformado, específicamente la propia izquierda. Simplificando demasiado las cosas, me atrevería a sostener que en América Latina desde finales de los años 90 podemos reconocer al menos tres grandes categorías de movimientos políticos de izquierda:

La izquierda fundamentalista. Esta izquierda mantiene la perspectiva del choque frontal; acepta la democracia no como un marco civilizatorio de la convivencia

5. V. el libro *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, publicado por el PNUD bajo la coordinación de Dante Caputo, Alfaguara, Buenos Aires, 2004.

*Solo la izquierda
 reformadora
 sostiene
 una perspectiva
 de la democracia
 como un compromiso
 institucional
 y ciudadano*

política, sino en tanto medio para ganar espacios de masas. Rechaza la globalización por entenderla como representación de la versión contemporánea del imperialismo. Hay, si se quiere, al menos dos versiones de esta izquierda: la de organizaciones como el Frente «Farabundo Martí para la Liberación Nacional» en El Salvador, sobre todo de sus sectores radicalizados como el liderado por Chafik Handal, más cercano a la tradición de los partidos comunistas en sus versiones de la Guerra Fría, y otra versión, más acorde con los tiempos, cercana a los nuevos movimientos sociales: la del zapatismo en México y su Subcomandante Marcos.

La izquierda populista. Esta variante acepta los riesgos de la globalización, asume la democracia, pero no se compromete demasiado con las implicaciones de tipo institucional que de ello se derivan (espacio libre para la crítica pública, fortalecimiento del Estado de Derecho, defensa del pluralismo y respeto a las minorías). Se sostiene en un conjunto heterogéneo de fuerzas sociales, como en los viejos movimientos nacional-populares, pero lo hace de cara a la política mediática dominante, como son los casos de Ecuador y Bolivia. Lo esencial aquí es que esta izquierda cuando alcanza el poder o participa del mismo sostiene una política clientelista en su vínculo con las masas, o, más propiamente, con sus electorados, así como un manejo neopatrimonial del Estado allí donde alcanza el poder. El mejor ejemplo de esto es el de Chávez en Venezuela⁶. El caso de Lucio Gutiérrez en Ecuador entra en este marco, al igual que el populismo nacionalista y radical de Evo Morales en Bolivia (aunque este no ha alcanzado aún el poder). De alguna forma el actual sandinismo forma parte de esta categoría.

La izquierda reformadora⁷. La misma apuesta a la democracia se decide por aceptar los riesgos de la globalización, y entiende que la lucha contra la exclusión social debe evitar el choque frontal con la derecha conservadora. Acepta el pro-

6. En este sentido, sin la renta petrolera difícilmente Chávez hubiese sobrevivido en el poder tras el golpe cívico-militar, el paro petrolero y la coyuntura del referéndum revocatorio.

7. Introduzco la expresión «izquierda reformadora» para distinguir lo que fue la disputa entre reforma y revolución que escindió al movimiento socialista alemán y en general al europeo, de los retos de la globalización hoy en día y las opciones de izquierda. La disputa al interior de la socialdemocracia alemana en muchos sentidos fue un choque de métodos y estrategias, y en menor medida de concepciones. Lo que distinguía a Karl Kautsky de Karl Liebnicht o Rosa Luxemburgo no era el asunto de la democracia (aunque al interior de las organizaciones socialdemócratas este debate se planteó), sino el método y en consecuencia la evaluación de los tiempos de la revolución. En la actualidad la izquierda moderna acepta el imperativo del mercado, pero entiende que este no debe ni puede pautar la organización de la sociedad, y sobre todo asume al Estado como el espacio que debe

grama de reformas económicas neoliberal al tiempo que reconoce sus limitaciones en el campo social, y en este ámbito da pasos tímidos hacia un programa que encare la pobreza y la exclusión. El principal ejemplo de esta izquierda es la concertación en Chile, pero también lo es el PT en Brasil. En ese sentido puede incluirse al gobierno de Kirchner en Argentina, la recién iniciada experiencia de gobierno de Vázquez en Uruguay, y al propio presidente Torrijos del Partido Revolucionario Democrático en Panamá.

En esta tipología hay puntos comunes y profundos desacuerdos. Por lo pronto, es evidente el rechazo a las consecuencias que en el plano social han tenido los procesos de apertura económica impulsados por el Consenso de Washington. También se comparte la preocupación por la pobreza y los procesos de exclusión social. Sin embargo, en determinados sectores políticos de izquierdas, en su vertiente fundamentalista hay un sesgo igualitarista que no acepta que lo esencial sea la igualdad de oportunidades tanto en el ámbito del mercado como en el social. Pero la demarcación central se define, a mi juicio, en el ámbito político, pues mientras el fundamentalismo de izquierda asume la democracia como un medio, y el populismo izquierdista no la defiende en términos de las instituciones que caracterizan a dicho régimen, solo la izquierda reformadora sostiene una perspectiva de la democracia como un compromiso institucional y ciudadano.

¿Qué representa la izquierda latinoamericana en el poder?

Es indudablemente cierto que el triunfo del PT y la llegada a la presidencia de «Lula» en Brasil han generado grandes expectativas en la izquierda latinoamericana, lo que se refuerza ahora con el reciente triunfo del Frente Amplio y la llegada de Vázquez a la presidencia. Pero las causales de los gobiernos de izquierda que hoy existen en la región⁸ son muy diversas: el acuerdo de transición posdictadura en Chile, la fortaleza del PT desde el sindicalismo hasta los gobiernos locales y estatales en Brasil, la alianza del Frente Amplio en Uruguay, el deterioro del sistema de partidos tradicionales en Venezuela, todas definen situaciones muy distintas. Cuando se habla entonces de auge de la

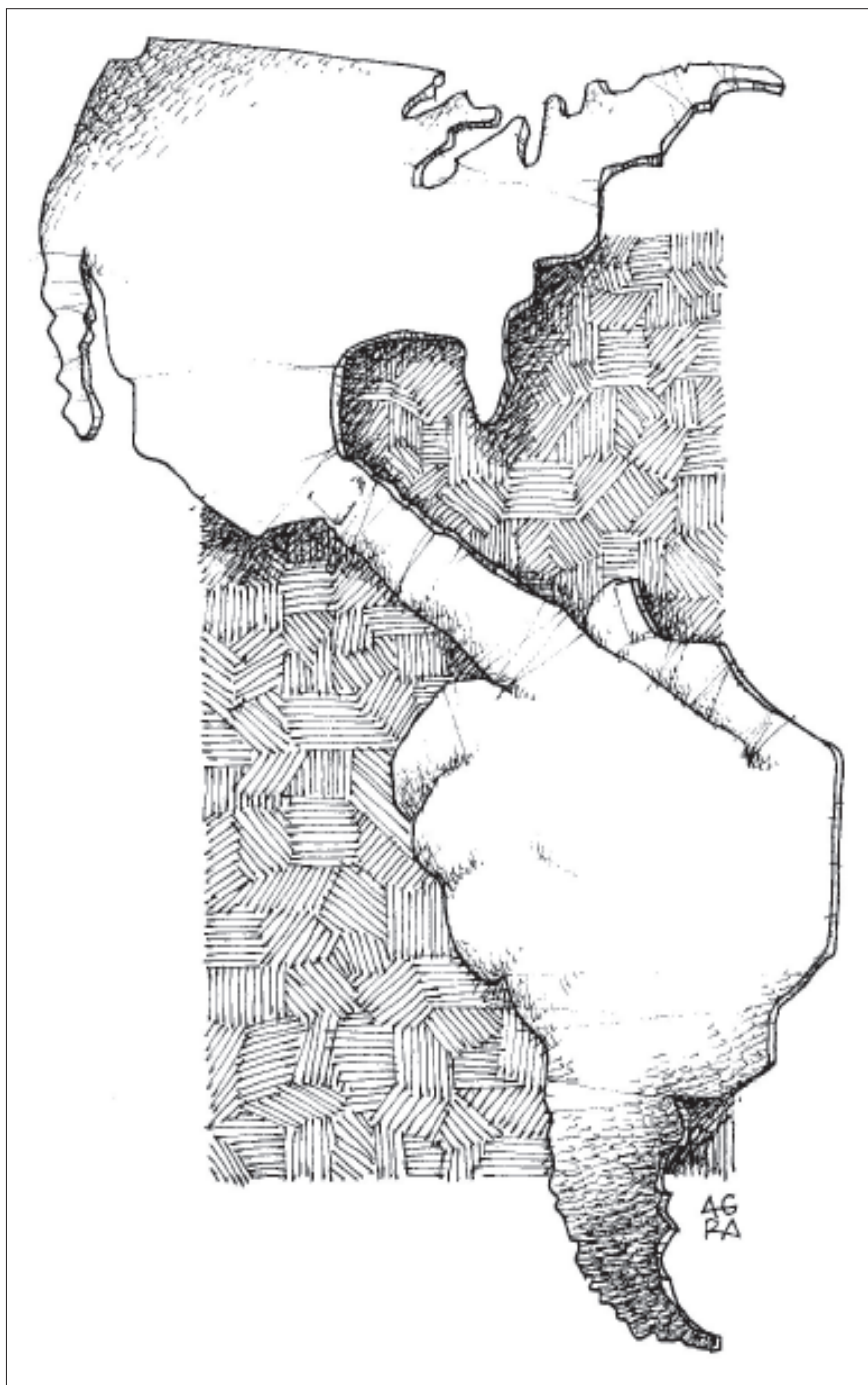
establecer la normativa reguladora de su movimiento ciego y proteger a la sociedad de sus consecuencias perversas. De aquí el papel que en el debate contemporáneo tiene la batalla por la democracia, de aquí el rol activo que se le asigna a la sociedad en su autonomía de la política partidaria. 8. Podría decirse que estos gobiernos cubren un espectro muy amplio: Venezuela (Chávez), Brasil («Lula»), Chile (Lagos), Argentina (Kirchner), Ecuador (Gutiérrez), Uruguay (Vázquez), lo que podría extenderse a Panamá (Torrijos). Hay también muchas experiencias de gobiernos locales en manos de la izquierda, la principal de las cuales es la del gobierno de Ciudad de México con Andrés Manuel López Obrador del Partido de la Revolución Democrática a la cabeza.

izquierda el mismo no obedece únicamente al descontento de masas con los programas neoliberales, aunque este sea un aspecto central y determinante. Esto tiene que ver con procesos políticos más profundos. Si ello es así, no puede hablarse tampoco de un común espacio de sostenibilidad de estos gobiernos, pues las experiencias y situaciones nacionales son muy heterogéneas⁹.

En un contexto donde los actores políticos no tienen referentes sociales organizados por lealtades ideológicas, como fueron los casos de los tradicionales partidos socialistas chileno y el peronismo argentino, donde los proyectos nacional-populares no ocuparán más de un rol movilizador del cambio social y las estrategias de desarrollo, es difícil que un partido o una coalición de ellos pueda reclamar la representación limpia de un determinado grupo o clase social. Esto no es un asunto de exclusivo tinte latinoamericano, pasa con la política moderna en general, la cual se motoriza en gran medida por preocupaciones de corto plazo y grandes esfuerzos mediáticos. Esto en el caso de la región latinoamericana simplemente afirma que la política concreta está obligada a la búsqueda de apoyos socialmente heterogéneos, y en consecuencia al establecimiento de compromisos inestables. El pasado gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil fue un ejemplo exitoso de esta realidad, con la salvedad de que el presidente sí tenía una visión de largo plazo. Lo mismo ocurre en cierto modo con la concertación chilena. Los casos inversos son los de Chávez en Venezuela y de Gutiérrez en Ecuador.

En el caso de la Venezuela de Chávez, sus éxitos electorales han conducido a la división de la sociedad y al cierre de un espacio de diálogo que dé paso al elemento quizás central de la democracia: la concertación no solo de las mayorías, sino más bien al convencimiento de la gente en la viabilidad de las propuestas. La incapacidad de Chávez para buscar un espacio de entendimiento con el empresariado y con la clase media y un amplio sector popular, le bloquea a su mayoría el potencial de consenso necesario para afirmar la democracia.

9. Véase L. Paramio (ob. cit.) donde el eje del análisis es la cambiante dinámica de los mercados electorales latinoamericanos en su relación con los fracasos de los programas de ajuste, las privatizaciones y en general la política neoliberal. En esta óptica, en gran medida el ascenso de la izquierda al poder se explica fundamentalmente por la desilusión del electorado ante los gobiernos que han sostenido estos programas. Sin discutir el asunto con mayor profundidad, asumiendo como cierto este enfoque, es claro que el mismo explica una parte del asunto, puesto que en Chile la concertación en los gobiernos de Eduardo Frei y de Lagos asumieron desde el principio la lógica de la apertura, y el propio «Lula», ya desde la campaña contra José Serra, sobre todo al final de la misma, dio garantías al capital financiero de que seguiría una política ortodoxa en materia económica, esencialmente fiscal.



En el caso de Ecuador, la alianza que condujo a Gutiérrez al poder, de por sí precaria, pronto se rompió por el lado del movimiento indigenista que le apoyaba. La reciente destitución del presidente ecuatoriano por el Congreso, su exilio en la Embajada del Brasil en Quito y su sustitución por el vicepresidente Alfredo Palacios, revelan dramáticamente los límites del populismo de izquierda. Sin una base de poder sostenido en el sistema partidista, con el apoyo del movimiento indigenista y del ejército, el arribo a la presidencia de Gutiérrez desde el principio se sostuvo en un equilibrio muy precario, pero sobre todo reveló serias limitaciones, una vez que el movimiento indígena rompió con el Gobierno y éste pasó a una política de búsqueda de aliados en el sistema tradicional de partidos. Las acciones autoritarias del jefe de Estado pasaron así a ser componentes de su acelerado aislamiento. Cuando quiso disolver la Suprema Corte de Justicia y la propia clase política –representada por el Congreso– decidió no darle apoyo en esta acción, su suerte quedó sellada. Lo único que faltaba era que el ejército lo dejara solo y así lo hizo, dándole carta abierta al Congreso para su destitución. De esta forma si la presión del movimiento social hizo estallar al gobierno, lo fue porque la clase política y el propio ejército le dieron simplemente la espalda y porque la propia institucionalidad democrática del país no tiene bases firmes. De nuevo la perpetua fragilidad del sistema político ecuatoriano hizo fracasar un gobierno cuyo discurso izquierdizante muy rápidamente quedó sin referentes sociales y políticos. En los dos casos, el de Chávez en Venezuela y el de Gutiérrez en Ecuador, se revela con dramatismo que la simple construcción de mayorías no conduce a la gobernanza democrática.

El caso del ascenso de «Lula» al poder es distinto. Brasil es quizás el único país latinoamericano que completó el proceso de sustitución de importaciones, lo cual dio base al nacimiento de una clase trabajadora moderna y organizada y con gran poder. Esto se tradujo en un movimiento sindical fuerte en sectores industriales como el automovilístico y en determinadas zonas como el Gran San Pablo. El nacimiento del PT es producto de esta fortaleza del sindicalismo obrero, pero también de la existencia de una masiva clase trabajadora y una intelectualidad muy vinculada a movimientos sociales activos. Hoy el PT es quizás la organización política brasileña de mayor presencia nacional, en medio de una tradición de fragmentación de las expresiones políticas, donde las realidades estatales arropan la realidad federal en múltiples aspectos, de lo cual deviene un sistema de partidos con difíciles capacidades de expresión nacional, una gran fragmentación de lealtades, de acuerdo con las realidades estatales y regionales y, en consecuencia, una tradición de negociaciones permanentes, alianzas complejas y múltiples compromisos, que definen la política de este país de modo muy distinto a la tradición latinoamericana.

La larga duración de la dictadura de Augusto Pinochet con su secuela de barbarie y crímenes, así como su revolución conservadora (la gran transformación, como la ha llamado un autor socialista), si bien cambiaron la escena chilena, no liquidó a los partidos tradicionales del periodo anterior, tanto por el lado del socialismo, de la democracia cristiana y el pequeño partido radical, como del propio partido comunista. Lo que el exilio y la resistencia interna a la dictadura enseñaron fue la necesidad del acuerdo y el compromiso como medios necesarios no solo para salir de la dictadura, sino sobre todo para sostener luego el ejercicio democrático. Esto tuvo costos muy altos, al punto de que obligó a todas las fuerzas políticas a moverse hacia el centro, y cuando esto ocurre, como ha señalado Bobbio, simplemente indica que la izquierda se ha tenido que mover un poco a la derecha, al tiempo que esta última lo ha tenido que hacer a la izquierda. El producto de esto es la larga permanencia de la concertación como alianza política estable en el ejercicio del poder por 12 años ininterrumpidos.

***Los gobiernos
de centro-izquierda
en Chile
constituyen
un complejo
producto de la
previa revolución
conservadora
de la dictadura
pinochetista***

Fueron las condiciones políticas internas las que en Chile obligaron tanto a la izquierda socialista como al centro democristiano a unir sus fuerzas, siendo la necesidad de fortalecimiento de la democracia el eje que ha mantenido la alianza. Las presiones de la globalización, la apertura de la economía, el dinamismo de su sector externo y en general el surgimiento de un empresariado chileno moderno y competitivo, no deben verse como el simple resultado de las presiones foráneas o la seca consecuencia de la globalización y el giro de la geopolítica norteamericana. El Chile democrático representa más que eso: la posibilidad de que en el contexto de la globalización se abra la doble vía de una salida sostenible de la democracia y la inserción exitosa en el escenario económico mundial. Surgen en este momento sin embargo nuevos problemas que hoy enfrenta la sociedad chilena, los que van desde la apatía por la política, el descreimiento de la juventud en la participación en los problemas de la vida pública, problemas que ya las sociedades occidentales más modernas los padecen desde hace años, hasta llegar al ahondamiento de la desigualdad social, pese a la efectividad de los programas focales de combate a la pobreza.

De esta forma, los gobiernos de centro-izquierda (lo que llamo la izquierda reformadora) en Chile constituyen un complejo producto de la previa revolución conservadora de la dictadura pinochetista, la conservación de una larga

tradición de grandes partidos que sobrevivió a la dictadura, como también el éxito relativo de las políticas de estabilización macroeconómica de los gobiernos de la concertación, en particular sus reformas sociales y sobre todo el soporte de un empresariado moderno y una clase política con gran capacidad de sostenimiento de acuerdos y compromisos estables.

El caso del PT en el poder es distinto. Hay que señalar en primer lugar la experiencia de ese partido en el ámbito local y estatal, como también ponderar los propios éxitos del gobierno de Cardoso que dentro de las estrategias de estabilidad macroeconómica y política fiscal ha mantenido «Lula». A esto se une el convencimiento de la cúpula del PT de la necesidad de una solución de compromiso que permitiera su acceso al poder.

En los dos casos, sin embargo, hay muchos elementos coincidentes. Los actores políticos al frente de los gobiernos asumen las limitaciones y constreñimientos del contexto de la globalización como del marco político de la Posguerra Fría. En un plano concreto la concertación chilena y el PT brasileño han girado hacia el centro para poder precisamente asumir principios básicos de la izquierda histórica, resumidos en la cuestión de la exclusión social. Pero al hacerlo han sido obligados a asumir un programa de apertura y competitividad que parte del credo conservador. En palabras de Alain Touraine: han asumido la única alternativa posible en la región: hacer suyo un programa de centro-derecha para sostener la democracia y dar pie a reformas que solo en el plazo mediano podrían dar frutos en la lucha contra la exclusión social.

Más allá de la coyuntura neoliberal

La izquierda hoy es heterogénea y representa un conjunto diverso de agregados sociales. Hay, sin embargo, algo más: actualmente no existe un referente (o sujeto) totalizador en torno del cual nuclear un proyecto histórico único. El sujeto unificador de los movimientos sociales no existe más. La política en este contexto ya no tiene referente único o bipolar y ningún movimiento (partido u otro tipo de espacio político organizado) puede aspirar a representar la complejidad de subjetividades sociales de raíz popular o laboral. De aquí el espacio ganado por la sociedad civil y los llamados nuevos movimientos sociales, de aquí la recomposición del lugar de los partidos en la estructura sociopolítica y sobre todo, la rearticulación de sus lazos con el Estado.

Este enfoque al menos ayuda a entender la diversidad de expresiones de la izquierda, y principalmente permite reconocer los límites que a la propia ac-

ción de izquierda se le imponen en el presente contexto: de un lado la fuerza del neoliberalismo como discurso ideológico conservador, del otro lado la propia debilidad de instituciones centrales del orden social como el Estado y sobre todo la recomposición social y económica que ha impuesto la globalización.

La novedad aquí es que en el marco del descontento con las propuestas neoliberales y la apertura de las economías latinoamericanas, no llegan al poder las expresiones fundamentalistas de izquierda, sino las variantes populistas y reformistas. La primera variante es la que ofrece mayores resistencias aparentes al «formato» neoliberal de la apertura económica, las privatizaciones y en general la fuerza de los mercados, pero son las últimas las que no solo han llegado al poder, sino sobre todo las que han demostrado posibilidad de permanencia en el mismo y mayor eficacia en impulsar una agenda (aunque mínima) que enfrente la exclusión y la pobreza. Naturalmente, la excepción es Chávez, pero la estrategia de choque frontal y división de la sociedad en bloques que ha caracterizado a su gobierno, tiene escasas posibilidades de diálogo y acuerdo con el resto de ella principalmente porque sus reales o supuestas conquistas se hacen poco sostenibles a futuro. En un sentido opuesto la sostenibilidad de las conquistas reformistas de la izquierda como en Chile, al apoyarse en un esquema de equilibrio de compromisos, forzados a otorgar amplias concesiones al centro conservador, ciertamente involucra a la derecha y con ello gana un espacio real para sostener conquistas y reformas más allá de la coyuntura electoral, pero también es cierto que esa izquierda, precisamente por esas limitaciones no puede avanzar mucho en las reformas sociales, lo que tiende a socavar su legitimidad de masas, específicamente electoral¹⁰. Pero la ironía de Touraine no se marchita por eso: en Latinoamérica se impone la reforma y con ello el acuerdo inteligente.

Esto abre la posibilidad de que la izquierda en el poder defina un proyecto sostenible, lo cual implica asumir con realismo el condicionamiento de la globalización, no como «variable exógena», al estilo de la dependencia que se le

***El eje central
del asunto
continúa siendo
el reto que significa
para la izquierda
asumir la lucha
contra la exclusión***

10. En el mediano plazo es aquí que se encuentran las posibilidades de la derecha chilena: apoyada en las conquistas ganadas por la izquierda, el discurso populista de personalidades como Joaquín Lavín no le impide mantener su formato conservador. Este discurso permea no solo a la clase media sino incluso a los grupos populares mismos. En todo caso, las conquistas democráticas alcanzadas le permitirán a la concertación, aun si dejara el Poder Ejecutivo, mantenerse como fuerza central de la escena política chilena. V. Paramio, ob. cit.

impone a la periferia, sino como contexto mundial en el cual los países en desarrollo se mueven. Esto supone asumir el reto de la competitividad, la apertura de las economías y la lógica de los mercados. Para hacerlo habrá que abandonar los enfoques aislacionistas y radicalmente estatal-nacionales. Ello implica asumir no solo la geopolítica global y –en este marco– la presencia de EEUU como el polo hegemónico en la región, sino sobre todo la geoeconomía y la política de bloques. En este último contexto, los gobiernos de izquierda tienen muchas posibilidades de avanzar en la perspectiva de una mirada latinoamericana común capaz de negociar y fortalecer un nuevo esquema de relaciones con EEUU y Europa. Las posibilidades del Mercosur saltan a la vista, aunque el camino esté lleno de escollos.

Si bien es cierto que el programa neoliberal¹¹ en el que se ha sostenido la estrategia de las agencias multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial ha fracasado en su diseño general, hoy en día no se tiene un programa alternativo capaz de generar un nuevo consenso global distinto y alternativo al de Washington¹². En la búsqueda de esa alternativa los gobiernos de izquierda pueden y deben desempeñar un rol de primer orden. Pero para ello los esfuerzos del regionalismo abierto deben avanzar en programas reales y efectivos de integración o acuerdos subregionales, definiendo consensos políticos comunes frente a las esferas de los poderes hegemónicos, tanto en lo que tiene que ver con los tratados de libre comercio como se negocian hoy con EEUU y Europa, como en lo referente a las complejidades de la agenda de seguridad y desarrollo social en la región. Mientras esto no ocurra será muy difícil estructurar programas sociales que combatan la exclusión y la pobreza sin condiciona-

11. El propio BM ha aceptado que los programas privatizadores no han tenido la eficacia que se esperaba, sobre todo en materias como la energética, y otros en los que sí han funcionado como en la administración de carreteras aunque con altos costos para los usuarios. El BM ha defendido incluso que en este ámbito en determinados casos es posible una mayor eficacia de la gestión pública que la privada. Esto implica reconocer un relativo giro del enfoque, pues en el fondo admite que la lógica del mercado por sí sola no resuelve los problemas de la gerencia macroeconómica e implica la acentuación del elemento institucional y social en la definición de políticas macroeconómicas. El FMI a su manera ha tenido que admitir el fracaso de su estrategia en Argentina, flexibilizando su posición en los programas de ajuste que sucedieron a Fernando de la Rúa; lo mismo ha ocurrido recientemente en República Dominicana, si se comparan las exigencias de los programas de ajuste de los años 80 con el recién firmado programa de ajuste del presente año 2005.

12. Joseph Stiglitz, p. ej., ha planteado duras críticas al programa neoliberal del consenso de Washington, pero las mismas tampoco definen una alternativa clara al neoliberalismo hegemónico, no porque carezcan de racionalidad y argumentos convincentes, sino por la heterogeneidad de situaciones políticas en las que tendría que implementarse el argumento básico: recuperar el rol regulador del Estado, dimensionar la cuestión social en la racionalidad de las estrategias macroeconómicas, definir espacios nacionales, regionales y globales defensivos frente a la volatilidad del capital financiero. V. sus libros *El malestar en la globalización* (2002) y *Los felices 90. La semilla de la destrucción* (2003), ambos publicados por Taurus / Alfaguara, Colombia.

mientos geoeconómicos, como los de la volatilidad del capital financiero internacional y los programas de ajuste. Esto implicará reconocer que dichos programas requieren, además de estas posibilidades económicas, de esquemas realmente distributivos del ingreso y de una mayor participación ciudadana en el ejercicio de la política, lo que conduce al reconocimiento del marco político de

la gestión gubernamental

de la izquierda. Si algo

define esta tarea es el

hecho de que la de-

mocracia latinoamericana

es actualmente una tarea incon-

clusa que debe ser completada,

siendo su ruta la de la construcción

de la ciudadanía que demanda el Es-

tado de Derecho. Si la izquierda en el po-

der no logra responder a la agenda que esto

implica (lucha contra la corrupción, efecti-

vidad de la justicia, seguridad ciudadana y

transparencia), todo lo que se pue-

da alcanzar en el plano de las

reformas sociales no solo

será incompleto, sino di-

fícil de ejecutar. La ta-

rea, pues, de la de-

mocracia política

va de la mano

con la tarea de la

equidad social.

Es imposible hoy

asaltar el Palacio

de Invierno senci-

llamente porque éste

ya no existe, ni como

figura emblemática, ni

como método de lucha

política, ni como marco

geopolítico de la lucha social.

Las estrategias del pasado no

solo han perdido sentido y



racionalidad, sino que incluso el marco conceptual que las sostenía se ha desvanecido. El ejemplo del debate «dependencia-desarrollo» es ilustrativo. La teoría de la dependencia en sus diversas versiones no puede explicar las complejidades en las que se mueve hoy América Latina en un mundo globalizado. La asimetría Norte/Sur ha dado paso a otras asimetrías no menos complejas donde el ejemplo del éxito asiático no solo abrió un camino desde el Sur hacia la industrialización sostenida, sino que la crisis de 1997 en que luego se sumió esta región ha revelado también su vulnerabilidad ante la volatilidad del sistema financiero internacional. Ambos elementos expresan dimensiones de un solo sistema.

La revolución tecnológica e informacional en marcha reordena los flujos económicos mismos, desarticula y relocaliza los circuitos industriales y modifica la lógica reproductiva del mundo del trabajo. En este escenario el Estado pierde su capacidad centralizadora y directiva del proceso económico, el mercado arroja ahora circuitos económicos antes dirigidos por el Estado o comandados por él, en una palabra el tema societal-económico pasa a ser predominante ante el momento estatal-político. Se reordenan así las matrices relacionales del Estado con la sociedad y de la economía con la política¹³.

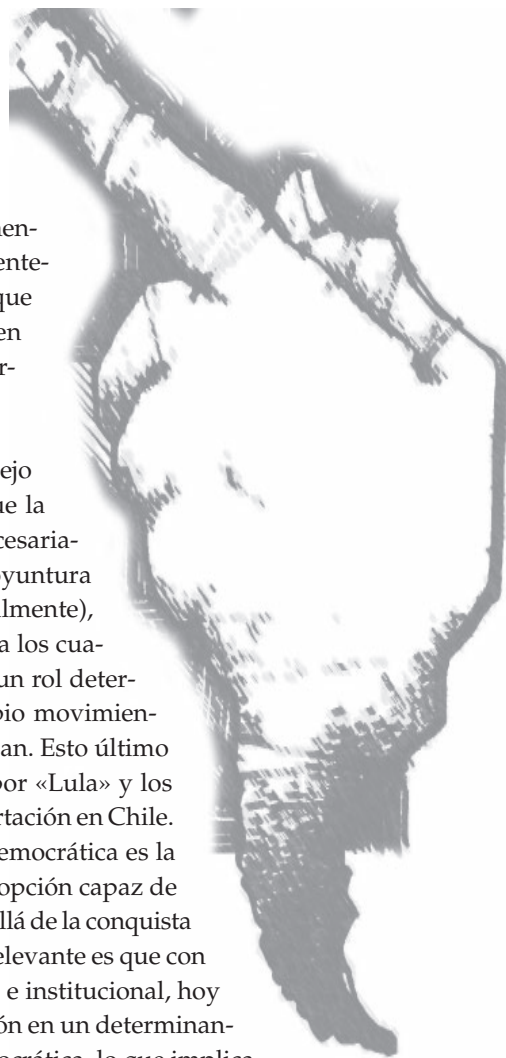
De esta forma si aún queda lugar para la izquierda en la escena política latinoamericana la misma tendrá que asumir con realismo la complejidad de la coyuntura mundial y regional. Lo que es más importante, la izquierda deberá aprender a constituir una fuerza política convencida de la tolerancia democrática y el pluralismo, como condiciones ambas de su presencia histórica y eficacia política. Esto supone asumir un discurso y un proyecto político no autoritario, aunque no forzosamente socialdemócrata (en la variante reformista de la izquierda). El discurso populista de izquierda puede sostener durante un tiempo un proyecto político e incluso alcanzar éxitos parciales, pero no es sostenible como alternativa político-democrática a la crisis de la región.

El eje central del asunto continúa siendo el reto que significa para la izquierda asumir la lucha contra la exclusión, y también en esta perspectiva asumir un discurso coherente frente al tema de la igualdad, conservando la gobernabilidad democrática y asegurando el éxito de las políticas sociales. En el marco de las políticas neoliberales esta tarea es imposible de llevar a cabo con éxito. Fuera de este marco los proyectos políticos encuentran obstáculos doctrinales en

13. V. Manuel Castells: *La era de la información*, vol. 2: *El poder de la identidad*, cap. 5: «¿El Estado impotente?», Alianza Editorial, Madrid, 1997.

los organismos multilaterales que regulan y ordenan la economía global, sobre todo en su dimensión financiera. La solución a esta aporía solo puede venir desde lo político, aun cuando no es posible plantear ninguna estrategia con probabilidades de éxito desconociendo la realidad económica global y regional. De esta forma, la cuestión democrática pasa así a constituir el eje clave de la gobernanza y el tema de los acuerdos regionales, como las estrategias de bloques (Mercosur, Tlcan) terminan por constituir un necesario espacio para impulsar estrategias comunes de cara a los problemas no solo económicos sino también políticos y sociales. La gobernanza democrática como la cuestión social adquiere así una dimensión regional necesaria para el logro de la gestión exitosa de la izquierda en el poder. La izquierda populista no puede sostener una estrategia de ese tipo, y el fundamentalismo de izquierda ha sido rechazado insistentemente por el electorado latinoamericano, aunque puede apuntarse éxitos electorales parciales en los gobiernos locales, ganando escaños en el Parlamento.

La izquierda en el poder hoy resulta un complejo producto de su reacomodo reformador, lo que la ha obligado a girar hacia el centro. Esto no necesariamente se sostendrá; depende mucho de la coyuntura internacional (variable no controlada nacionalmente), de los programas mismos de la izquierda para los cuales el ejercicio transparente del poder jugará un rol determinante (variables sí controladas por el propio movimiento), como del marco regional en que se inscriban. Esto último parece haber sido claramente comprendido por «Lula» y los miembros del Mercosur, y por la propia concertación en Chile. Pero lo más importante es que una política democrática es la clave para que la izquierda se sostenga como opción capaz de producir reformas sociales significativas. Más allá de la conquista coyuntural del Poder Ejecutivo lo realmente relevante es que con una visión moderna y pluralista, democrática e institucional, hoy se hace posible para la izquierda su constitución en un determinante político significativo de la gobernanza democrática, lo que implica aceptar con realismo las incertidumbres de la democracia.



Uruguay en la nueva ola de las izquierdas latinoamericanas

La llegada por vez primera de la izquierda al gobierno de Uruguay es un acontecimiento histórico. Este fenómeno responde a ciertos factores ideológicos y políticos nacionales muy específicos y conjuga las expectativas de una ciudadanía esperanzada, ansiosa de cambios, con algunos factores coyunturales de alcance regional e incluso mundial. La victoria del Frente Amplio y de Tabaré Vázquez sigue una tendencia latinoamericana que suscita preguntas inquietantes.

Rodrigo Arocena

Presentación

El viraje de varios gobiernos latinoamericanos hacia la izquierda prolonga la versión regional de la «Tercera Ola» de la democratización (Huntington). Las luchas contra la dictadura fueron heredadas y continuadas por las resistencias al neoliberalismo. El neoliberalismo irrumpió a su vez cuando todavía gobernaban algunos regímenes militares y, al igual que aquéllos, apuntó hacia una creciente desigualdad. A medida que avanzaba su predominio durante la década de los 90, se fue haciendo cada vez más notorio en la región un «déficit democrático» (Carrillo). En este contexto, fuerzas ubicadas a la izquierda del centro

Rodrigo Arocena: profesor de Ciencia y Desarrollo en la Universidad de la República, Uruguay; sus dos últimos libros son: con Judith Sutz, *Subdesarrollo e innovación. Navegando contra el viento* (Cambridge University Press, Madrid, 2003), y con José Pepe Mujica, *Cuando la izquierda gobierne* (Mario Mazzeo editor, Trilce, Montevideo, 2003); @: <roar@fcien.edu.uy>.

Palabras clave: batllismo, Frente Amplio, izquierda, Tercera Ola, Uruguay.

avanzaron electoralmente, impulsadas a menudo por las secuelas de la inequidad social y de los fracasos económicos legadas por el neoliberalismo. La aspiración democratizadora, transformada en avance de la izquierda, se registra en varios países, aunque con rasgos fundamentales propios en cada uno de ellos. Este fenómeno resultó particularmente claro en Uruguay donde, fiel a lo que se reconoce como un estilo nacional, la izquierda democrática avanzó a un ritmo muy pausado y gradual, pero sustentada también en tendencias profundas, entre las que se destaca, en el nivel político, la afirmación de un partido de tipo original, el Frente Amplio (FA), y en el nivel ideológico, el nuevo aliento de los valores «batllistas», en los que se reconoce la mayoría de la población uruguaya. Ambas tendencias se retoolimentaron y confluyeron en el rechazo al neoliberalismo. El proceso, acelerado por una aguda crisis que llegó a su extremo en 2002, condujo a la victoria electoral, con mayoría absoluta, del FA y de sus aliados en las elecciones de octubre de 2004. En estas páginas recapitulamos algunas de las facetas de ese proceso y discutimos sumariamente las perspectivas del gobierno de Tabaré Vázquez, que entró en funciones en marzo de este año. El objetivo es contribuir con el análisis de las características del proceso uruguayo, que alterna entre lo común regional y lo específico nacional, y que, sobre todo, se mueve en la corriente de las izquierdas que gobiernan en buena medida el continente, que han transitado de una «matriz estadocéntrica» a otra «mercado-céntrica» (Cavarozzi) al tiempo que se insertaban precariamente dentro de una economía global basada en el conocimiento y en el dominio financiero.

***Fuerzas
a la izquierda
del centro
avanzaron
electoralmente,
impulsadas
por las secuelas
de la inequidad
social***

Una consolidación improbable

En el nivel político partidario, la emergencia del FA, partido único de todas las izquierdas, estable y flexible y con un eficaz desempeño electoral, constituye un proceso fundamental en el Uruguay contemporáneo.

El FA surgió entre 1970 y 1971 como respuesta progresista ante la afirmación conservadora y autoritaria del gobierno de la época, ejercido por el Partido Colorado. Se trataba de una suerte de «frente popular» –inspirado por antiguas experiencias y por la entonces reciente de la Unidad Popular Chilena– pero mucho más variado, pues lo integraban de una u otra forma no solo casi todas las fuerzas de izquierda sino también la democracia cristiana y sectores escindidos de los partidos tradicionales, Colorado y Blanco (o Nacional). La supervivencia de ese conjunto variopinto fue paradójicamente afianzada por la dic-

A comienzos de los años 90, el FA se había consolidado como partido único de la tradición de izquierda uruguaya y de la resistencia a la dictadura

tadura (1973-1985), que afirmó un sentir «frente-amplista» colectivo que sobreviviría a diversas tendencias centrífugas.

A finales de los años 80 fueron muchos los que pronosticaron la decadencia del último frente popular mientras Uruguay restauraba su democracia, el discurso de la izquierda tradicional predominaba en el FA y el bloque soviético se derrumbaba. Efectivamente, una importante escisión se produjo en 1989. Pero

en las elecciones de ese mismo año, el FA mantuvo su porcentaje electoral y, con la candidatura de Tabaré Vázquez –novel político pero destacado oncólogo y presidente del equipo de fútbol de una zona popular–, el partido consiguió su primera victoria relevante, la intendencia de Montevideo, donde vive más del 40% de la población uruguaya. El Partido Comunista se afirmó entonces como la primera fuerza de izquierda, cuya posterior implosión no debilitó al FA, sino por el contrario: bajo su gran paraguas permanecieron todos los fragmentos. En ese marco se fue elaborando una eficiente tecnología de resolución de conflictos que evitó toda escisión posterior. Tras efímeros intentos de renovación ideológica, el debate de ideas se atenuó y una amplia diversidad de posiciones logró convivir en una unidad afirmada en la historia común, el rechazo al avance neoliberal y el liderazgo de Vázquez.

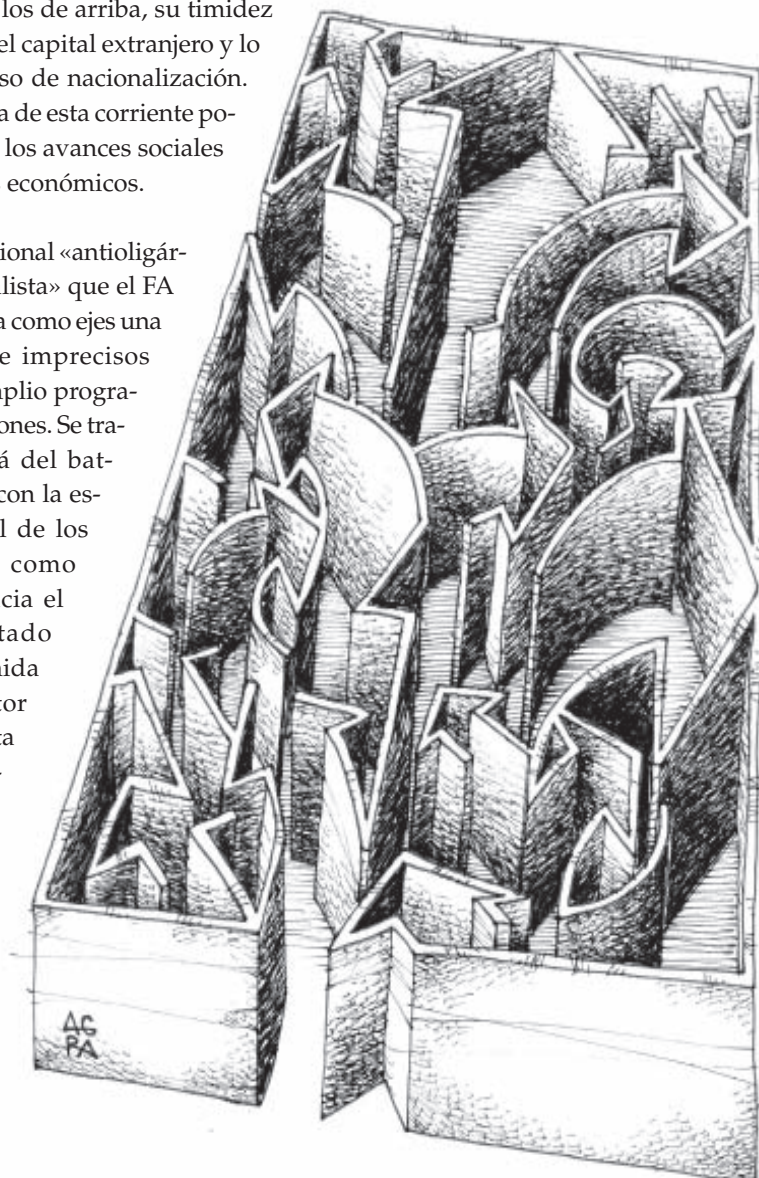
A comienzos de los años 90, el FA se había consolidado como partido único de la tradición de izquierda uruguaya y de la resistencia a la dictadura, galvanizado por las memorias de las luchas y los sufrimientos compartidos. Desde ese momento, su convocatoria se ampliaría sostenidamente.

Reencuentro uno: de la izquierda con el batllismo

Probablemente casi todos los países tienen motivos para reivindicar un carácter excepcional. El principal en el Uruguay es el del batllismo. Denominado así por José Batlle y Ordóñez, presidente de la República (1903-1907 y 1911-1915) y máximo dirigente del Partido Colorado durante largo tiempo, designa por lo menos tres cosas: 1) la corriente que ese dirigente fundó dentro de su partido; 2) un pionero Estado de Bienestar, construido durante las primeras décadas del siglo xx; 3) una ideología que resalta el papel del sector público en el arbitraje pacífico de los conflictos, en la protección social, en la disminución de las inequidades y en la defensa tanto de la producción nacional como del empleo.

En algún sentido, fue desde el batllismo que se proyectó un lento avance de las izquierdas uruguayas durante un largo periodo que culminó en la década de 1960. Éstas apoyaban gran parte de las reformas del batllismo, sus nacionalizaciones y sus estímulos a la industria, que democratizaban al país, ampliaban a la clase obrera y favorecían la sindicalización. Pero en la medida en que el batllismo perdía su impulso original, las izquierdas le reprochaban con énfasis creciente su intento de conciliar los intereses de los de abajo con los de arriba, su timidez ante el latifundio y el capital extranjero y lo parcial de su proceso de nacionalización. La pérdida de fuerza de esta corriente política limitaba tanto los avances sociales como sus respaldos económicos.

El programa fundacional «antioligárquico y antiimperialista» que el FA levantó en 1971 tenía como ejes una reforma agraria de imprecisos contenidos y un amplio programa de nacionalizaciones. Se trataba de ir más allá del batllismo, en sintonía con la estrategia tradicional de los frentes populares como avance gradual hacia el socialismo de Estado mediante la sostenida expansión del sector público. Cuando esta perspectiva se agrietó, el discurso de la izquierda se fue replegando hacia la defensa de los logros y las reivindicaciones típicas del batllismo. El momento era más que propicio para ello.



Reencuentro dos: del Uruguay con el batllismo

Se ha sostenido con sólidos argumentos (Filgueira et al.) que la historia de Uruguay en el último siglo puede dividirse, por encima de vueltas y revueltas, en dos etapas: 1) la que se caracteriza por la sistemática expansión del Estado, y que va desde el comienzo de la primera presidencia de Batlle y Ordóñez, en 1903, hasta 1959; y 2) la que se extiende desde este último año –cuando se inicia un gobierno del Partido Nacional (PN), primera derrota del Partido Colorado en el siglo xx y en una elección presidencial– hasta el presente, caracterizada por la paulatina disminución de la gravitación del Estado.

Durante la segunda etapa, la impronta batllista del Uruguay se fue atenuando. Esa tendencia cobró fuerza cuando el PN ganó la elección presidencial en 1989 con un discurso claramente neoliberal y con el propósito, explicitado por uno de sus jefes, de terminar con el Uruguay batllista. El nuevo gobierno logró la aprobación parlamentaria de una ley de privatización de las telecomunicaciones. El texto, aunque muy tímido para un contexto continental donde ya prevalecía el consenso de Washington, apuntaba en esa dirección.

Pero la constitución uruguaya ofrece posibilidades para que una ley sea sometida a referéndum. Aunque las exigencias para ello no son pocas, el FA y los sindicatos disponían de la experiencia y de la capacidad de movilización necesarias para llegar a la consulta popular. Esta se planteó en 1992 y más del 70% de la ciudadanía rechazó la ley. La tendencia mayoritaria se ha mantenido consistentemente, como lo demuestran las encuestas sobre el papel del Estado y lo ratificó, en diciembre de 2003, otro referéndum, que derogó una ley que posibilitaba la asociación de la empresa estatal de combustibles con capitales privados.

Convocado por la izquierda, el Uruguay batllista reapareció en el centro de la escena. E, ideológicamente, allí se mantiene.

Desencuentros: del batllismo con su partido de origen

La elección presidencial de 1994 fue prácticamente un triple empate. La ganó el Partido Colorado con el 31% de los votos; segundo llegó el PN; Tabaré Vázquez obtuvo el 30%, como candidato del FA. El FA había conseguido el 21% en los comicios precedentes y en esa ocasión había constituido una nueva coalición –el Encuentro Progresista–, con la que recuperó algunos de los aliados perdidos en 1989 y consiguió otros.

Para la dirigencia de los partidos tradicionales se hizo obvio que, en ese marco, la izquierda ganaría la instancia siguiente. Por esa razón impulsaron una reforma constitucional que estableció que se celebrara la segunda vuelta para los dos candidatos más votados de una elección presidencial en caso de que ninguno obtuviera la mayoría absoluta. El mecanismo permitiría a los partidos tradicionales sumar sus votos en el balotaje y dio los resultados esperados por sus propulsores en 1999. Entonces Tabaré Vázquez alcanzó la mayoría de votos (40%) en la primera vuelta, pero fue derrotado en la segunda por Jorge Batlle, candidato del Partido Colorado apoyado en el balotaje por el PN.

La crisis llegó a su pico en 2002, cuando cundió el hambre, el desempleo rozó el 20% y la producción cayó en una proporción del 14%

Al Partido Colorado le correspondió así encabezar el Gobierno durante 15 de los 20 años posteriores a la dictadura, durante los cuales –entre marchas, contramarchas y activas resistencias sindicales y de la izquierda– el papel del Estado disminuyó considerablemente en la economía y en la sociedad en general. Un ejemplo significativo entre varios otros fue el abandono del papel que la ley le asigna al sector público en la promoción de las negociaciones por sector entre sindicatos y empleadores. Desde sus lejanos inicios en la política, y sin desmedro de su pertenencia a la familia del fundador del batllismo, Batlle ha mantenido un discurso nítidamente «mercadocéntrico». Se destacó en su gobierno más por los dichos que por los hechos. Sus políticas no evitaron la crisis, más bien la agravaron. La crisis llegó a su pico en 2002, cuando cundió el hambre, el desempleo rozó el 20% y la producción cayó en una proporción del 14%. Entre los sectores menos favorecidos se acentuó fuertemente el sentimiento de que el Estado los había abandonado a su suerte. Cuando la crisis assolaba al Río de la Plata y golpeaba más fuertemente a Argentina, donde las resistencias al neoliberalismo habían sido menos efectivas que del otro lado del río, no poco variaban las opiniones acerca de la combinación deseable entre mercado y Estado en Uruguay. Sin embargo, una clara mayoría se oponía al desmantelamiento del Estado batllista que, en forma parcial, había llevado a cabo el propio Partido Colorado, en cuyo seno surgieron la política y la ideología batllistas.

Tiempo de virajes

Los temores de que la política económica de un eventual gobierno de izquierda desencadenara una crisis se revelaron pronto sin sentido. La gestión del gobierno del presidente brasileño Luiz Inácio «Lula» da Silva –cada vez más elo-

***Desde mediados
 de la década
 de 1950
 Uruguay
 no había conocido
 prácticamente
 periodos duraderos
 de optimismo***

giada por las instituciones financieras internacionales (IFIs) a la vez que reivindicada por el FA—apuntó en la misma dirección. La recuperación productiva en 2004, que superó las expectativas, se sintió poco en los salarios pero hizo presumir que la izquierda no se vería impulsada a adoptar los cambios drásticos que había reivindicado en el pasado. En plena campaña electoral, encabezando las encuestas pero sin tener asegurada la mayoría absoluta, Vázquez anunció que su ministro de Economía sería Danilo Astori, político destacado cuyas posiciones moderadas habían sido minoritarias durante muchos años en el FA y que era visto por el empresariado y las IFIs como garantía de una cierta continuidad. A su vez, Vázquez fue eliminando de su discurso, gradual pero sistemáticamente, sus planteamientos más «estado-céntricos» y sus afirmaciones más polémicas, eficaces para convocar a la militancia pero que ponían en riesgo el voto centrista. Por su parte el PN, segundo en las intenciones de voto, viró hacia un discurso que fue calificado de «fotocopia» del esgrimido por el FA. Mientras, el Partido Colorado se hundía en las encuestas.

El rechazo frontal al gobierno anterior, la relativa recuperación económica y la amplia coincidencia en torno de una sensibilidad de centro-izquierda (el «batllismo posible», diríamos) suscitaban esperanza en los cambios necesarios para empezar a mejorar paulatinamente. Nadie como la izquierda y su candidato podían encarnar esa esperanza. La dirigencia del FA, fogueada y pragmática, manejó con gran eficiencia los tiempos de la campaña electoral. Hacia el final de ésta, sus adherentes —jóvenes la mayoría, galvanizados por las memorias de una larga lucha que llegaba a su fin— tiñeron con los colores del entusiasmo a un país por lo general anímicamente gris. En las elecciones del 31 de octubre de 2004, por primera vez en la historia nacional no triunfó uno de los partidos tradicionales, sino la coalición de todas las izquierdas, denominada Frente Amplio — Encuentro Progresista — Nueva Mayoría. Vázquez obtuvo la mayoría absoluta en la primera vuelta.

Un país desconocido: el Uruguay optimista

Desde que a mediados de la década de 1950 el modelo batllista empezara a resentirse, Uruguay no había conocido prácticamente periodos duraderos de optimismo. Y el optimismo es hoy el estado de ánimo dominante. Aunque el endeble aparato productivo haya emergido de la crisis duramente golpeado,

las carencias sociales se hayan multiplicado y el aparato estatal se encuentre bastante desvencijado, se registran no obstante señales prometedoras.

Las exportaciones uruguayas se expanden apreciablemente, una vez más impulsadas por el incremento de los precios internacionales de ciertos bienes primarios. Tras años de estancamiento, la producción crece en América Latina, a donde retornan las inversiones. En ambos aspectos, las predicciones predominantes son auspiciosas para Uruguay. Las refuerzan tanto las buenas relaciones con las IFIs como la nueva sintonía con varios gobiernos de la región (Argentina, Brasil y Venezuela) y respaldos de diverso tipo.

Casi todo el país mira con gran expectativa el «proyecto estrella» del gobierno de izquierda: el Programa de Atención Nacional a la Emergencia Social. Se pretende lo que gobiernos anteriores ni siquiera intentaron: un esfuerzo público especialmente intenso y una convocatoria general a la colaboración social para conjurar la indigencia.

El cambio de régimen ofrece una oportunidad sin paralelo en nuestra historia para «oxigenar» el aparato estatal, iluminando su opaco funcionamiento, saneando vicios y corruptelas, abriendo espacios para los funcionarios que quieren mejorarlo. Durante largo tiempo, y con sobrada razón, la izquierda denunció ineptitudes, omisiones y delitos en el desempeño de la función pública. Gente nueva llega a los cargos de dirección.



Se espera de ellos más honestidad, capacidad, laboriosidad y, fundamentalmente, mayor sensibilidad social.

En tal contexto, según encuestas realizadas, el 60% anticipa que la situación económica mejorará sensiblemente, cifra que hace tiempo no se registraba, y un 80% aprueba la gestión de gobierno. El optimismo colectivo es un pronóstico que se promueve a través de nuevos esfuerzos e iniciativas necesarias en un país de población envejecida y donde no menos de la mitad de los niños ha llegado a vivir en la pobreza.

Algunas cuestiones urgentes

Diversos analistas anticipan que la «luna de miel» que la opinión pública concede en sus inicios a todo gobierno será esta vez más intensa y extensa de lo habitual. En lo que efectivamente suceda, incidirán varias cuestiones apremiantes. Aquí cabe solo rozar algunas de las que pronto generarán impacto.

En materia de ingresos y gastos, a corto plazo deberá llegarse a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, principal acreedor del país, a fin de refinanciar los abultados vencimientos previstos para este año. Para ello hará falta mantener un superávit fiscal no menor al 3,5% del PIB. En este contexto de restricciones, pero también de expectativas acumuladas, se elaborará durante los siguientes meses el presupuesto para el próximo quinquenio. Así se pondrá a prueba la capacidad de gestión gubernamental tanto en materia de recursos como de establecimiento de relaciones con sectores específicos, que constituyen bastiones de la izquierda (funcionarios públicos y de enseñanza pública).

Entre los múltiples sectores que esperan recibir mayores recursos de inversión pública figuran las cárceles, que no tienen capacidad para más de 3.000 reclusos pero en las que hoy se hacían más de 7.000 en condiciones que, según el propio gobierno, violan los derechos humanos. Se manejan dos líneas de acción paralelas: una muy costosa, construir nuevas cárceles, y otra que apelaría al otorgamiento de libertades anticipadas y a la disminución o sustitución de penas. Esta última línea de acción genera la inquietud de una eventual alza de la tasa de delincuencia, fenómeno que podría ser aprovechado por la oposición para suscitar tensos debates y para recuperar posiciones políticas.

Los derechos humanos también forman parte de la agenda inmediata, sobre todo en lo que concierne al terrorismo de Estado practicado durante la dictadura, cuestión en la cual Uruguay ha hecho muchos menos esfuerzos que otros

países latinoamericanos que sufrieron el mismo flagelo. El día que asumió la presidencia, Vázquez se comprometió a esclarecer ciertos casos emblemáticos. Desde 1996, todos los 20 de mayo una gran manifestación recorre el centro de Montevideo. Esta manifestación reclama esclarecer el paradero de los detenidos (desaparecidos) del régimen militar. Este año, esa fecha tendrá una significación muy especial para el balance de los primeros meses del gobierno de la izquierda.

Prospectiva telegráfica

Lo que importa saber es si el optimismo se afianzará más allá de la coyuntura. Para contribuir a la reflexión en pocas líneas, haremos una drástica simplificación: esbozaremos escenarios alternativos considerando, de las numerosas «variables» que correspondería tomar en cuenta, una sola: el «factor exterior». Tal esquematismo tiene una justificación: por un lado, la subordinación externa del país (ilustrada por su altísimo endeudamiento con las IFIs) y su dependencia de frágiles mercados de exportación crecieron bruscamente durante la crisis, mientras que la recuperación en curso se alimenta sobre todo de las favorables influencias del exterior; por otro lado, entre los factores internos gravitantes, no se divisa uno cuya evolución pueda alterar drásticamente, para un lado o para otro, el curso próximo de las cosas. Hay un consenso bastante amplio en materia económica y social. El nuevo gobierno se propone cambios en casi todas las áreas, pero no cambios drásticos sino muy graduales. Sus personeros son políticos duchos y prudentes, de los que no cabe esperar arrebatos ni mayores errores. Así, y aunque de manera unilateral, tal vez no sea inútil dirigir una mirada al futuro desde el condicionamiento externo, lo cual dibuja un «continuo» de posibilidades más o menos favorables que pueden clasificarse, como sigue, en tres alternativas. Anotamos primero las dos polares y luego la intermedia.

Escenario oficial, optimista y progresista. Las IFIs y el Gobierno coinciden hoy en un pronóstico alentador, que permitiría combinar continuidad en la política económica con progreso social. Este pronóstico se concretaría en un acuerdo pronto y favorable con el FMI, en el mantenimiento de precios altos y en la mayor apertura de mercados ricos para las exportaciones tradicionales así como, fundamentalmente, en un elevamiento sustancial de la inversión privada externa, meta central del ministro Astori. La etapa actual de mejoría económica en América Latina daría lugar a un crecimiento sostenido del Uruguay, sin cambios mayores de su estructura productiva ni de su inserción externa. Socialmen-

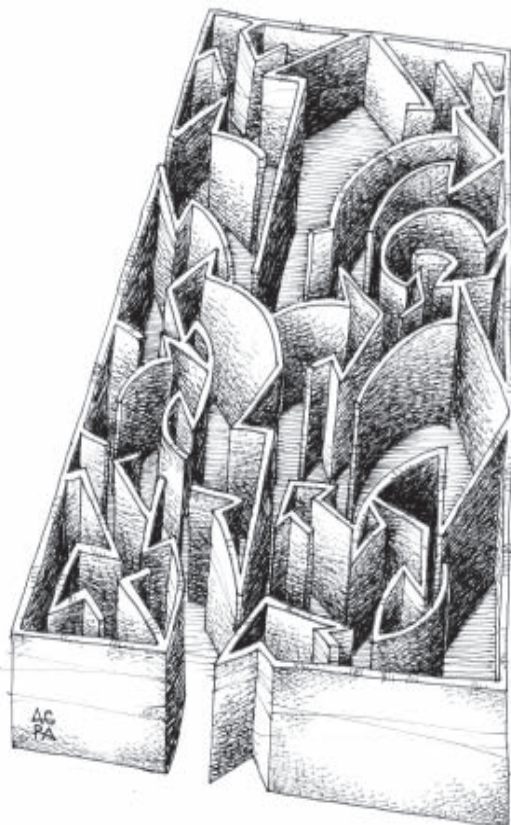
*El nuevo gobierno
se propone cambios
en casi todas
las áreas,
pero no cambios
drásticos
sino muy graduales*

*Los elogios
de las derechas
al gobierno de Brasil
dan a pensar que
aunque el consenso
de Washington
pierda la elección
ganará el Gobierno*

te, las expectativas acumuladas –grandes pero, en general, prudentes y pacientes– podrían ser atendidas paulatinamente. La indigencia se reduciría a porcentajes muy pequeños y la pobreza sería sustancialmente abatida, aunque probablemente persistiría un «núcleo duro». Políticamente, la izquierda consolidaría su mayoría y quizás dentro de ella la figura más favorecida llegaría a ser el propio Astori. Más en general, el «batllismo posible» del siglo XXI cobraría cuerpo.

Escenario de la reaparición de la crisis. La historia de América Latina, con sus ciclos de prosperidad y de recesión, ilustra de manera elocuente el peso del acontecer internacional. Las relaciones internacionales son un peso muy importante para un pequeño país periférico como Uruguay, altamente endeudado y, sobre todo, dependiente de fuerzas productivas con escaso valor agregado de conocimientos y calificación, en las que, además, la inversión ha sido históricamente baja. Por desgracia no es difícil imaginar distintas constelaciones de factores externos que induzcan ya sea a crisis abruptas –como la padecida en 1982 y reiterada 20 años después–, ya sea a un periodo de estancamiento como el que se inició a fines de la década de los 50. En tal caso, la problemática social volvería a agudizarse. El gobierno de izquierda debería enfrentar desafíos grandes e inmediatos con escasas herramientas. La oposición, hoy débil, tendría su oportunidad. Económica y políticamente, se viraría del optimismo a la incertidumbre. Se afirmaría el subdesarrollo y la dependencia del país.

Escenario del estímulo externo insuficiente. Inicialmente, este caso solo difiere del primero en una cuestión de grado. Los factores externos no son lo suficientemente favorables para evitar problemas en la balanza comercial y en la recaudación impositiva, lo cual podría complicar la atención simultánea a la deuda externa y a la «deuda social» interna. Tales avatares se retroalimentarían con una inversión externa menos significativa. Con todo, los recursos disponibles así como una gestión pública más eficaz y socialmente más sensible que las precedentes posibilitarían la atención a numerosas demandas sociales, pero el arbitraje entre ellas sería más difícil y conflictivo. La izquierda mantendría su primacía, pero el debate se instalaría a su interior entre opciones más «ortodoxas» y propuestas más «heterodoxas», que se referirían a las estrategias de los distintos gobiernos de izquierda en la región. En este contexto, podría incluso reaparecer la cuestión del desarrollo integral a largo plazo y un abanico de opciones se abriría.



Conclusión: algunas preguntas generales

Después del fracaso y agotamiento del proyecto de las izquierdas latinoamericanas de instalar un modelo de desarrollo y de sociedad completamente diferente, la rueda de la historia siguió girando y hoy las izquierdas han adquirido una nueva influencia. El fenómeno, aunque pone en evidencia tesón y destreza política, se explica más por el rechazo a las políticas del consenso de Washington que por la originalidad y el atractivo de las propuestas de las izquierdas actuales. Cuando éstas ya no se caractericen por un proyecto claro y específico, ¿cuál será su papel histórico real?

El rechazo del consenso de Washington llevó a la presidencia de Argentina a Fernando de la Rúa, quien encabezaba una alianza de centro-izquierda que, carente de programa propio, gobernó y se hundió con el programa neoliberal. Los re-

gímenes latinoamericanos de izquierda no pueden ni quieren resignarse a implementar un proyecto ajeno, aunque poderosas fuerzas los impulsan en esa dirección. Los elogios que voceros de las derechas –por ejemplo en Uruguay–, prodigan al gobierno de Brasil dan a pensar que aunque el consenso de Washington pierda la elección ganará el Gobierno. ¿No sucedió algo así en Ecuador?

En una perspectiva de largo plazo, se destaca que quienes tuvieron la iniciativa ideológica –durante gran parte de los años 60 las izquierdas; durante los 80 las derechas– desembocaron en un fracaso político considerable. De esa experiencia, larga y dolorosa, ¿estará emergiendo un nuevo consenso «al centro»?

Cosa parecida se sostiene desde hace años. Por ejemplo, Bresser Pereira habla del programa de «la centro-izquierda social-liberal», que, afirma, fue adoptado por la centro-derecha pragmática, las elites internacionales, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. El Estado sería reconstruido en torno de la protección a los derechos sociales y el impulso al crecimiento sobre todo

mediante mecanismos y controles de mercado, combinados con una prudente política macroeconómica como sustento para la competencia internacional. Quizás Brasil avance en esa dirección, cuyo mejor ejemplo es sin duda el Chile de Lagos. ¿En Uruguay el social-liberalismo encarnará en el «batllismo posible» del siglo XXI?

Los sectores más a la izquierda, en Uruguay como en otras partes, miran a Néstor Kirchner y sobre todo a Hugo Chávez. La «alternativa bolivariana» revive la prédica anticapitalista. ¿Recobrará fuerza la temática del socialismo, en ese u otro marco?

Ambos presidentes simbolizan hoy el retorno de un fuerte intervencionismo estatal, que cuenta con gran apoyo popular –en particular por su enfrentamiento al neoliberalismo y a la pavorosa miseria que generó– así como con una favorable coyuntura económica externa. ¿Cuán determinante llegará a ser este cuestionamiento a la primacía «mercado-céntrica»?

En cualquier caso, conjeturamos que los efectos duraderos de esta nueva ola democratizadora que protagonizan las izquierdas dependerán en gran medida de su capacidad para conjugar propuestas para un nuevo desarrollo con la profundización de la democracia y la búsqueda de formas eficientes de la igualdad (Arocena). Concentrar la atención en el corto plazo ha brindado réditos tangibles. ¿Descuidar el largo plazo seguirá siendo lo más práctico para las izquierdas?

Bibliografía

- Arocena, R.: «América Latina después de las transiciones: calidad de la democracia, nuevo desarrollo y equidad preactiva» en *Iberoamericana* N° 16, 2004, pp. 158-162.
- Bresser Pereira, L.C.: «Reforma del Estado en los años noventa: lógica y mecanismos de control» en F. Carrillo (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina*, BID, Washington, 2001, pp. 111-137.
- Carrillo, F. (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina y el Caribe*, BID, Washington, 2001.
- Cavarozzi, M.: «Partidos políticos, desestatización y reforma estructural: ¿el retorno de la política en América Latina?» en F. Carrillo (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina*, BID, Washington, 2001, pp. 189-215.
- Filgueira, F., A. Garcé, C. Ramos y J. Yaffé: «Los dos ciclos del Estado uruguayo en el siglo XX» en *El Uruguay del siglo XX. La Política*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2003.
- Huntington, S.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 1994.

Reflexiones en torno de la(s) izquierda(s) chilena(s) y el proyecto de país

El problema de la sociedad chilena es la reconstrucción de una comunidad política nacional que pueda insertarse de manera autónoma en el mundo globalizado. Ello implica plantear un proyecto de modernidad que dé cuenta de la diversidad, la memoria histórica y la subjetividad de personas, grupos y colectividades. Para encarar esa tarea, la dividida izquierda debe ampliar su base política construyendo mecanismos y espacios que aseguren la representatividad y la participación ciudadana, algo que obliga a la Concertación a integrar a la esfera parlamentaria e institucional a los sectores de izquierda marginados por el aberrante sistema electoral.

Manuel Antonio Garretón

La trayectoria histórico-organizacional

La izquierda chilena estuvo tradicionalmente formada por los Partidos Socialista y Comunista. Se puede hablar así de campos o espacios socialista y comunista, pues en torno de cada uno se movieron de manera histórica otros grupos o partidos. Estos dos partidos, de concepción principalmente marxista ya fuera

Manuel Antonio Garretón: sociólogo; profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile; ha sido profesor invitado en numerosas universidades de EEUU, América Latina, Europa y la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Palabras clave: democracia, izquierda, dictadura, Concertación, Chile.

Nota: Algunas de las ideas aquí desarrolladas han sido planteadas en diversas entrevistas y columnas de opinión del autor.

en su origen o trayectoria, fueron los principales de la Unidad Popular, coalición que gobernó Chile entre 1970 y 1973, encabezada por el presidente Salvador Allende, quien pertenecía al Partido Socialista (PS) y fue derrocado por el golpe militar que dirigió Augusto Pinochet, dando origen a una dictadura que terminó década y media después, en 1990.

Luego del golpe militar, el PS sufrió una serie de divisiones, la principal de las cuales ocurrió en 1979, cuando se escindió en dos partidos. Uno encabezado por su antiguo secretario general, Carlos Altamirano, el otro por el ex-ministro de Allende, Clodomiro Almeyda. Muchos sectores quedaron fuera de estas dos fracciones, que iniciaron un proceso de aglutinación en torno de ellas de los grupos menores dispersos. Hacia 1983 existían dos principales partidos socialistas, originados en el PS. Uno resultó de la confluencia de varios grupos alrededor del sector Altamirano, y pasó a llamarse Partido Socialista-Briones, luego Núñez, luego Arrate, por el nombre de sus sucesivos secretarios generales. Este partido recogió gran parte de lo que se denominó la renovación socialista, básicamente producto del abandono del marxismo-leninismo dogmático como ideología única, y adopción de la democracia y los derechos humanos en tanto partes integrantes sustantivas del proyecto socialista, y participó en diversas alianzas opositoras contra el régimen militar junto a la Democracia Cristiana (DC). El otro partido mantuvo el tronco de la fracción Almeyda y pasó a llamarse Partido Socialista-Almeyda, de corte más tradicional y más ligado a alianzas exclusivamente de izquierda junto al Partido Comunista (PC). En los últimos años del régimen militar, se expresaron tendencias más renovadoras y participó en la alianza opositora a Pinochet, la Concertación de Partidos por el NO, luego Concertación de Partidos por la Democracia (CPD), que derrotó a Pinochet en el plebiscito de 1988, y luego venció en las elecciones presidenciales de 1989, llegando al Gobierno en marzo de 1990. Hasta fines de 1989 ambos partidos siguieron estrategias de legalización diferentes. Uno (el de Arrate), creando, con el liderazgo de Ricardo Lagos, el Partido por la Democracia (PPD) que luego adquiere vida propia, y el otro, una especie de federación con otros partidos de izquierda, el PAIS, que se disuelve tras las elecciones de 1989. En diciembre de 1989 ambos partidos se unificaron y se mantuvieron en la Concertación entrando como uno solo al gobierno del presidente demócrata-cristiano, Patricio Aylwin. En noviembre de 1990, se realizó el primer congreso de este partido unificado. A cada uno de los troncos históricos mencionados, y luego al PS ya unificado, se fueron integrando diversos grupos, de origen marxista o no, provenientes del viejo PS o del MAPU en sus diversas variantes, o del Partido Radical o de la Izquierda Cristiana, algunos orgánicamente, otros como sectores o grupos de militantes o independientes. El llamado proceso de

«renovación socialista» afectó principalmente a este campo, aunque abarcó algunos grupos pequeños del PC y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

El campo comunista, en torno del PC, siguió otra evolución. En efecto, este partido, de corte marxista-leninista, muy ortodoxo, y seguidor muy estrecho hasta 1980 del PC de la URSS, se caracterizó por tener una línea más gradualista y reformista, proclive a las alianzas con el centro (DC) hasta 1980, y gran enemigo de las concepciones que denominaba ultraizquierdistas que percibía en el PS y en el MIR, este último, partidario de la lucha armada). En 1980, sin abandonar su matriz clásica y ortodoxa, el PC viró su línea política hacia lo que llamó la «combinación de todas las formas de lucha», predominando en él las tendencias insurreccionales vinculadas a organizaciones de lucha armada (Frente Patriótico Manuel Rodríguez), que luego se independizan del partido. En los últimos años de la dictadura militar, con la ampliación de los espacios de lucha política, el PC sufrió un profundo debate interno que rompió su tradicional *monolitismo*, entre sus sectores vinculados a la tesis más insurreccional o de la «rebelión popular» y refractarios a los procesos de renovación, y sectores deseosos de reengarzarse en la lucha política tradicional y democrática. Estos últimos constituyeron diversas fracciones o tendencias que se marginaron, asumiendo aunque tardíamente y de modo diverso, las tesis de la renovación socialista.

***El campo comunista,
en torno del PC,
se caracterizó por
tener una línea
más gradualista
y reformista,
proclive a las alianzas
con el centro
hasta 1980,
y fue gran enemigo
de las concepciones
que denominaba
ultraizquierdistas
que percibía en
el PS y en el MIR***

A partir de la recuperación democrática, se consolida un nuevo panorama de la izquierda, radicalmente distinto de lo que fuera hasta 1973, en el que su problemática orgánica deja de ser la alianza socialista-comunista y la de contenido deja de ser la revolución socialista. En efecto, los rasgos principales de este nuevo panorama pueden sintetizarse de la siguiente manera:

– En primer lugar, la izquierda socialista pasa a formar parte de la CPD y sus gobiernos desde la inauguración democrática de 1990 hasta hoy, habiendo integrado los dos primeros gobiernos, el de Patricio Aylwin (1990-1994) y el de Eduardo Frei (1994-2000), y liderado el tercero con el PPD del militante socialista, Ricardo Lagos (2000-2006). Muy probablemente la socialista Michelle Ba-

***Se ha producido
 por primera vez
 en la historia
 contemporánea
 una doble
 disociación en la
 izquierda chilena***

chelet será la candidata de la Concertación para encabezar un cuarto gobierno, esta vez, de cuatro años según las reformas constitucionales en curso. El PS obtiene el 11,93% y el 10,1% de los votos en las elecciones de diputados de 1990 y 2001 respectivamente, y en las municipales de 1992 y 2004, el 8,53% y el 10,93%, respectivamente. Por otro lado, sus diversas fracciones han demostrado a la vez consistencia y permanencia en el tiempo, pero también una gran flexibilidad de negociación entre ellas para competir y también compartir liderazgos y posiciones de gobierno. Sus temáticas más específicas se refieren al sostenimiento de una posición dura en materia de las violaciones de derechos humanos, negándose a cualquier iniciativa que pueda acercarse a algo semejante a una política de Punto Final, y a la defensa de planteamientos más socialdemócratas y menos liberales en materia socioeconómica, enfrentando en estas áreas no solo a la democracia cristiana, sino al propio PPD. Por su parte, el PPD, creado desde el PS y originalmente autodenominado como «partido instrumental», se consolidó como autónomo de centro-izquierda, aunque de ideología y arraigo social menos consistente, definiéndose más como de ciudadanos. En materia electoral, esta organización ha variado en las elecciones de diputados en 1993 y 2001 entre un 11,84% y un 12,73%, y en las municipales obtuvo el 9,21% en 1992 y el 9,94% en 2004. Sus planteamientos son más fluctuantes y contradictorios que los del PS, siendo enormemente sensible a la personalidad de sus dirigentes y a la expresión mediática y de opinión pública. En la Coalición es el partido que más representa las temáticas culturales y de medio ambiente.

Como puede apreciarse de los datos electorales, ambos partidos comparten y compiten por el mismo electorado y están en una situación de permanente empate. Los intentos de unificarse o federarse, que se repiten de tiempo en tiempo, han fracasado, pese a su cercanía política y electoral.

– En segundo lugar, la izquierda comunista se ha constituido en un polo diferente de izquierda, en posiciones muy críticas de la Concertación, a la que considera administradora del modelo neoliberal, y con una visión ideológica que combina resabios del pasado del partido con planteamientos de tipo alternativos y alter-mundialistas. El PC se ha convertido en el eje de una izquierda extraparlamentaria bastante heterogénea, que ha logrado para las elecciones municipales de 2004 constituir una coalición electoral que alcanzó una votación del 9,1%, y que espera proyectarse en las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales de 2005, bajo el nombre de Juntos Podemos. En ella participan

sectores escindidos del PC como Fuerza Social, agrupaciones nuevas de izquierda como La Surda, partidos como el Partido Humanista, y sectores del antiguo MIR. Es muy probable que esta coalición y el PC mismo evolucionen hacia una posición más pragmática para insertarse en la institucionalidad y dejar su carácter hasta ahora significativo en lo social, pero marginal en lo político. Los últimos candidatos presidenciales del PC han fluctuado entre el 3% y el 5%, y en las elecciones municipales, entre el 6,5% en 1992 y un 4,86% en el 2004.



En tercer lugar, como consecuencia del panorama anterior, se ha producido por primera vez en la historia contemporánea una doble disociación en la izquierda chilena. Por un lado entre sus principales componentes partidarios que siguen inserciones en alianzas y líneas políticas divergentes, por el otro, entre la conformación partidaria y el movimiento social y la sensibilidad cultural de izquierda.

La izquierda y los gobiernos democráticos

La CPD, constituida por una coalición de centro y de centro-izquierda, a la que hay que agregar el Partido Radical Social Demócrata (PRSD) que ha oscilado entre estos dos ejes, ha gobernado el país desde 1990 con tres gobiernos. La decisión de integrar esta coalición puede describirse como el hecho o giro fundamental de la izquierda chilena en su historia contemporánea, porque ade-

más puso término a la problemática central que había definido a la izquierda como un proyecto socialista clásico basado en la alianza comunista-socialista.

En conjunto el bloque PS-PPD, si se puede hablar así puesto que esta organicidad solo existe para los pactos electorales y en términos de oposición o competencia con la DC más que como proyecto político común, va desde un 17,7% en las elecciones municipales de 1992 a 20,9% en 2004, totalizando 23,1% y 25,5% si se le suma el PRSD, contra un 28,9% y 20,3% de la DC en los mismos años. De modo que se ha ido revirtiendo la correlación original en la coalición gubernamental, en que el partido mayoritario del bloque que era la DC, de la que salieron los dos primeros presidentes, ha cedido esta posición al eje llamado progresista o de centro-izquierda. Este hecho tiene más influencia simbólica que en las negociaciones efectivas de candidatos del pacto, en las elecciones o en las decisiones políticas. En todo caso, los énfasis programáticos o comunicacionales, los arbitrajes entre ambos ejes, son fijados por el presidente, especialmente en el caso del presidente Lagos, menos en el del ex-presidente Aylwin, en que era el núcleo político cercano de tipo transversal a los partidos el que arbitra políticamente, y menos aún en el caso del ex-presidente Frei, donde la conducción era más errática y los arbitrajes puntuales.

En otros trabajos hemos llamado la atención sobre tres visiones predominantes en la Concertación que afectan la posición relativa de los proyectos o la influencia que pueda tener el bloque de izquierda, puesto que dichas visiones también lo atraviesan. Así, hay una visión de derecha en la coalición de gobierno que se distingue de la derecha política opositora tanto en su apoyo a los gobiernos de la Concertación, lo que es obvio, como en su juicio respecto del régimen militar y en el pinochetismo. Es decir, se trata de sectores claramente democráticos que comparten, con leves modificaciones, la visión de derecha en materia de modelo socioeconómico en términos de reducción del papel del Estado, primacía del crecimiento sobre la igualdad, privatizaciones, y reducciones tributarias; son partidarios de dar vuelta de hoja en materia de derechos humanos; establecen vinculaciones con los poderes económicos y mediáticos en su acción política, y muchos de ellos buscan constituir nuevos referentes políticos que vayan más allá de la actual división derecha-Concertación. Este sector tiene presencia e influencia importante en altas esferas del Gobierno, especialmente en el campo comunicacional. Pero opera también como un elemento orientador para aquel sector estrictamente pragmático de la Concertación y el Gobierno, menos interesado en cuestiones de contenido ideológico que en la pura administración del poder y superación de problemas y conflictos inmediatos; y también opera en la inhibición del sector progresista (presente al igual que las otras dos ten-

dencias en todos los partidos de la Concertación), para formular un proyecto propio claramente alternativo a las visiones de derecha.

La segunda visión es la pragmática, caracterizada por la prioridad otorgada al manejo del poder político, la solución puntual de problemas y conflictos, los arreglos y negociaciones coyunturales sin una visión de largo plazo, lo que lleva necesariamente a políticas a veces contradictorias o incoherentes, y a la elaboración de propuestas y proyectos según la correlación de fuerzas y lo que reflejan las encuestas.

La tercera visión es la propiamente progresista o, si se quiere, de izquierda, también presente en todos los partidos. Ella se caracteriza por buscar devolver al Estado su rol dirigente y a la política su carácter central; por una opción preferencial dirigida a los sectores populares y más débiles. Estas líneas van articuladas con una orientación hacia una corrección profunda del modelo de desarrollo, que garantice el crecimiento con igualdad, por la búsqueda de verdad, justicia y reparación en todos los casos de violaciones a los derechos humanos, el incremento de la participación ciudadana y el fortalecimiento de los actores sociales y una mayor identificación con América Latina en la estrategia de inserción en el mundo globalizado. El problema principal de esta visión ha sido la dificultad para ligar estas metas con propuestas de políticas públicas diferentes en muchos de estos campos, por lo cual queda como una reserva crítica, planteando temas de debate más que proyectos alternativos.

Es indiscutible el cambio drástico que la coalición de gobierno, con la presencia significativa del eje de centro-izquierda PS-PPD, ha simbolizado para el país en materia de crecimiento económico, superación de la pobreza, inserción internacional y aislamiento de sectores no democráticos. Quedan como saldos negativos, por un lado, la conservación de la institucionalidad heredada de la dictadura, de la cual son símbolos la Constitución y el sistema electoral binominal que le da a la oposición heredera de Pinochet y a los poderes fácticos un poder de veto, y excluye del Parlamento a los sectores de izquierda no pertenecientes a la coalición. Por el otro, la desigualdad socioeconómica, que es de las mayores de América Latina. En tercer lugar, la ausencia de recomposición de la relación entre los actores sociales desarticulados y la política en función de un proyecto de país. Finalmente, la debilidad de la inserción latinoamericana con relación a la amplia inserción en el mundo globalizado.

Respecto a la izquierda no concertacionista, cuyo eje principal, como hemos dicho, es el PC, no ha podido convertirse en algo más que la capitalización del

descontento social de sectores sociales organizados y juveniles. En parte, a causa de su exclusión del Parlamento debido al sistema electoral binominal y también por sus propios errores y rigideces de análisis políticos que provienen de su liderazgo. Pero la expresión de este descontento, en la que se hace equivaler a los gobiernos de la Concertación con la administración del modelo socioeconómico neoliberal heredado de la dictadura, no ha podido convertirse ni en alternativa política con proyecto, ni ha ido acompañado de una coherente política destinada a insertarse en el sistema institucional. Es probable que en el futuro inmediato y respaldada por el éxito electoral de la coalición Juntos Podemos como por las manifestaciones del conjunto de la Concertación, este escollo fundamental sea sobrepasado, lo que implicaría un profundo cambio en el panorama político chileno.

El nuevo escenario político y el fin de una época

Los dos últimos años del tercer gobierno de la Concertación pueden significar un cambio significativo en la política chilena, en la medida que abren posibilidades para el desarrollo del país como comunidad sociohistórica y política.

Por un lado, se ha ido produciendo una ruptura del conjunto del país y sus instituciones, y ya no solo de un sector mayoritario, con la herencia de la dictadura militar. El escándalo provocado por las cuentas de Pinochet que muestran el nivel de corrupción existente en su régimen, agregado a fallos jurídicos contra él y sus colaboradores en la represión, la asunción de responsabilidades por parte sobre todo del ejército, respecto de los crímenes y violaciones de derechos humanos y su distanciamiento moral de la época y del gobierno militar, y, principalmente, el Informe Valech, que termina de darle la razón a todas las reivindicaciones y acusaciones contra lo ocurrido en dicho régimen, continuando y ampliando los Informes Rettig y Mesa de Diálogo, crean un clima de ruptura con una época y un régimen infames.

Es cierto que todavía falta, como horizonte ético irremplazable, la justicia en todos los casos de violaciones de derechos humanos, y por ello es bueno que ocurra la presentación ininterrumpida de querellas y no entramparse en doctrinas e interpretaciones sobre amnistía u otras materias que se acerquen a la impunidad. Junto a ello, lo que falta para que el país sea una auténtica comunidad política, para que todos se reconozcan y reconozcan al otro como pertenecientes a ella, es la condena oficial de todas las instituciones y actores, entre ellos obviamente el Poder Judicial, a la época y régimen militar, tal como lo hicieron alemanes y españoles con sus experiencias de dictaduras. Ello debería llevar a

que nadie que haya estado vinculado a violaciones de derechos humanos, ya sea por sus funciones, por acción u omisión, ocupe cargos públicos o de representación política, tal como de hecho ocurre con los ascensos militares. Solo en ese momento podrá hablarse de reconciliación.

Por otro lado, el triunfo de la Concertación en las elecciones municipales de 2004 y el éxito y alta evaluación del presidente Lagos y su gobierno, han generado la certeza de sentido común de que la derecha no podrá ganar las elecciones presidenciales. Ello la ha llevado a buscar su refundación, que ha desembocado, en realidad, en un puro acomodo a cálculos electorales u operaciones autoritarias y mediáticas, como, por ejemplo,

las remociones por parte del candidato Joaquín Lavín de los líderes de los dos partidos que constituyen su alianza política de respaldo. La única refundación viable de la derecha es la que apunta a su ruptura definitiva con su marca de origen: la dictadura y su legado. El gran problema de la época democrática ha sido la ausencia de una derecha que rompa con una identidad y práctica política forjada en la dictadura, que ajuste sus cuentas con su pasado dictatorial y antidemocrático, es decir, que sea verdaderamente democrática, lo que no podrá resolverse mientras su núcleo fundante siga en sus funciones dirigentes.

Parece indiscutible que en las próximas elecciones vencerá nuevamente la Concertación, y lo más probable es que sea con la candidata Bachelet, del PS-PPD, al que se han unido los radicales socialdemócratas. La cuestión es saber si ésta podrá aprovechar el gran momento por el que pasa su gobierno para resolver tres grandes problemas pendientes: el de la «entrada de aire fresco», es decir, la renovación de su estilo y relación con la gente alejada de la política, a lo que las candidaturas de Soledad Alvear, del bloque demócrata cristiano, y Michelle Bachelet sin duda apuntan, más la segunda que la primera; el de un programa que busque específicamente movilizar el país tras una nueva Constitución e institucionalidad y tras objetivos redistributivos que superen las desigualdades; y el de la ampliación de la base política del país, incorporando institucionalmente a los sectores extraparlamentarios, que alcanzaron en las elecciones municipales de 2004 no solo cristalizar y proyectar su unidad en la coalición Juntos Podemos, sino además una significativa votación del 91%. Junto a la reconciliación y a la refundación ética de la derecha, ya mencionadas, estas tres

El triunfo de la Concertación en las elecciones municipales de 2004 y el éxito y alta evaluación del presidente Lagos y su gobierno, han generado la certeza de sentido común de que la derecha no podrá ganar las elecciones presidenciales

tareas de la Concertación son lo que permitirá que el país deje atrás la época posdictatorial y entre de lleno en la discusión y construcción libre de su futuro.

La izquierda y el proyecto de país

A nuestro juicio, el problema central que enfrentará la sociedad chilena en las próximas décadas, puede resumirse en la reconstrucción de una comunidad política nacional que pueda insertarse de manera autónoma en el mundo globalizado.

En efecto, la gran amenaza hoy de un país como el nuestro es desaparecer como sociedad, víctima de fuerzas económicas y comunicacionales transnacionales, de poderes fácticos externos e internos, de la desigualdad que amenaza convertirnos en dos o más sociedades extrañas las unas de las otras, de la exclusión de sectores importantes, del debilitamiento del Estado como referente de la unidad nacional y de la política como forma de convivencia colectiva, de la desvalorización de la vida en sociedad y la pérdida de principios y mecanismos de solidaridad, de la banalización de la vida individual y social a través de ciertas formas perversas de consumo y cultura de masas.

En otras palabras, hay un cuádruple desafío para que este país sobreviva como país. Primero la profundización democrática, que exige restituir la soberanía popular en los mecanismos institucionales y construir mecanismos y espacios que aseguren la representatividad y la participación de todos los niveles de la sociedad. Segundo, la democratización social, que significa la lucha permanente por la igualdad, el término de las exclusiones y la generación de mecanismos de solidaridad y participación ciudadana. Tercero, el control y regulación de la economía, respetando su dinámica propia, y la formulación de un modelo de desarrollo nacional sustentable, con capacidad dirigente del Estado, que nos asocie con el resto de América Latina para una inserción como conjunto en el espacio económico globalizado de hoy y el futuro. Cuarto, la construcción de un modelo o proyecto de modernidad que dé cuenta de la diversidad y de la memoria histórica colectiva, y combine la racionalidad del conocimiento y las técnicas con la subjetividad, emociones, pulsiones e identidades múltiples de personas, grupos y colectividades.

Todo ello supone el simultáneo fortalecimiento del Estado en su capacidad dirigente e integradora, del sistema de representación y de partidos, de los actores sociales en todos los planos de la sociedad, y de la calidad y relevancia de la política y el régimen democrático.

Todo proyecto histórico o toda política tendrá que referirse y posicionarse frente a todas y cada una de estas cuestiones y procesos, ninguno de los cuales termina en una solución definitiva, sino que están abiertos siempre a nuevas contradicciones y nuevos desafíos. Ellos pueden

ser encarados de diversas maneras, que atra-

viesan a los variados sectores o sensibilidades que componen la izquierda. Una

es la visión de estos procesos como una suma de problemas puntuales que hay que resolver, de acuerdo con las demandas de la opinión pública, generalmente medidas por encuestas o por la presión de los medios de comunicación, con los

mecanismos propios de una economía de mercado regulados solo por principios tecnocráticos, es decir, eliminando el sentido profundo de la política o vaciándola de todo contenido. Esta es la mentalidad neoliberal en cualquier punto del espectro político. Otra es el

abordaje de estas cuestiones a partir de una ideología o proyecto ya definido

que contiene las respuestas a todas ellas, y que son administradas por un actor

político único que tiene la clave para superar el sistema

neoliberal actual, condición *sine qua non* para hacer

cualquier cosa. Se trata de una mentalidad más de corte

revolucionario, presente también en varios puntos del espectro

político, pero especialmente en la izquierda extraparlamentaria, que

reduce la política en la imposibilidad

de la toma del poder a un acto crítico testimonial, pagando el precio de la marginalización. Una tercera manera de abordar estos procesos es la

formulación de proyectos en todos los campos señalados, a partir de prioridades fijadas por ciertos principios éticos o metas utópicas, y por la síntesis política entre éstos y el debate y la acción de los actores involucrados. Se trata de



una mentalidad que restituye a la política su carácter de debate y acción en busca de una sociedad deseable.

Desde esta última perspectiva, digamos que un proyecto político que enfrente los cuatro procesos señalados no puede ser encarado hoy por ningún actor político exclusivo, lo cual exige la presencia de actores sociales en el debate y la

La izquierda debiera expresar la visión de una sociedad que está atravesada por conflictos que pueden deshacerla, cuya superación busca integrar al proyecto nacional la perspectiva de los sectores más oprimidos, excluidos, discriminados o abandonados, y también la de los sectores culturales más creativos de la sociedad

tensión con los actores políticos. Dicho de otra manera, no hay proyecto político para nuestro país, y en el mundo en general, sin una coalición estable de partidos y una alianza de geometría variable, según los problemas que se enfrenten, entre actores sociales. En el plano político, en Chile esa coalición es y debe seguir siendo la CPD, y hay que reconocer que hasta ahora no se ha logrado transformar la gran mayoría social que la apoya en actores autónomos que interactúen con ella.

Ahora bien ¿cuál es el aporte propio de la izquierda, que la hace indispensable, a un proyecto nacional como el que hemos señalado? Por un lado, la izquierda debiera aportar la crítica ética e histórica permanente al capitalismo, adaptada a cada circunstancia, buscando superar sus contradicciones, explotaciones y desigualdades. Por el otro, ella debiera expresar la visión de una sociedad que está atravesada por conflictos que pueden deshacer-

la, cuya superación busca integrar al proyecto nacional la perspectiva de los sectores más oprimidos, excluidos, discriminados o abandonados, y también la de los sectores culturales más creativos de la sociedad. En tercer lugar, su aporte debiera ser un discurso y una acción que le devuelvan el sentido a la política como el espacio del debate, la acción y la esperanza, que vastos sectores de la sociedad, especialmente el de los jóvenes, reclaman hoy en día, frente a la tiranía del mercado, los poderes fácticos y la trivialización cultural.

Esto permite formarse un juicio respecto de las nuevas posiciones o propuestas para la izquierda que provienen de las sociedades más desarrolladas, y que han cristalizado en lo que se llama la «tercera vía», «progresismo» u otras denominaciones. La idea de una tercera vía alude a la distancia tanto del neo-

liberalismo como de la socialdemocracia, lo que es un retroceso si se reduce la izquierda a este proyecto. Por lo demás, cuando se habla de vías se postula una visión de sociedad a la que se aspira y aquí no está claro qué tipo de sociedad se busca. Por último, el posible acierto publicitario o convocador de tercera vía o progresismo, no encuentra expresión clara ni en actores sociales ni en políticas concretas que oponer al neoliberalismo o que, si se quisiera, puedan ser superiores a las políticas socialdemócratas. Sin duda que ella puede definir un espacio de convergencia o de alianza entre muchos sectores ideológico-políticos, tanto en un país como en un contexto regional supranacional o mundial; puede ser incluso la mejor o única alianza viable a oponer a los grandes poderes fácticos nacionales y transnacionales, pero obviamente no agota ni con mucho, ni puede identificarse con un proyecto de izquierda. Y si es así, es en el seno de este campo del progresismo que habrá que desarrollar el proyecto propio y específico de izquierda o de las izquierdas con los componentes que hemos indicado, para desde ahí definir la relación entre los diversos sectores que la integran.

Es solo en el interior de un proyecto amplio, cualquiera sea el nombre que se le dé y del cual forme parte inseparable e indispensable, que cabe hablar de un proyecto o un papel de la izquierda. Esto supone el reconocimiento de dos cuestiones fundamentales: primero, que la izquierda ha sido y es pluripartidaria, por un lado, y que su convocatoria llega a sectores de otros partidos no identificados con ella y, sobre todo, a actores y sectores independientes, lo que exige políticas amplias hacia ellos; segundo, que la izquierda nunca ha sido mayoría por sí sola en el país, y que difícilmente llegará a serlo gobernando sola, lo que si fuera posible no es claro que sea deseable, y que la coalición sí es y debe ser mayoritaria y en su seno, al igual que en sus otros componentes, la izquierda debe aspirar a ser la mayoría y a asumir su liderazgo, tal como ocurre. Si se consideran estas dos cuestiones, el tema de la unidad de la izquierda, tema clásico en nuestra historia, no podría plantearse al margen de la unidad de la coalición de la que la mayoría de la izquierda forma parte. Ello debe ser entendido por la izquierda extraparlamentaria, hoy en día agrupada en torno principalmente del PC, si no quiere quedar fuera de la historia de este país, como ocurrió en las elecciones presidenciales pasadas. Pero, a su vez, es una responsabilidad de la izquierda de la Concertación integrar a la esfera parlamentaria e institucional a los sectores de izquierda marginados por el aberrante sistema electoral. La discusión de diversos proyectos de izquierda para el país solo podrá hacerse entendiendo que un sector de la izquierda es y será parte de la coalición gobernante, la Concertación, y que el otro sector debe ser integrado a la vida institucional donde se hace el debate político sobre los proyectos de país.